MORUENA
ESTRÍNGANA
El heredero
perfecto

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, mayo 2024

© 2024 Moruena Estríngana
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

Copyright
Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo
Agradecimientos

«El mayor riesgo que tenemos que enfrentar es ser vistos como somos en realidad».

*La Cenicienta*

A mi marido y mi hijo.
Os quiero más que a nada.

# Prólogo

Adler se vio apartado de la trayectoria de los misiles por su amigo. Observó como este cayó al suelo herido, y fue hacia él para sacarlo de aquella zona, para que siguiera con vida.

—No me queda mucho tiempo —le dijo el hombre, mientras tomaba su mano.

Llevaba ocho años en aquel conflicto de guerra; lejos de Londres y de sus familiares. Un mundo de caos y horror, donde Pet siempre había cuidado del joven Adler. Él fue quien le enseñó todo lo que sabía, junto con su amigo Char.

Ninguno pertenecía al mismo mundo, pero, entre los dos, había surgido un lazo muy especial.

Al final, todos se necesitaban para sus planes.

—Quiero que entregues las cartas a mi familia —Adler asintió—, y a mi sobrina. Ella no sabe todo lo que me importa… —Tosió—. No tardará muchos años en ser presentada en sociedad, y se la van a comer… Prométeme que cuidarás de ella.

Ese hombre le había salvado la vida, por lo que, no prometerle algo así, era inaudito.

—Te lo prometo.

—Y confío en Char. Los dos sabréis qué hacer. Que nada se detenga por mí.

—No se hará. Esto solo es el principio.

Pet sonrió y cerró los ojos, para pensar en su mujer e hijos. Los había visto hacía dos años, cuando pudo volver a casa, gracias a un permiso.

Alder vio cómo la vida se le escapaba a su amigo.

No había tiempo para lamentarse, porque debía salir vivo de ese infierno, y cumplir una promesa.

Por eso, lo dejó y luchó a muerte para salvar su vida.

Debía cumplir la promesa de su amigo.

Alder no era consciente de cómo esa promesa iba a condicionar su vida.

# Capítulo 1

**Dos años más tarde.**
**Cerca de Londres. Siglo XIX.**

## Malory

—Pasa, hija.

Entro al despacho de mi padre.

Es muy austero, y está falto de libros. Los pocos que hay, me los sé de memoria, de tantas veces que los he leído. Sobre todo, junto a Masie, mi hermana pequeña. Su gemela, Opal, es más solitaria; le gusta pasar el tiempo con mi madrastra, en la aldea o cosiendo algo.

Mi madre murió cuando me tuvo, por lo que no la conocí.

No sé nada de ella, salvo lo poco que me han contado.

Solo sé que fue una mujer increíblemente hermosa, y que se casó con mi padre por amor, dejando atrás el teatro.

Mi madre no pertenecía a la misma clase social que mi padre y, casarse con ella, hizo que este tuviera problemas para conseguir aliados para sus negocios, con posterioridad. Eso, sumado a su mala cabeza para estos, ha hecho que vivamos tiempos difíciles, donde la comida escasea, y los vestidos han sido remendados más de una vez.

Es barón del reino, aunque vivimos a las afueras de Londres, en un pequeño pueblo.

Nunca he pisado la ciudad.

Todo lo que sabemos, mis hermanas y yo, de bailes y etiqueta, es por mi madrastra que, desde pequeñas, nos ha aleccionado para ser unas damas perfectas.

Observo a mi padre y aparta la mirada.

Es algo que hace desde siempre.

Un día, mi madrastra me dijo que era porque le recordaba mucho a mi difunta madre.

Eso me hizo pensar que la amaba tanto, que su recuerdo aún le causa dolor.

—Siéntate, Malory.

Lo hago y espero a que hable.

No solemos tener muchas conversaciones. Siempre está fuera de casa y el tiempo que está aquí, suele estar encerrado en su despacho trabajando. O eso es lo que dice él, porque el resto sabemos que lo pasa bebiendo.

—No he podido conseguir dote para las tres —me anuncia a las claras—, y hemos pensado que a ti te costará menos conseguir un marido, dado que eres más hermosa que las gemelas.

Me callo que, con mi pasado y mis orígenes, iba a necesitar algo más que la hermosura para cazar un marido.

Lo hago, porque quiero tanto a mis hermanos que, si tengo que renunciar a todo por las gemelas, o por el pequeño Gil, lo haría sin ningún inconveniente.

—He traído telas de Londres para que os podáis hacer unos vestidos. Puedes marcharte para verlas.

—Como desee, padre.

Salgo del despacho algo decaída.

La dote era importante para mi presentación en sociedad. Tengo casi diecinueve años y sé lo justo para no tener dudas de que, tal vez, por quien era mi madre, me vayan a rechazar.

Nadie se casa con su amante, y mi padre lo hizo.

Soy una hija legítima, pero eso tal vez importe poco.

Estoy asustada, pero no pienso dejar que nadie lo vea.

Sobre todo, mis hermanas, que no tienen culpa de nada. Son casi dos años más pequeñas que yo.

Mi padre, tras la muerte de mi madre, volvió a Londres para buscar una esposa, sin apenas guardar luto por su primera mujer. Se casó con Eugenia, mi madrastra, y, para mí, es lo más parecido a una madre que he conocido; aunque no es muy cariñosa, pero es mejor que nada.

De pequeña soñaba con grandes abrazos y gestos cariñosos por parte de todos. Hasta el punto de que me perdía más tiempo en mis mundos de fantasía que en la realidad.

Entro a la sala y mi madrastra se gira.

—Supongo que tu padre ya te ha informado. —Asiento—. Bien. Esas telas son las que han sobrado. —Señala un montón—. Espero puedas hacer algo con ellas.

Miro las telas, y compruebo que Eugenia se lleva el resto con sus hijas.

Solo Masie se vuelve para dedicarme una dulce sonrisa, mientras su madre la arrastra a otra habitación, para empezar a diseñar sus vestidos.

Cojo las telas sin saber cómo hacer de esos feos colores, algo decente para la temporada.

El miedo me hace temblar y siento los ojos llenos de lágrimas.

Tomo aire, mientras me propongo hacer algo bueno, que no me haga ser la burla de la temporada.

Voy a la cocina donde está la cocinera. Es uno de los pocos sirvientes que nos quedan, porque mi padre no podía permitirse mantenerlos a todos.

Fern llegó a la casa poco después de que mi madre muriera. Cuando se enteró, quiso venir a ayudar con la casa, y así estar cerca de mí.

Fue amiga mi madre, y lo que sé de ella ha sido gracias a Fern. Me ha hablado de lo gran artista que era, pero siempre he sentido que me cuenta las cosas a medias. Es como si alguien le impidiera contarme

toda la verdad.

Es decir, mi padre.

Noto que hay demasiados silencios en sus historias, que me gustaría que no callara.

—Hola. —Dejo las telas sobre la mesa más cercana, que está limpia, y se aproxima para mirar las telas.

—Estos colores no te favorecen.

—Mi padre no tiene dinero para comprar más telas y, bueno, tampoco para mi dote.

Fern pone cara de rabia, pero se calla. Una vez más, otro silencio donde quiero que diga lo que siente, pero, al mismo tiempo, temo que, si la presiono, Fern pueda perder su puesto de trabajo.

Por eso, tengo miles de preguntas que temo que nunca serán respondidas por nadie.

—Bueno, no tiene dinero para ti, pero para las gemelas no habrá problemas. Seguro que tu madrastra se ha quedado con las mejores telas. —Fern me mira y sonríe—. Bueno, no pasa nada. Haremos algo con esto. Serás la más hermosa de Londres, y harás que todos te envidien. Tal como tu madre soñó.

Sonrío, para que no note mis nervios, y la ayudo con la comida, mientras pensamos cómo hacer de estas telas algo maravilloso, listo para mi presentación en sociedad.

Todo va a salir bien, o eso quiero creer, porque estoy muy asustada.

# Capítulo 2

## Malory

Observo Londres acercarse desde la ventana del carruaje, donde vamos apretados, porque mi padre no quería viajar en dos coches.

En realidad, pienso que es para ahorrar dinero.

Desde que anunció que iríamos a Londres, y que solo tenía dote para las gemelas, las cosas en casa han estado un poco tensas.

Mi madrastra ha repasado con mis hermanas las normas de etiqueta, mientras que yo ayudaba a Fern con las tareas de la casa, y ponía al día mis vestidos.

Al final, Fern tuvo que ayudar con el confeccionado de los atuendos de las gemelas, y me tuve que coser gran parte de mis ropas.

Dudo que estén a la altura de la gran sociedad londinense, pero estoy orgullosa de mi trabajo, la verdad.

Mis diecinueve cumpleaños los pasé con Fern, porque mi madrastra había sido invitada a casa de una amiga, que nunca me invita, porque le molestan mis orígenes.

Siempre me ha dado igual, pero esta vez me dolió, por ser mi cumpleaños, y porque sentí que era un aviso de lo que estaba por venir en Londres.

Por la noche, Masie se coló en mi habitación y soplamos las velas juntas. Me trajo un ramo de flores, que había recogido de camino.

Opal solo me felicitó, y el pequeño Gil de diez años no me hizo caso. Tal vez, porque está molesto de que lo envíen a estudiar fuera; razón por la que no nos acompaña a Londres.

Ya se ha instalado en el internado.

Su despedida fue fría, porque es un niño al que no le gusta mucho socializar con nadie.

Ahora toca sacar mis mejores encantos y que nadie note mi falta de dote en los bailes, para conseguir un buen esposo decente, como Fern me ha dicho que mi madre deseaba para mí.

A mi edad, muchas mujeres ya han sido presentadas en sociedad, y han encontrado un buen marido.

Yo tengo la esperanza de que mi edad no importe, porque todavía no he cruzado la frontera de los veinte.

Llevamos años preparándonos para este momento.

Mi madrastra nos ha enseñado todo lo que sabe, y quiero creer que puedo conseguir todo lo que me proponga.

Quizás, todo menos el amor.

Mejor no pensar en eso, y centrarme en todo lo demás. Nadie puede saber que estoy triste, que me preocupa no encajar en los bailes o no

ser lo suficiente buena para nadie. Temo que mis orígenes importen más que yo misma.

No sé muchas cosas del pasado de mi madre. Solo he crecido pensando que fue una historia de amor lo que la llevó a casarse, y me pregunto si la verdad me acabará por explotar en la cara, ahora que estamos en Londres.

Tengo un mal presentimiento.

Llegamos a la casa y me sorprende ver varios sirvientes junto a Fern.

En realidad, no esperaba este despliegue de personal doméstico, teniendo en cuenta que mi padre no ha sido capaz de conseguirme una buena dote. Lo mismo estos meses en la ciudad ha tenido un golpe de suerte en los negocios, y de que ahí este derroche.

Subimos a nuestras habitaciones, y mi madrastra coloca a sus hijas en las mejores. Las que están más cerca a los cuartos principales.

A mí, me han preparado una habitación de invitados, alejada de mis hermanas.

Este detalle me oprime el pecho, como si fuera un nuevo aviso de todo lo que está por cambiar.

No, mi madrastra me quiere. Me ha criado ella…

Entro en mi cuarto y saco mis vestidos, al ver que nadie me viene a ayudar.

Lo dejo todo listo, algo agobiada por la falta de estilo de las telas, y por la carencia de colores vivos en ellas.

Masie entra a mi cuarto y cierra la puerta.

—¿Es normal estar nerviosa por la presentación en sociedad? —Se tira en mi cama en modo dramático.

—Supongo que sí —respondo.

—Siento que tus vestidos no tengan otro tipo de telas —comenta, al ver mi armario abierto—. Mamá está más rara que de costumbre, y eso ya es decir. —Le sonrío.

—Solo estará nerviosa. Ha regresado a su ciudad, y se va a reunir con muchas amigas. Es normal que quiera también que sus hijas se casen bien. Para ella es importante. Para mi madre lo era… O eso me ha dicho Fern: que si yo me caso bien, será una victoria para mi madre. Esté donde esté.

—Ya, bueno… No sé qué pensar. Todo esto me abruma. Me inquieta el no saber si encontraré el amor de mi vida. —Sonríe tímida—. Espero que no me pase como a mi madre, que se casó con el mejor postor, para convertirse en una baronesa, y llevar una vida solitaria y aburrida en el campo.

—No ha sido tan mala la vida allí.

—Tampoco ha sido increíblemente divertida.

—Bueno, todo eso va a cambiar ahora. Bailes, tés con las amigas…

Paseos en calesa.

Masie me mira emocionada, tras mencionar todo con lo que siempre ha soñado.

—Sí, lo estoy deseando.

Sonríe y yo lo hago por ella, también, aunque la desazón en el pecho no desaparece.

Tampoco lo hace cuando mi madrastra entra para buscarla, y le indica que tiene que ir a descansar, para que su rostro luzca perfecto, en nuestra presentación en sociedad.

Siento que no lo dice solo por eso, sino que le molesta que esté en mi cuarto…

«Eso es estúpido. ¿Por qué le iba a molestar?».

Estoy asustada. No sé si estoy preparada para el rechazo público, pero no quiero que nadie lo note. Quiero creer que todo esto solo me hará más fuerte.

# Capítulo 3

## Malory

Llegamos a Hyde Park a primera hora de la mañana, por sugerencia de mi madrastra.

Hay varias calesas y vehículos abiertos. Hombres a caballo y muchas personas paseando cerca del lago.

Mi madrastra conocía a gente en la ciudad, pero, tras años de vivir en nuestra villa, a las afueras, no sabe dónde estarán sus conocidos, y qué ha sido de ellos.

Mi padre, cuando viaja a Londres, regresa con periódicos que leemos al calor del fuego. La sección de cotilleos nos ayuda a saber, más o menos, cómo van las cosas por aquí. A saber que, si cometes un solo error, serás marcado para la posteridad, por gente que se cree tan inmaculada como para no tener una tara en su vida.

La gente nos mira a las cuatro con curiosidad, mientras paseamos.

Nadie se nos acerca, pero, con seguridad, alguien sabrá quiénes somos, y hará correr la voz entre todos.

A pesar de eso, nos saludan desde la distancia.

Mi madrastra es baronesa, pero su título no es de los mejores por estos lares, y, más, si no le acompaña una buena riqueza.

Al regresar a casa, tengo el ánimo decaído, y mi madrastra me mira de forma seria, como si hubiera tenido la culpa de todo.

Esto va a ser más difícil de lo que esperaba.

La gente tiene demasiados prejuicios.

Descarto bajar a comer y, en su lugar, me pongo ropas sencillas para salir de casa por la puerta de los sirvientes, e ir con la cocinera a comprar. Es algo que he hecho muchas veces, pero hoy necesito más que nunca.

—¿Tan mal ha ido? —La señora Fern me mira a la espera, mientras andamos hacia los bajos fondos de la ciudad, para buscar unas cosas de comer para la cena.

—No, ha ido bien.

—A mí no me engañas, niña. Te conozco desde que eras un bebé, y conozco a esa panda de emplumados. Va a costar que olviden quién fue tu madre.

—Tal vez, si supiera más cosas de su pasado aquí…

—No puedo decirte nada. Juré no hacerlo, cuando me vine a trabajar contigo. Si te enteras de algo, no será por mi boca.

Ahora sé que mis sospechas eran ciertas.

Fern no puede hablar, si quiere seguir a mi lado.

—Siento que así voy a ciegas.

—Lo siento, niña.

Veo pesar en sus ojos y, por eso, decido dejar el tema por ahora, para tranquilizarla.

—No pasa nada. Solo te diré, que seré la más bella en el baile, y que pronto tendré un marido rico que me adore. —Bufa y le doy un beso —. Todo va a ir bien. Esa gente no sabe lo increíble que soy.

—No lo sabrán, niña. A esa gente no le importa quién eres. Solo lo que puedan conseguir de ti. No lo olvides.

No le digo nada, porque no quiero que note mi agobio.

Compramos algunas hierbas para el huerto.

De camino a casa, pasamos por una vivienda que Fern observa de forma extraña.

—¿Qué sucede?

La cocinera mira a una mujer, que sale del edificio, con dos niños. Uno debe tener unos nueve años, y la más pequeña tres o cuatro.

La desconocida, al verla, se queda petrificada, y más cuando me mira a mí. Sus ojos se llenan de lágrimas, y se va hacia atrás, como si acabara de ver un fantasma.

—Yo juré no decirte nada, pero el destino tiene otros planes.

—¿Qué está pasando?

—Tu madre vivía en ese edificio de pequeña. —La señora Fern duda, pero da un paso al frente cuando la mujer sigue quieta—. Y esa señora, que te mira como si acabara de ver un fantasma, es tu tía, por parte del hermano de tu madre.

Agrando los ojos ante esta revelación, porque acabo de descubrir que tengo más familia viva de la que esperaba.

Nos acercamos y los niños me observan curiosos. Sus ropas son sencillas y llenas de agujeros cosidos de mala forma. La más pequeña se mete entre las faldas de su madre, y me observa con sus grandes ojos verdes. Son como los míos.

—Hola, Amelia.

Las dos mujeres se miran, para fundirse en un abrazo entre lágrimas, a continuación.

—Pensé que no te volvería a ver —le dice a su amiga, y luego me miran—. Eres igual a tu madre, niña. Tan bonita como ella.

Toca mi cara y veo cómo los ojos se le llenan de lágrimas, otra vez.

—Íbamos a dar un paseo, pero podemos dejarlo para otro día. ¿Queréis subir a tomar el té?

—Mamá, no tenemos té —dice el hijo más mayor.

Su madre lo mira sonrojada.

—Tengo un poco guardado en la despensa.

Los niños se observan, y saco de mi cesta una bolsa de té, que le tiendo.

—Este té es de mis favoritos. ¿Queréis que lo probemos? También

hemos comprado galletas de mantequilla. ¿Os gustan? —les pregunto a mis recién descubiertos primos.

—Nunca las hemos probado.

En este momento me doy cuenta de que yo siempre creí que mi vida era complicada, pero no es nada comparada con la que han debido llevar ellos.

Acaricio sus mejillas y subimos a la casa.

No tienen muchas cosas, y comparten cama los tres.

Me cuentan que mi tío falleció hace dos años en la guerra, como un héroe, ya que murió salvando a otra persona.

—Me hubiera gustado conocerlo.

Mi tía mira a su amiga y Fern niega con la cabeza.

—Hay cosas del pasado que es mejor que no sepas.

De nuevo, odio que me oculten cosas.

—Tu padre es un barón, Malory. Si él no quiere que sepas de tu pasado, y lo sabes…

—¿Lo puede pagar con ellos? —pregunto cortando a Fern, y esta asiente.

—Deja las cosas como están, niña —me dice la cocinera, pero mi tía no parece tan convencida de eso—. Si tienes que conocer algo más, ya lo sabrás. Has vuelto a la ciudad, y al final la verdad no puede ocultarse para siempre.

—No creo que mi padre sea un ogro.

Las dos mujeres se miran y siento que lo que me ocultan es más importante de lo que me quieren hacer creer.

—Tú preocúpate de brillar en tu presentación de sociedad —comenta mi tía—. De conseguir un buen marido y de que nadie te diga dónde está tu lugar. Tienes derecho a estar entre ellos. Eres la hija legítima de un barón, no lo olvides. Es lo que habría querido tu madre.

Veo la verdad en los ojos de mi tía.

Para mi madre era importante que yo triunfara donde otros se empeñan en separarnos por clases.

—Lo haré. —Mi tía asiente—. Siento no haberos conocido antes. O a mi tío.

—Tú no tenías la culpa de nada. —Acaricia mi mejilla—. Eres tan preciosa como ella. Vive en ti, y me alegra mucho que el destino te haya traído hasta la puerta de mi casa.

Me cuentan cosas de mi madre, de cuando actuaba en el teatro.

Los niños hacen una obra de teatro, y aplaudimos felices.

Todo lo que me cuentan, ya lo sabía por Fern. No me dice nada nuevo.

—Tu madre estaba destinada a ser una gran actriz, pero renunció a todo por casarse con tu padre —me indica mi tía, mirando a Fern, que

niega con la cabeza. Seguro que es para que deje de hablar—. Le habían hecho una oferta para ir a Francia a actuar, en un importante teatro, pero tu padre le había pedido matrimonio. Renunció a sus sueños por él. Te lo cuento para que no agaches la cabeza ante nadie. Ella eligió este camino por ella misma, por los hijos que vendrían, para ser algo más de lo que estaba destinada a ser. Ahora te toca a ti que su renuncia no haya sido en vano.

—No lo sabía —añado.

—No olvides, niña, que el amor enriquece el alma, pero no el estómago —dice mi tía—. Consigue un buen marido, con el que no tengas que pasar penurias. Con el que no temas lo que les pueda pasar a tus hijos. —Mira a los suyos, que comen las galletas, ajenos a nuestra conversación—. Eres preciosa, e hija de un barón; que nadie te haga sentir de menos, porque tu madre era una gran mujer y una gran artista.

Sus palabras son como un bálsamo para mí. Era justo lo que necesitaba escuchar.

Nos despedimos de ellos y prometo volver pronto a verlos.

Pienso en todo lo que les hace falta y sé que no puedo ayudarlos mucho, pero, si me caso bien… Si tengo un buen matrimonio, tal vez pueda ayudarlos.

—Tu tía tiene razón —comenta Fern llegando a casa—. Y, si no, que se lo digan a tu madrastra. Lleva toda la vida padeciendo penurias, después de haber nacido en una cuna de oro.

—No pienso olvidar mis metas, ni dejar que nadie me doblegue.

—Eso espero, niña, porque esta gente va a tratar de herirte, solo porque serás la joven más bella de todo el baile. No lo olvides, y no dejes que nadie apague tu luz.

—No lo haré. Soy la hija de una gran artista.

Fern sonríe emocionada, porque piensa en su amiga.

Entramos a la casa y mi madrastra pone mala cara al vernos.

—¿Dónde has estado?

—Me acompañó a comprar —responde Fern por mí, y me da un pellizco para que no cuente la verdad.

Asiento y mi madrastra, tras darme un repaso con la mirada, se marcha.

—Deja todo como está —me dice Fern—. No hagas preguntas que puedan ser tu ruina, antes de conseguir un buen matrimonio. Ya habrá tiempo de respuestas.

Se marcha y me pregunto si podré aguantar la intriga hasta después de casarme. Tal vez, porque si me caso bien y Fern se viene conmigo, podré protegerla a ella y a mi familia.

Conseguir un buen marido nunca me importó tanto como ahora.

Tengo que prepararme para la mayor actuación de mi vida.

# Capítulo 4

## Adler

Llego a mi casa, en la ciudad de Londres, donde mi madre y mi hermana de dieciséis años me esperan.

Al entrar, me sorprende que casi no haya muebles, y que no haya más que un mayordomo, que me ayuda a subir las cosas a mi habitación. Llevo años mandando dinero, y, además, mi padre tenía una suculenta fortuna.

Todo esto me pilla por sorpresa. Sobre todo, porque podría poner en riesgo mis planes. Es un contratiempo con el que no contaba, desde luego.

—¿Dónde está mi madre?

—En la salita que hay al lado del cuarto de la condesa.

Voy hasta ella, preocupado por cómo está todo.

El suelo no parece pulido y las alfombras parecen listas para ser cambiadas.

Entro y la encuentro al lado del fuego, junto con mi hermana, calentándose las manos.

—¡Has vuelto! —Dede, mi preciosa hermana, se levanta y se acerca para abrazarme.

Casi no la reconozco, porque no la veo desde la muerte de mi padre.

Me pedí un permiso para venir unos días, y Dede distaba mucho de la mujercita que tengo ante mí.

Me doy cuenta de la responsabilidad que tengo con ella. Pronto será presentada en sociedad, y tengo la responsabilidad de que consiga un buen matrimonio.

No sé si estoy preparado para que algunos de esos idiotas me agraden para ella, porque, la gran mayoría de la gente me parece rastrera y mezquina.

En la guerra he conocido a muchos de ellos. He visto cómo miraban para otro lado ante la muerte de un compañero, por no pertenecer a su misma clase social, y de cómo se ponían medallas por cosas que nunca habían hecho.

No tuve una infancia feliz. Mi padre fue un desgraciado, pero la guerra me ha endurecido todavía más.

No tengo claro cómo voy a moverme entre la gente de mi clase, sin fulminar con la mirada a más de uno o bajarles los humos por creerse alguien, después de todo lo que han visto mis ojos.

—¿Qué ha pasado aquí? —Mi voz es dura y aunque intento rebajarla, no lo consigo—. ¿Dónde está la fortuna de mi padre?

Dede mira a su madre, que le pide que nos deje solos.

Ando hacia ella, y compruebo que parece mucho mayor de golpe. Reparo en cómo han pasado los años, y en sus ropas sencillas.

—Tu padre fue un desgraciado hasta el día de su muerte y nos dejó sin nada. Si he callado, es solo para que, además de un conde pobre, no seas también un desertor.

Su frialdad me pilla por sorpresa.

Hace diez años que casi no nos vemos. Cuando era pequeño, pasaba más tiempo con las criadas, pero siento que lo vivido, en el último tiempo, la ha endurecido. Al igual que a mí.

—Entiendo. Estoy de vuelta, y lo arreglaré todo.

—No espero menos de ti. Es hora de que te comportes como el conde que eres; que mires por esta familia y este título por encima de todo.

Mi madre me cuenta que mi padre, antes de morir, lapidó su fortuna por el juego.

No queda nada, salvo esta casa y los muebles que faltan, que los ha vendido mi madre para conseguir cosas de primera necesidad.

Yo les enviaba dinero y, gracias a eso, no les ha faltado comida en la mesa.

No me dijeron nada, porque ese dinero les llegaba cada mes, y porque no querían que volviera antes de hacer mi papel para la Corona, por si en un futuro pudiéramos necesitar el favor del rey. Tampoco quería que me convirtiera en un desertor, ya que, para mi madre, el qué dirán es muy importante. O tal vez para todos, por estos lares.

Tengo muchas ideas para que el condado recupere su esplendor, pero para eso necesito dinero, y, con lo que me presta el banco, solo puedo lograr lo justo para comprarnos ropas adecuadas para la temporada.

—Necesitas una esposa con una cuantiosa dote y una buena posición social —me dice mi madre en la cena—. Por suerte, la temporada empieza pronto.

—Sí, pero no tardará en correrse el rumor de mi falta de liquidez.

—Eres conde. Más de un padre hará la vista gorda, con tal de que su hija sea condesa.

—Al menos tengo eso. —Doy un trago al vino, que no es de los mejores, pero, tras años de guerra, me sabe a gloria.

—Además, eres apuesto. Muy apuesto. Eso, y tu título, pondrá una ristra de mujeres a tus pies. Elige bien.

—Lo haré, por supuesto.

Ahora que he vuelto, ellas dependen de mí. Esto supone que Debe tenga una presentación en sociedad a la altura. Es la hija de un conde, y quiero para ella lo mejor.

Me toca cumplir con mis deberes. Sobre todo, por todos los planes que tengo, pero, para todo, necesito dinero.

Pienso en las cartas que debo entregar de Pet, y la promesa que le hice sobre su sobrina.

No esperaba encontrarme con todo esto al llegar. Por eso, dejo para más tarde lo de cumplir con mi promesa.

Hace años, solo pude ver a su esposa cuando le entregué la carta que su marido le había escrito a ella y a los niños. No le pregunté nada de su sobrina, pero sí le conté que su marido había sido un héroe de guerra.

También le di una de las medallas que me otorgaron a mí, como si le correspondiera a Pet. Él sí se la merecía, pero no quedaba tan bien condecorar a hombres de su clase.

Regresaré a la casa y preguntaré por su sobrina, pero, antes, tengo que ver cómo resuelvo el lío en el que me ha metido mi padre.

—Mi padre lapidó su fortuna —le informo a mi amigo Char, tras encontrarme con él en una taberna de mala muerte, cerca del puerto —. Necesito una esposa con una cuantiosa dote para que todo siga adelante.

—No creo que te cueste mucho hacerte con una, con esa cara que tienes. —Da un trago a su cerveza—. Pero, antes de eso, tenemos que empezar a poner todo en marcha. Cuento con que pronto te hagas con una esposa rica.

Asiento, porque no pienso fallar. Solo es un contratiempo de nada.

Me sirven una cerveza y me la bebo, mientras miro a quien ha sido uno de mis mentores en la guerra.

—Vamos, empecemos cuanto antes.

—Así me gusta.

Salimos de la cantina y ponemos en marcha nuestros planes.

Todo está medido y pensado, porque un paso en falso puede suponer la horca.

Toca ser más listo que el sistema.

# Capítulo 5

## Malory

Miro mi vestido, antes de salir hacia la presentación de la reina. Es blanco, inmaculado, y excesivamente sencillo para un evento así. Siento que este vestido y la tela elegida, están diciendo que yo no debería estar aquí.

Cierro los ojos con fuerza y pienso en mi madre. En todo lo que renunció para ser una baronesa.

Voy hasta donde está mi familia, y contemplo a las mellizas, que lucen preciosos vestidos, que no parecen confeccionados por ellas.

Mi madrastra se ha esforzado mucho en que destaquen sobre el resto, a pesar de no ser de modista. Esto hace que aún me sienta más fuera de lugar, con mi vestido blanco austero.

—Estás preciosa —indica Masie sin las gafas, porque mi madrastra dice que es mejor que no las lleve ninguna de las gemelas—. O eso creo, porque no veo nada.

—No comparto la idea de tu madre de que no llevéis las gafas.

Como tampoco muchas cosas que han pasado desde que llegamos.

Me han dejado sola en más de un paseo y he sentido que me daban de lado en casi todo, menos Masie.

He querido creer que son cosas mías, pero siento que estar en Londres nos ha cambiado un poco a todos.

—Dice que poca gente mira la belleza tras las lentes. —Alza los hombros—. Estoy nerviosa. Lo mismo hoy conozco al amor de mi vida.

—O a un viejo decrépito que esté a punto de morir —añade Opal—, y solo te necesite para darle un barón. Luego, te dejará en paz toda la vida.

—No sé cómo hemos podido compartir útero, siendo tan diferentes —le dice Masie.

Su madre nos llama y vamos hasta la puerta, donde nos espera el carruaje.

Al vernos a las tres, pone mala cara por mí e intuyo que es porque mi vestido no está a la altura.

Mi padre se gira al vernos y, cuando me va a mirar, aparta la cara, como si le doliera.

He estado tentada de preguntarle más cosas sobre mi madre, pero no quiero que se enfade o que piense que Fern me ha podido decir algo, ahora que estamos aquí.

Apenas lo conozco y no sé cómo reaccionaría. No quiero que lo pague con mi familia, y con Fern.

—Vamos, o llegaremos tarde —indica mi padre con voz dura.

Parece como si no quisiera estar aquí, pero no le queda otra que acompañarnos a estos eventos.

Al menos, a algunos de ellos.

Subimos en el carruaje los cinco, y estamos un poco, bastante, apretados en su interior, pero no tenemos dinero para mantener dos carruajes.

Al llegar, mi madrastra arregla los vestidos a sus hijas, pero el mío lo mira con desagrado.

Siento deseos de vomitar…

—Si nos sueltas, nos matamos —susurra Masie, cuando las cojo para ir con ellas, hasta donde están el resto.

Opal quiere ir sola, pero casi se choca, y, al final, acepta que vayamos las tres. Es muy orgullosa.

Vamos hasta lo alto de las escaleras, donde están el resto de las debutantes, y esperamos para bajar por las escaleras.

Aunque no lo admita, yo también estoy algo nerviosa. Sobre todo, cuando las demás jóvenes me observan y cuchichean.

Me siento fuera de lugar, y tengo que recordarme que soy hija legítima, y que tengo derecho a estar aquí.

Cabeza alta y sonrisa permanente. Soy la hija de un barón de la Corte.

Empezamos a bajar las escaleras.

Busco un punto fijo donde mirar, para no caerme, y entonces mis ojos se cruzan con el hombre más increíblemente apuesto que he visto en mi vida.

Por un segundo, es como si el tiempo se detuviera para que pudiera contemplar semejante adonis. Tiene el pelo negro, como el de un cuervo, y los ojos entre verde y azul. Su mirada es fiera, y no parece feliz de estar aquí. Es alto. Sobresale ante los demás, y su piel no está blanquecina. Tiene un toque moreno por el sol, que lo hace más imponente.

Noto cómo el corazón late de forma diferente, y cómo los pelos de mis brazos se ponen de punta, sin comprender muy bien el poder de esa mirada.

Entonces, Masie tira de mí cuando se tropieza, y me centro en ella, cortando el contacto visual, que ha alterado mis sentidos.

—Ya estoy bien —me indica mi hermana.

Alzo la mirada, para volver a ver a ese hombre tan apuesto, pero, en su lugar, hay uno rubio, tan pálido como la luna.

Lo busco mientras desciendo, pero no está por ningún lugar.

Me pregunto entonces si lo habré imaginado todo. Nadie puede escapar con tanta rapidez de un baile atestado de gente.

Seguimos bajando y somos engullidas por la gente, que no deja de

mirarme.

Algunos hombres mayores me observan de una forma que me pone los pelos de punta; al igual que las mujeres más adultas.

Intento ignorar a todos, y buscar a mi familia.

Mi madrastra coge a las gemelas y se las lleva para conocer a sus amigas.

A mí me dejan de lado, sintiéndome el blanco de todas las miradas, hasta que ellas vuelvan.

Cansada de tantas miradas indiscretas, me marcho por una de las puertas del salón hasta el jardín.

Salgo y, tras andar un poco, me encuentro un seto que impide que salga de este sitio. Parece pequeño, por lo que decido pasar a través de él, pero mis zapatos se enredan en cuanto doy dos pasos.

Meto las manos para rescatarlos, pero solo consigo llegar a uno.

Agobiada, trato de sacar el otro zapato para irme al carruaje.

Necesito escapar de tantas miradas.

—¿Precisa de ayuda?

Me giro y veo al hombre que me dejó sin aliento.

Sigue teniendo el gesto serio, pero algo se ha suavizado en sus ojos. De cerca es mucho más apuesto y alto.

—Se me ha quedado el zapato atascado.

—Este no es el lugar para pasar.

Me parece ver una pequeña sonrisa asomar por su boca.

—Es lo que pasa cuando se quiere escapar —admito.

—Comprendo su interés por querer escapar de un lugar así. —Se acerca y mete la mano para liberar el zapato.

Su altura hace que esta tarea le sea más fácil, pues tiene los brazos más largos.

Cuando lo coge, en vez de dármelo sin más, se arrodilla y busca mi pie bajo mis faldas.

Su descaro me pilla por sorpresa y me hace sonrojar.

Llevo medias, pero es como si, por un segundo, me sintiera desnuda ante él.

Pone mi zapato con cuidado, mientras yo siento como si el corazón se me fuera a salir del pecho. El gesto me parece muy íntimo, y sé que no debería dejarle, pero algo me empuja a no moverme ni un solo milímetro, y disfrutar de ello. De su contacto.

Su mirada se centra en la mía al acabar, y nos quedamos observándonos, sin decir nada. Es como si ninguno encontrara la palabra correcta para romper este silencio tan intenso.

Se pone en pie y va a decir algo, cuando una mujer con un tono muy desagradable se nos acerca.

La recién llegada, le indica que lo necesita con urgencia, tras mirarme de una forma que me da escalofríos.

Me quedo observando cómo el misterioso hombre se marcha con gesto enfadado, sin comprender muy bien qué acaba de pasar, pero sabiendo que recordaré este instante el resto de mi vida.

Entro al carruaje para esperar a mi familia, sin poder dejar de pensar en ese caballero.

Por sus ropas sé que debe tratarse de un lord, pero no sé nada más.

Miro mi zapato, como si una parte de él siguiera ahí. La verdad es que se nota que mis zapatos han pasado por muchas batallas.

Ha debido pensar lo peor de mí.

Espero un rato más en las nubes, antes de que se abra la puerta del carruaje y aparezca mi familia.

Voy a preguntarles que qué tal, cuando mi madrastra abre la boca y me deja helada con sus palabras:

—Se ha corrido el rumor de que solo tenemos dote para las gemelas. —La miro mientras se arregla las faldas—. Con seguridad, los sirvientes se han ido de la lengua. Te costará más de lo previsto encontrar marido.

—Esperábamos que esto se supiera, pero más adelante —añade mi padre de manera fría, mirando por la ventana, cuando el coche se pone en marcha.

No digo nada, pero siento una opresión en el pecho.

Lo de no tener dote va a complicar todo más de lo que esperaba, porque esta gente solo olvidará mi humilde pasado con dinero de por medio.

A pesar de eso, sonrío y no dejo que mi familia no note lo inquieta que estoy, y que esto me deja una opresión en el pecho, que evita que pueda respirar con tranquilidad.

Cuando llego a casa, me encierro a mi habitación, alegando que estoy cansada.

En realidad, quiero estar sola, para dejar de fingir que todo está perfecto y que nada me afecta.

De nuevo, a mi mente acude el misterioso caballero y, a pesar de la tormenta, noto cómo sonrío.

—Han hablado de ella en el periódico —susurra mi madrastra a primera hora en la sala del té—. A ver si esto no afecta a las mellizas…

—Esperemos que no. —El tono de mi padre me pone los pelos de punta. Es como si le importaran más mis hermanas que yo.

Eso es imposible. Ellos me quieren.

Entro, y mi madrastra esconde el periódico tras su espalda.

—Buenos días.

—Buenos días —respondo a mi madrastra, yendo hasta su lado, para tomar el periódico.

—Te quería ahorrar el disgusto —responde, apartando la mirada.

—No me dan miedo lo que estos papanatas puedan decir de mí.

Abro el periódico por la sección de cotilleos y busco mis iniciales:

> La señorita M., hija de una conocida actriz de los bajos fondos de Londres, ayer tuvo el descaro de presentarse en sociedad con el resto de las jovencitas respetables. Corre el rumor de que su padre ni siquiera la tiene en consideración a la hora de repartir una buena dote, aunque todos sabemos que el barón W. no tiene dónde caerse muerto. No deja de ser un barón.
> Esta temporada se plantea interesante.
> Dudo que haya alguien lo suficientemente loco para dejarse seducir por una cara bonita, con una reputación tan cuestionable.

Dejo el periódico en la mesa angustiada.

Sonrío para que no noten mi desasosiego, pero odio que, sin conocerme, dejen caer que porque mi madre fue actriz, ya tuvo que ser la amante de alguien.

Yo sé poco de esta historia, pero lo que ella hiciera no tiene nada que ver conmigo.

Soy hija de un barón, y a nadie le importa el resto.

—Les demostraré a esos idiotas —mi madrastra se abanica por mis palabras mal sonantes—, lo increíble que soy.

—Mejor si evitas llamarlos idiotas a la cara. —Mi padre observa a los pocos sirvientes que tenemos, sabiendo que, con seguridad, todo lo que se sepa de nosotros se ha filtrado por ellos—. Mejor evita que nadie tenga algo que hablar de ti, si quieres que estos rumores se pasen.

—Nadie lo tendrá. Voy a demostrar que no tengo ninguna tacha, y pronto dejarán de hablar de mí.

—Ya veremos —señala mi madrastra, sirviéndose el té como si nada.

Miro el periódico, odiando ser el blanco de gente aburrida, que no tiene nada mejor que hacer, que ver cómo el resto se hunden por sus calumnias.

Ellos no saben con quién están jugando.

Me he preparado toda la vida para este momento, y voy a demostrarles que este es mi sitio, como el de ellos, por mucho que les moleste.

## Adler

Llego a la cantina donde me espera Char.

Estoy algo molesto con mi madre, desde la fiesta del otro día, donde fuimos a ver a las debutantes. Me vio ayudando a esa joven, y no tardó en decirme que, si era listo, me alejaría de ella. No solo por su falta de dote, sino por quien fue su madre.

—Creo que soy mayorcito para elegir esposa —le indiqué en el carruaje.

—No lo eres. Solo eres un hombre.

Su desprecio hacia el género opuesto no me extraña, porque mi

padre era un juerguista que nunca la trató bien como esposa.

—No ponga en duda mi inteligencia, madre —respondí.

—Lo haré, hasta que pienses más con la cabeza, que con lo que tienes entre las piernas.

La miré muy enfadado, mientras me costaba pensar cómo esa mujer era mi madre.

—Soy mucho más que alguien que se deja llevar por sus instintos más bajos.

—Ya lo veremos.

El carruaje se detuvo y mi madre se bajó asqueada.

Le dije al cochero que siguiera conduciendo, y me alejé de esa casa, donde me asfixio.

La cosa no mejoró esta mañana. Cuando mi madre dejó el periódico abierto donde se leía lo que decían de la joven.

—Mancillará el buen nombre del idiota que se case con ella por su belleza.

—Nunca he dicho que vaya a ser yo.

—Desde luego que no. Ya me encargaré de que todo salga según lo previsto.

Se marchó y yo fui incapaz de comer nada.

No fue porque no tenga claro que esa joven no puede ser mi esposa, sino porque no me gusta que nadie dude de mi inteligencia, y menos la mujer que me dio la vida.

Busco a Char en la cantina y me cuenta cómo van nuestros avances.

—Si queremos que esto salga bien, tienes que empezar a mover ficha. ¿Estás preparado, muchacho?

—Estoy listo. Sembremos el caos…

# Capítulo 6

## Malory

La señora Fern, tras verme decaída todo el día, ha insistido en que vaya con ella a las afueras de Londres, donde se han instalado unos feriantes, porque hay una fiesta.

Salgo de mi dormitorio con ropas sencillas y mi capa, para no ser vista.

A mi familia les informé de que me iría pronto a la cama, y, por suerte, últimamente nadie me presta demasiada atención en esta casa. Hasta mis hermanas se fueron con su madre para hablar de algo importante, donde solo ellas tenían cabida.

Lo que menos necesitaba hoy, era que mi propia familia me diera de lado.

Por eso, sigo a Fern, porque necesito no pensar en toda la pompa de Londres, y sus tonterías.

Vamos con un carruaje, que hemos encontrado en una de las calles aledañas a la casa, hasta las afueras.

Fern coge mi mano y la acaricia.

Aquí, lejos de los ojos de todos, no tiene que guardar las formas, ni tratarme como la señorita de la casa. Puede ser mi amiga, y esa mujer que prácticamente me ha criado.

Llegamos a las afueras y vamos hacia la zona donde los feriantes han instalado su campamento.

Hay mucha gente de todas las clases, pero, sobre todo, de la clase baja, que disfruta de los espectáculos y de la comida ambulante.

Cojo algo para comer y Fern ve a unas amigas, con las que hace años no coincidía.

La insto para que vaya con ellas, mientras veo a un hombre que hace magia. Del gorro que lleva saca un conejo, y la gente grita entre emocionada o alarmada.

Yo no creo en la magia, y sé que habrá una explicación para esto.

Me vuelvo para ver otra cosa, pero me choco con un torso duro y firme.

Voy a pedirle disculpas, cuando, al alzar la cabeza, veo que es el hombre del baile. Es el mismo que rescató mi zapato.

Por su mirada, no sé quién está más sorprendido de los dos por este encuentro.

—No sé por qué me da que usted no debería estar aquí, señorita…

—Malory —le digo—, y no he venido sola. —Señalo a Fern, que está abrazando a una amiga, mientras ríe feliz. Nunca la he visto tan feliz—. Es mi cocinera.

—Aun así, es peligroso para su reputación que alguien la pueda encontrar por estos lares.

—Estoy aquí para huir de esa gente, precisamente —murmuro y se acerca.

Su cercanía me altera, y no es por algo malo.

Me mira y no sé qué ve en mí, que le lleva a hacerme señas para que lo siga, y así dar un paseo por la zona.

—Entonces, no se ha escapado, pero necesitaba escapar.

Asiento y vamos hasta un hombre que vende una crema milagrosa.

—Sí. —Observó al hombre del espectáculo, que hace creer a todos que quien use su ungüento será de golpe más fuerte. Podrá levantar una pesa enorme—. No sé cómo la gente puede creerse estas cosas.

Mi acompañante sonríe de medio lado.

—Bueno, la gente se engaña sola, porque lo que les importa es ver parte de la verdad.

—Tiene razón. —Lo miro—. No sé su nombre…

—Aquí solo soy Adler.

Saboreo su nombre en mi mente.

—Y yo aquí solo Malory.

Asiente y observamos cómo la gente compra varias de esas cremas.

Bufo, de forma poco femenina, y, cuando lo miro, parece más divertido que escandalizado.

—Odio que engañen a la gente —afirmo.

—Pues aquí hay muchos charlatanes. Quizás, debería irse.

Busco a Fern, que está bailando y riendo.

—No quiero quitarle esto. Ella se separó de sus amigas por cuidarme. Deseo que disfrute, pero gracias por su preocupación. Daré una vuelta. Buenas noches, Adler.

—No pienso dejarla sola. Por estos lares hay muchos maleantes y ladrones. —Mira a un hombre que me observa de una forma que me pone los pelos de punta.

—Puedo cuidar de mí misma. ¿O acaso va a proteger a todas las mujeres de este lugar?

—Si hiciera falta, lo haría. —Su mirada es fiera, cuando se fija en el desconocido, que no me quita los ojos de encima. Adler se me acerca y pone su mano en mi cintura, lo que provoca que me recorran cientos de escalofríos—. Usted llama la atención, señorita.

—Esos son bobadas. No lo necesito para protegerme. Buenas noches.

Decidida a demostrarle que soy capaz de cuidarme sola, me alejo de él. No estoy muy convencida, pero sé que, si Fern me ha traído hasta aquí, no debe haber nada malo por la zona.

Camino entre la gente, y una mujer se choca conmigo. Pone mala cara, cuando ha sido ella la que ha impactado conmigo.

Miro a Fern, que parece tan feliz, que quiero darle los menos quebraderos de cabeza posibles.

Me meto entre unas carpas y siento a alguien en mi espalda.

Me giro para echarle la bronca a Adler, por seguirme, pero veo al hombre que no dejaba de mirarme. Sus dientes están negros; su olor es pestilente, y me llega incluso desde la distancia a la que estamos.

Me aterro y pienso con qué golpearlo, pero alguien lo hace en la cabeza por mí, con una botella.

Adler mira al hombre caer con gesto fiero.

—Ni cinco minutos ha aguantado sin meterse en problemas.

—Y me ha seguido para echármelo en cara.

—Por supuesto, y ahora, sígame. —Se gira.

—No pienso seguirle a ningún lado.

Se vuelve, y mira al hombre que gruñe desde el sueño.

—¿Prefiere quedarse con él?

El hombre trata de tocarme medio inconsciente, y corro hasta donde está Adler.

—Lo sigo, pero solo porque entre todos los males, usted me parece el menor.

—No sé si es lista o una insensata. Estando aquí sola, sin carabina, una insensata, sin duda.

—Cosa que por supuesto a usted no le importa.

Me mira de reojo, mientras lo sigo. Su mirada es fiera. Parece a punto de luchar, pero, cuando me contempla, se suaviza lo justo, para no despertar miedo en mí.

Tal vez, esté siendo una tonta por seguirlo, pero aquí estoy, tratando de disfrutar de este ambiente festivo con un lord, que bien podría ser mi desgracia, si nos pillan juntos.

—Coma —me indica, cuando compra algo, y me lo tiende.

—Es usted un mandón.

Sonríe y sus ojos relucen.

—No lo sabe usted bien —por cómo lo dice, mi corazón da un vuelco, sin comprender el motivo.

Cojo la comida y nuestras manos se tocan.

Ninguno de los dos lleva guantes, y siento el calor de su piel traspasar la mía.

La aparto, como si quemara, sin poder dejar de mirarlo. Hay algo en él que me empuja a perder la cordura.

Me centro en la comida, y la pruebo, sin tener muchas expectativas de que esté buena. Por eso, cuando la comida entra en mi boca y el sabor explota, con toques de picante, salado y limón, agrando los ojos sorprendida por esta inesperada experiencia gustativa.

—No está mal —afirmo, y, por su cara, sé que me entiende.

Andamos por la zona, hasta una mujer que levanta pesas, y la gente

aplaude como si fuera increíble que sea más fuerte que un hombre.

Miro de reojo a Adler. Su presencia es imponente, y sé que no debería seguirlo, pero aquí sigo.

Cuando me pilla observándolo, aparto la mirada sonrojada.

Solo es un hombre apuesto.

El hombre que va de forzudo levanta un banco, con un hombre enclenque subido a él.

—He visto mujeres cargar más de dos niños a la vez, y correr tras un tercero. Esto no es nada —murmuro.

—Intente disfrutar del circo, Malory.

—Es la primera vez que vengo, y me cuesta dejarme llevar sin cuestionarlo todo.

Observo a la gente, que cree a los charlatanes, y se sorprende con todo.

Yo no lo hago, y tal vez sea porque, desde niña, he leído cosas que no debería o he estado en el pueblo con Fern, y han hablado delante de mí de cosas que no eran propias para una señorita.

Me pregunto, si todo lo que sé, hará que en los bailes no sea capaz de parecer una señorita inocente.

—Cuesta, cuando no me creo nada de esto —añado, y él sonríe de medio lado.

—Ya veo.

Sigue andando y lo sigo hasta una zona donde hay una hoguera. La gente baila sin seguir las normas de etiqueta.

La música hace que mis pies se muevan y siento deseos de bailar de forma libre.

—No se corte.

—¿Cómo?

—Que se deje llevar. Aquí nadie la va a juzgar.

Lo miro, y luego observo a la gente bailar libre, alrededor de la hoguera.

Me quito la capa y se la tiendo.

Luego, ando hasta donde está el resto de las personas, y una mujer tira de mi mano, para que me una al baile.

Danzo con ellos, notando cómo mi oscuro pelo suelto se hondea con el viento, antes de caer sobre mi cintura.

Me ponen una corona de flores en la cabeza, y me dejo llevar, mientras danzamos felices, alrededor del fuego.

Me olvido del mundo, menos de él.

Busco a Adler, y siento sus ojos fijos en mí.

Nunca nadie me ha mirado de esa forma, como si fuera capaz de penetrar mi alma.

Bailo, sabiendo que me observa, y es como si sintiera mi cuerpo más receptivo que nunca. Es como si la burda tela, que acaricia mi cuerpo,

de golpe se sintiera más ligera.

Lo miro agitada, mientras giro por la hoguera.

El fuego no me calienta tanto como sus ojos.

Bailo, hasta que me duelen los pies, y, cuando regreso al lado de Adler, estoy agitada y sudorosa.

Su mirada se centra en mi boca entreabierta, y veo cómo endurece el gesto, y aprieta los puños.

—Aquí estás —indica Fern, saliendo a mi encuentro. Mira a Adler y me coge del brazo—. Regresamos a casa.

No protesto, porque no sé qué excusa poner para pasar más tiempo con el misterioso lord.

Por eso, me despido de Adler, y sigo a Fern hasta un carruaje, que nos lleva a la ciudad.

—Cuidado con ese tipo de hombres —me avisa en el carruaje.

—Solo lo soportaba, mientras tú hablabas.

—Ya, por un lord, tu madre perdió la cabeza y acabó muerta.

—Acabó muerta por mi culpa. No por mi padre —apunto, y noto ese peso en el pecho, que a veces no me deja respirar.

—No pensemos ahora en eso, pero harías bien en alejarte de hombres así.

—¿Y cómo crees que es ese lord?

—Oscuro, tenebroso y, con seguridad, autoritario. Hará de tu vida un infierno, si le dejas entrar en ella.

—¿Y eso lo sabes con solo mirarlo un segundo?

—Eso lo sé, por cómo te miraba, niña. Algo que, a tu edad, no debes saber. Aléjate de él, y céntrate en un hombre que puedas dominar tú. No al contrario.

No digo nada.

El problema es que no soy capaz de dejar de pensar en Adler. De recordar su mirada ardiente y cálida, a la vez.

Sé que es peligroso. Lo sé con cada poro de mi piel, pero siento la imperiosa necesidad de volverme a encontrar con él.

## Adler

Me preparo para pelear porque, si quiero ganarme el respeto de esta gente, tienen que verme ser letal.

Lo hago, sin poder dejar de pensar en Malory, bailando junto al fuego, jadeante y pletórica.

Es preciosa y sensual. Llama la atención aunque no quiera.

También es una irresponsable. Ella, y la cocinera por traerla a este lugar, y dejarla sola.

Vi a más de un hombre mirarla, con la clara intención de llevarla a un lugar oscuro para mancillarla.

Sus curvas y sus generosos senos botando, al son de la danza, no

han ayudado a que más de uno se acercara para mirarla.

He tenido que fulminar con la mirada a más de uno, y ahora voy a pelear con varios, que han osado ir contra mis deseos.

Cuando Malory se acercó jadeante a mí, la imaginé sobre mi cuerpo, desnuda, mientras mi dura polla llenaba su cuerpo hasta el fondo.

Es una mujer peligrosa…, y sin dote. Debo tenerlo claro porque, un solo error, mandará todos mis esfuerzos al traste.

No pienso ceder ante nadie.

Voy a ser letal con todo.

—Está listo —me anuncia Char—. No tengas piedad o no te respetarán.

—No pienso tenerla.

Ando hasta donde me esperan, sabiendo que Malory confió en la peor de todas las personas que había en estos lares: en mí.

# Capítulo 7

## Malory

Mi madrastra se va a primera hora con mis hermanas sin contar conmigo.

Intento que esto no me afecte, pero duele ver cómo me evitan, cuando deberíamos estar unidas, de cara a los primeros bailes de la temporada, que serán en unos pocos días.

Voy al invernadero, para arreglar las flores, y, mientras lo hago, no paro de pensar en Adler.

Sé que es peligroso. Lo sé con cada poro de mi piel, pero, cuando lo tengo cerca, no soy capaz de pensar con claridad. Es como si él ocupara todos y cada uno de mis pensamientos.

Observo las flores, y mi mente viaja hasta la otra noche; cuando bailé.

Aunque no lo reconozca, sé que dancé para él, porque su mirada era poderosa, y me hacía sentir la más hermosa.

Nunca he sentido nada ni remotamente parecido.

Nunca he mirado a un hombre y he sentido este aleteo en el pecho.

Me costará mucho olvidar la noche de ayer a su lado.

Termino de arreglar las flores, con el tiempo justo para cambiarme para la comida.

Al entrar al saloncito, veo a mis hermanas hablando con mi madrastra.

Se callan, cuando entro, y eso me molesta.

—¿Todo bien esta mañana?

—Muy bien —responde Masie, y mi madrastra le golpea el brazo.

—Menos entusiasta. Si te comportas así, no conseguirás marido.

—Lo siento, madre.

Me siento a la mesa, justo cuando mi padre entra.

—¿Y adónde habéis ido?

Masie abre la boca para hablar, pero Opal se adelanta.

—Cosas de madre e hijas.

Su dardo hace daño. Me hace sangrar, porque nunca tendré a mi madre para hacer esas cosas. Por su mirada, sé que lo sabe.

—Claro.

Opal siempre fue fría, pero, hasta ahora, no me había dicho nada tan hiriente.

Como la sopa sin poder tragar, por el nudo de mi garganta.

La cosa no mejora, cuando anuncian que se van a tomar el té a casa de una amiga de mi madrastra, y no cuentan conmigo.

Esperaba el rechazo de la gente de Londres, pero no me preparé

para el de mi propia familia.

Salgo de la casa sin ser vista por nadie.

Necesito escapar o me ahogaré entre lágrimas, que no quiero derramar.

No estaba preparada para el rechazo de mi familia. No estaba preparada para sus desplantes; para sentirme de menos en un sitio donde debería ser una más.

No sé si estoy preparada para empezar la temporada como si nada, cuando preveo que irán contra mí, por quien fue mi madre.

Encuentro un carruaje y subo apretada con otras personas.

Todos vamos a las afueras. Hasta donde se encuentra la feria.

Al salir, me ajusto bien la capa, para no ser vista por personas indeseables, y me camuflo con las mujeres que compran comida en los puestos o atienden a los charlatanes.

Hoy hay un hombre haciendo ejercicios peligrosos, con el torso desnudo, y más de una mujer lo observa escandalizada.

Yo miro su fibroso cuerpo, curiosa por lo diferente que es al de una mujer.

—¿Por qué ha vuelto? —La voz de Adler se cuela entre mis oídos, y pronto siento su cercanía.

Mi cuerpo vibra, y, cuando lo miro de reojo, observo que va todo vestido de negro.

No parece feliz de verme aquí, de nuevo.

Su mirada es afilada y su boca… No sé por qué me pierdo más de un segundo en su boca, pero, desde la otra noche, me he visto fantaseando con sus labios cada poco tiempo.

Aparto la mirada agitada.

—Buscaba emociones fuertes.

—Busca que la maten, señorita —dice con voz dura.

—No soy tan tonta para alejarme de la gente sola.

—Sí, lo es, porque es joven, y va sola. Hoy no veo a su acompañante.

Está oteando el lugar de forma sagaz.

—No está.

—No debería importarme lo que le pase —comenta, al ver cómo unos desconocidos me observan y murmuran algo entre ellos.

—Pues váyase. Déjeme sola.

Se nos acerca un hombre y mira a Adler.

—Te toca —le dice y luego me mira—. Preciosa joven.

—Ni la mires —le ordena Adler con tono amenazante, y el otro se queda lívido. Adler se vuelve hacia mí—. No es mi problema, pero, si quiere, puede seguirme para ver algo más emocionante que estas piruetas.

Justo en ese momento el público aplaude la exhibición.

—No, me quedo aquí, pero gracias por insinuar que sería usted más importante que este número. Su ego es enorme.

Va a decir algo, pero luego niega con la cabeza y se marcha.

Lo veo irse, con su paso firme y seguro, hasta que se detiene delante de un grupo de hombres que lo esperan.

Desaparece por el interior de una tienda de color rojo, bastante grande.

Miro hacia el malabarista, y compruebo que se ha disuelto el grupo.

Voy hasta donde estaba la música ayer, y no hay nadie. Solo el fuego.

Es el mismo lugar, pero todo me parece diferente. Es como, si en un solo día, todo hubiera cambiado de forma irremediable.

En el fondo, sé que es porque ayer paseaba con Adler.

Camino curiosa hasta otra zona, y me veo frenada por un par de hombres, que me miran de arriba abajo.

—Yo diría que es virgen. Pagarían mucho por ella en el mercado…

Me sube un escalofrío por la espalda.

Ando hacia atrás y me choco con otro hombre.

—Sí, pagarían mucho… Una lástima que las quieran vírgenes, si no, podríamos disfrutarla.

Los observo aterrada, sabiendo que todo esto me ha pasado por tonta. Nadie se va sola de casa a estas horas, y menos una señorita decente. Hui porque me asfixiaba, pero, quizás, haya provocado un mal mayor.

—Estoy con Adler —les indico, y dudan—. Él me protege —insisto, al ver que parece que eso les da miedo—. Si algo me pasa, sabrá que habéis sido vosotros, y os va a despellejar vivos. —Alzo la barbilla, para que no vean mi miedo.

—Mientes.

—Podemos preguntárselo —tanteo altiva, y uno de ellos duda, pero asiente.

«Mierda, esto no estaba preparado».

Caminamos hasta la tienda de campaña y, cuando llegamos, veo que es más grande de lo que parecía por fuera. Hay hombres gritando a otros, que se están dando puñetazos en el medio.

Busco a Adler, y me quedo de piedra cuando compruebo que es uno de esos hombres sin camiseta que se están peleando.

Se pone de pie, con el torso desnudo y el pelo cayendo sobre sus ojos.

Tiemblo ante esa imagen, y más cuando me ve rodeada de los dos matones.

Su gesto se hace más duro, y esquiva a su contrincante, cuando este lo va a golpear.

Viene directo a nosotros, con paso firme y fiero.

—¡Joder! Parece que decía la verdad. —Salen corriendo y, cuando Adler llega a mi lado, ya no están cerca.

Este me observa enfurecido, y me coge de la mano, ante la atenta mirada de todos los presentes, que esperan que se reanude la pelea.

—Ni diez minutos sola y ya estaba con lo peor de este lugar. ¿Acaso quiere morir joven?

Intento no mirarle el torso desnudo.

Lo intento de verdad, pero la diferencia de altura lo pone complicado, y me veo admirando su torneado cuerpo. Lleno de músculos que ni sabía que existían.

—¿Malory?

—Está bien… Digo… Yo estoy bien… —Lo miro, y parece divertido.

Me deja al lado de un hombre.

—Que no se mueva de aquí.

Este hombre asiente, y Adler regresa para proseguir con la pelea, como si nada.

El público grita, para que lo derroten, pero enseguida se nota que Adler tiene las de ganar.

Lo veo pelear y parece una pantera negra.

Al poco, el contrincante cae al suelo, y el público pide otro combate.

Adler se acerca a por una toalla, sin pudor alguno.

Contemplo su torso sudado moverse, sintiendo cómo la zona más íntima de mi cuerpo vibra.

—¿Ve algo interesante?

—Solo que sigue vivo.

Se ríe y se limpia ante mí.

—Vamos a por el siguiente.

—¿Se pasa así toda la noche? —pregunto al hombre que tengo cerca.

—Casi toda la noche. —El hombre observa el combate, que empieza en ese momento.

Una vez más, Adler es letal, y su contrincante no tiene nada que hacer.

Lo veo pelear, admirando su forma tan siniestra de luchar.

No me debería parecer atractivo, pero lo hace. Ahora entiendo por qué Fern me dijo que Adler era peligroso: los lores no se comportan de esta manera.

Algo no me cuadra en todo esto. No parece un lord, y no solo por su oscuro atractivo. Es por algo más fiero. Los lores parecen romperse con una brisa de aire, y Adler parece irrompible y temible. Sobre todo, cuando deja K.O. a su acompañante.

No creo que lo haya matado, pero ha sido letal.

Deja claro quién manda, y, cuando observa a la gente, más de uno le devuelve la mirada con miedo.

Mi parte racional me dice que huya, pero mis pies se niegan a hacerla caso.

Me quedo clavada en el suelo mirándolo.

No debería fiarme de él, y debería salir corriendo, pero, cuando viene y coge mi mano, para sacarme de este sitio, sigo sintiendo que a su lado estoy segura. Es como si el corazón mandara a la razón lejos, cuando lo tengo delante.

Entramos en una tienda pequeña, y lo veo ir hacia un baúl, que hay cerca de una tina de agua.

El agua cae por su torso desnudo, y observo cómo se humedece su piel.

No tiene un gramo de grasa, y nunca en mi vida he visto un cuerpo así de esculpido.

Los latidos de mi corazón se aceleran y siento la boca seca de golpe.

Mojo mis labios y noto su mirada clavada en mi gesto.

La aparta un segundo, y se limpia, para luego ponerse una camisa limpia, de color negro, y el abrigo.

Cuando termina, clava sus ojos en mí.

Esta intimidad, solo está reservada para los amantes o para los matrimonios.

No debería estar aquí.

—Si alguien se entera de que estamos solos, será mi ruina —señalo.

—Haberlo pensado antes de venir aquí sola, pequeña insensata.

—No soy pequeña. Ni insensata.

—Permítame que lo dude. —Viene hacia mí, y me voy hacia atrás, chocando con una mesa—. Es una mujer sola, a merced de cualquier hombre, que quiera aprovecharse de usted.

—Para eso debo desearlo yo también.

Se me acerca más y me alzo un poco en la mesa.

—De verdad, ¿piensa que si un hombre desea forzarla, usted tendrá alguna posibilidad de negarse?

—Por supuesto que sí.

—Es usted más estúpida de lo que pensaba. —Su cuerpo toca el mío, y su boca está muy cerca de la mía.

Esto dispara los latidos de mi corazón, y siento algo en mi bajo vientre, que nunca he sentido. Es como una vibración, por su cercanía.

—Soy más fuerte de lo que cree.

—Y más tonta de lo que imaginaba. —Alzo la mano para abofetearlo, pero me la sujeta—. De verdad, ¿cree que tiene alguna posibilidad de escapar?

—Sí —afirmo, sintiendo su aliento, acariciar mi boca.

—Te demostraré que no, pequeña.

Pone su mano en mi cara y duda un instante, antes de acercar sus labios a los míos.

Espero un beso rudo o una boca dura, pero solo me encuentro con una caricia cálida, y la certeza de que tiene razón: no podría hacer nada contra alguien como él.

Estoy a merced de su boca y, lo peor, es que no quiero que deje de besarme.

Acerca su cuerpo al mío, alzándome, hasta quedar sentada sobre la mesa.

Su cuerpo se cuela entre mis piernas, mientras el beso se hace más intenso. Más demoledor.

Soy mantequilla derretida entre sus brazos, y siento que es el dueño de mi cuerpo, y de mis deseos.

Disfruto del placer de sentirlo cerca.

Mi cuerpo vibra, como nunca, mientras su boca no me da tregua.

Siento sus dientes, morder levemente mis labios, y luego su lengua lamerlos, antes de entrar a en mi boca, para beber de mí.

Mi lengua sale a su encuentro, con timidez, y, cuando toco la suya, ruge.

El beso se hace más intenso.

Estoy perdida entre sus brazos.

Mete una mano entre mi pelo suelto, y gira mi cabeza, para que su lengua se adentre aún más en mi boca.

Emito un gemido estrangulado, que muere entre nuestros labios.

Esto le hace apartarse, y, cuando me mira, no sé quién está más desconcertado de los dos.

Toco mi boca, mientras se aparta, sin poder asimilar que un beso pueda transmitir tanto, y hacerte sentir, en un momento, como si volaras a un lugar lejos de todo.

—Nos vamos. —Sale de la tienda y lo sigo.

Va por el lugar, como si fuera el dueño, y la gente lo mira con respeto, y miedo.

Sigo ardiendo por el beso compartido, y me tapo la cara con la capa, para que nadie me vea bien el rostro.

Esto no debería haber pasado. Soy una señorita. Hija de un barón. No debería haber venido, y menos acabar en una tienda, con un desconocido, al que he dejado que me bese.

Abre la puerta de un carruaje y entro dentro.

Me sigue, y da un golpe en el techo.

No digo nada en todo el trayecto. No puedo. La vergüenza por haber respondido a sus atenciones atenaza mi garganta, y casi no me deja respirar.

El coche se detiene y lo miro.

—No sé dónde vive.

Saco la cabeza por la ventanilla.

—Ahí. Justo en esa casa.

Sale del coche y hago lo mismo.

Vamos andando, hasta la puerta de servicio, y, cuando se detiene, no sé qué decir, para excusar mi comportamiento inapropiado.

Temo que piense lo peor de mí, ahora mismo.

—Buenas noches, señorita Malory. Intente no ir al circo, porque no estaré para rescatarla. Ni para besarla.

Lo miro con rabia.

—No pensaba ir. Prefiero no tener la desgracia de que se le ocurra volver a demostrarme que cualquiera puede besarme.

—A ver si con suerte no lo olvida.

Lo observo con rabia y me marcho a la casa. ¡Lo detesto!

## Adler

No debí besarla.

Tampoco debí cuidar de ella. Ni preocuparme por esa pequeña insensata de grandes ojos verdes.

Malory es una piedra en el zapato. Una mujer indomable, que no se deja doblegar por nadie. Es alguien que solo arruinaría todos y cada uno de mis planes.

No puedo permitirme una mujer así en mi vida, si no quiero que me haga olvidar todos mis propósitos.

Ella no es para mí.

Es mejor que lo tenga claro y que me busque una mujer, que nunca se cruzaría en mi camino.

Necesito, más que nunca, controlarlo todo, y, cuando la tengo cerca…

Solo pienso en controlarla a ella.

Es muy peligrosa para mis objetivos.

Y carece de dote…

# Capítulo 8

## Adler

Regreso a casa a caballo, tras hablar con el banco.

Me hicieron un préstamo, usando de aval la casa. Así, podremos tener lo necesario para pasar la temporada.

Necesito una fuente de ingresos con urgencia, y, por eso, no puedo no casarme esta temporada.

Al menos, eso piensa mi madre.

Por otro lado, también busco la forma de tener dinero, pero, eso es algo que nadie puede saber, si quiero que todos mis planes salgan bien.

Por eso, de cara a la galería, necesito una esposa rica. Rápido.

El otro día fui a ver a las debutantes, y todas me parecieron aburridas, y sosas.

Son perfectas para mis planes.

Todas, menos Malory. Esa mujer es como un torbellino en plena tormenta. Si su familia no es capaz de controlarla, dudo mucho que pueda hacerlo un esposo. Por mucho que a este le encante dar órdenes…

No, Malory queda descartada, porque es un quebradero de cabeza, que ahora no necesito.

Entro a mi casa y me informan de que mi madre me espera en la salita del té.

Voy hasta allí, tras asearme, y la veo leyendo el periódico.

Siempre fue una mujer fría, pero, desde que he regresado, esa frialdad me pesa todavía más.

—¿Algo interesante?

Deja el periódico abierto por la sección de cotilleos.

—Solo hablan de la señorita Malory, de nuevo. Esa joven será un dolor de cabeza para el estúpido que se quiera casar con ella. Es una vergüenza que, su padre, contrajera matrimonio con su amante, y lleve a la hija de esta a los bailes… Si solo hay que ver la poca clase que tiene esa joven.

Leo lo que ponen, y me parece horrible la forma de destrozarla.

La rabia se apodera de mí, y no solo por lo que dicen en los periódicos.

El problema es que no puedo decir nada, porque Malory no es mi problema. Ni lo debe ser.

—Es mejor no hablar de los demás, madre.

—Yo conocí a la madre. Bueno…, todo Londres la conocía. —Pone cara de asco—. Era hermosa, no tanto como su hija, pero se le parecen

mucho. Tenía encandilados a todos los hombres de Londres. Algunos la consideraban una bruja, o que hechizaba a los hombres, como una sirena con su voz.

—Me niego a creer que usted crea en esas cosas.

Me mira seria.

—No, creo, pero esa joven solo traerá la ruina a esta sociedad. Las clases no deberían mezclarse nunca.

Voy a decirle algo, cuando Dede se nos une, y nos explica cómo le han ido las clases.

Parece emocionada con la idea de volver a estudiar y aprender.

Hacía años que mi padre no invertía en su educación, y lo que sabe es por mi madre.

Odio no haber sabido nada de esto.

—Veo que no te han matado en la guerra.

Lord Price, hijo de un conde inglés, que siempre me ha parecido un auténtico gilipollas, su padre, no él, se sienta a mi lado, en la mesa de póker, en el club para caballeros.

No me gusta gastar dinero, pero tengo una buena mano en el juego.

Mi padre ya demostró cómo perdió toda su fortuna por su mala cabeza.

Yo pienso usar mi cabeza para otros menesteres más interesantes.

—Soy duro de matar.

Se ríe.

Hace años éramos amigos. Estudiamos juntos, y salíamos de fiesta, hasta que mi padre me mandó a la guerra.

Según él, para hacer de mí un hombre.

Según yo, para que pudiera dejarle gastar dinero a mansalva en sus apuestas, ya que siempre discutíamos por sus derroches, y sus fiestas clandestinas en la biblioteca.

Cuando regresaba borracho, siempre le echaba en cara lo mal padre que era.

Por eso, me envió lejos, para seguir haciendo con su vida lo que quería.

Yo, sí me convertí en un hombre, pero en uno letal y sin escrúpulos, para alcanzar mis objetivos.

—Me alegro, la verdad. Echaba de menos tu fea cara por aquí.

—Yo la tuya, no tanto.

Se ríe, y compruebo que sigue siendo el joven alegre y despierto que era.

Yo no puedo decir lo mismo, porque la guerra me ha endurecido.

—Se rumorea que buscas a alguien para hacer condesa.

—Sí, me toca cumplir con los deberes que acarrea ser conde —respondo molesto, por este atajo de chismosos.

—Yo espero que mi desgraciado padre siga vivo un poco más, porque no deseo pasar por vicaría tan pronto. Pero, me encantará acompañarte a los bailes, para ayudarte en la búsqueda, y ver qué mujer consigue doblegarte.

—Eso no va a pasar en la vida, y ahora juega y calla. Quiero desplumarte.

—No, ni de coña. Antes ya eras bueno a las cartas. Ahora debes ser letal. Prefiero quedarme por atrás, y ver cómo desplumas a otros.

—Tan cobarde como recordaba.

—Y precavido. —Me guiña un ojo y se levanta de la mesa.

Dejo de jugar, cuando gano suficiente.

Nos vamos a tomar algo a otra de las salas, y lord Price me presenta a sus amigos.

Todos son hijos de padres influyentes.

Algunos ya los conocía, pero con otros no había tenido la suerte de intercambiar palabras.

Mi padre no tenía buena reputación, pero era un conde, y, solo por eso, le dejaban pasar sus tonterías.

Yo debo tener cuidado con las habladurías, si no quiero que esta panda de idiotas me tenga en el punto de mira. Ya que, para mis intereses, no me vendría bien.

—¿Adónde vas? —me pregunta mi amigo, saliendo del club, ya entrada la noche.

—Tengo que hacer algo importante, antes de regresar a mi casa.

—Bien, nos vemos mañana en el primer baile de la temporada. Estaré encantado de contarte todo lo que sé de tus futuras esposas.

—Intenta no disfrutar tanto al ver cómo me caso.

Se ríe.

—No puedo. Me gusta ver lo mucho que te molesta la idea.

Se aleja y no lo contradigo, porque es lo que siento, ante la idea de casarme.

Camino hasta los bajos fondos, y, al llegar, subo para ver a la familia del hombre que me salvó; que fue una guía de referencia en el frente.

Pet, por venir de una familia humilde, estuvo en primera línea de combate.

El resto de nosotros, por tener títulos, estábamos lo más alejados de ella.

Pero yo, estuve a su lado, porque no me gustaba que, por ser hijo de un conde, tuviera tal privilegio, cuando mi padre me mandó a luchar.

Muchos solo van a la guerra para aparentar que han estado allí, pero pocos se manchan las manos de sangre.

Yo salvé la vida de Pet muchas veces, y él a mí una. Esa única vez, no pudo sobrevivir para contarlo.

—Esto es para usted —le indico a su esposa, dándole dinero.

—No puedo aceptarlo, lord Edwards.

Su hijo tose.

—Úselo para medicinas. No lo haga por usted. Hágalo por sus hijos.

Asiente, por ellos, pero sé lo mucho que le cuesta aceptar la ayuda.

—Ya le dije que no nos debe nada. Mi marido hizo lo que debía, por un amigo.

Se me pone un nudo en la garganta, cuando me recuerda a mi amigo y mentor.

—Y yo hago esto por la familia de un amigo.

Es solo el principio, pero no se lo digo, porque necesito que todo salga como tengo previsto, para poder sacarlos de este lugar.

Asiente, con lágrimas en los ojos, y me marcho.

Tengo que preguntarle por su sobrina, pero hoy no era un buen momento, ya que su hija pequeña ha empezado a llorar.

Es mejor dejarlos tranquilos, y veré si puedo enviarles comida y medicinas mañana.

No puedo olvidar la promesa de cuidar de la sobrina de Pet, pero siento que, cuando sepa quién es, no podré mirar para otro lado.

La promesa que le hice pesará demasiado, cuando le ponga nombre y apellidos.

# Capítulo 9

## Malory

Observo a todas las mujeres que me miran, como si fuera la aparición del mismo diablo.

Hoy, mi padre, no ha podido venir.

No sé si es cierto o es que prefiere no estar aquí, y ser blanco de las críticas de todas estas personas.

Camino por la sala, llena de flores de todos los colores, sin querer pensar mucho en el hecho, de que me costará mucho que alguien dé el paso, y baile conmigo, a pesar de todo.

Lo peor, es que, al bajar las escaleras, sentí que mi vestido desentonaba mucho, con los de mis hermanas, y con el de mi madrastra.

Una vez más, era como si sus telas tuvieran mejor caída y estilo.

Por un momento, pienso que mi plan de ser encantadora y sacar mi belleza a relucir, no servirá de nada. Pero tampoco puedo dejar que nadie lo note, o que crean que sus miradas me hacen daño.

Cuanto más sonría, más les molestará.

No me avergüenzo de mi madre, y les demostraré que sus miradas no me afectan, aunque tenga que disfrazar mi dolor.

Ando por la sala, hasta la mesa de refrigerios.

Antes de llegar, siento que alguien me observa.

Cuando busco a ver de quién se trata, mi mirada se cruza con la de Adler.

En cuanto lo hago, siento mis mejillas sonrojarse, y, el recuerdo de su boca sobre la mía, acelera mis latidos.

Me gustaría decir que no he pensado en él, pero sería mentir como una bellaca. Su recuerdo se pasea en mi mente con una libertad que nadie le ha otorgado.

Me observa, de una forma que pone mis pelos de punta.

El corazón me da un vuelco, y soy incapaz de apartar la mirada de él.

Siento deseos de que se me acerque, de que me pida un baile, de que sea el primero en bailar conmigo, y acabar con estos cuchicheos, que provocan que ningún hombre decente haga el esfuerzo de bailar conmigo, y así me pueda integrar en este lugar.

Me están haciendo el vacío.

Si pudo besarme, también podría dar un paso y bailar conmigo.

Aprieta la mandíbula, como si algo le molestara, y luego se da la vuelta, dejando claro que puede besarme, pero no bailar conmigo.

El hombre que está a su lado, lo mira irse, mientras termina su

copa, y luego me observa.

No es feo, pero, al lado de Adler, ninguno me parece lo suficientemente atractivo.

Veo cómo el hombre deja la copa y se me acerca. Que lo haga, despierta la curiosidad de todos los presentes, que se han encargado de dejar claro que no me quieren aquí.

—Señorita Malory, mi nombre es lord Price. Me preguntaba si tendría un baile disponible para mí.

Alzo una ceja, pensando si es una broma o no.

Luego coge mi libreta y se apunta en un baile.

Tampoco puedo negarme a bailar con él, ya que es una norma no escrita de estos lugares.

La música suena y me tiende el brazo.

—Nos toca —indica alegre.

Acepto su brazo y vamos hasta la pista de baile, sintiendo cómo la gente murmura a nuestro paso.

Saco mis poderes de seducción y lo miro, como si fuera el hombre más apuesto de la tierra. No, porque me guste, sino porque, si la gente cree que me interesa, o yo a él, tal vez el resto de los pretendientes dejen de observarme como bobos, y me pidan un baile.

Nos colocamos para bailar y danzamos con el resto de las parejas.

Es buen bailarín, lo que ayuda a que no tenga que fingir, que me lo estoy pasando bien.

Hasta que giro, y mis manos tocan las de otro hombre, que también danza.

Alzo la mirada, al sentir un cosquilleo, y veo cómo giro con Adler, y cómo mi cuerpo reacciona a él.

Su cercanía me hace recordar sus manos sobre mi piel…

Aparto esos pensamientos, temerosa de que alguien note lo que sucedió entre los dos.

Giramos, e intercambiamos las manos.

No nos rozamos apenas, pero siento cómo mi piel vibra por su cercanía.

Va vestido de forma oscura, de manera impecable.

No queda en él, nada del hombre rudo que vi luchando. Es como si fuera otra persona, salvo por su mirada. Sigue siendo tan fiera y letal.

Giro y regreso con mi pretendiente, sintiendo que acabo de perder algo importante.

Terminamos el baile, y lord Price me sugiere dar una vuelta por la sala.

Acepto, ante la atenta mirada de mi madrastra y de mis hermanas, que aparecen de golpe, para fisgonear con quién voy del brazo.

La mirada de mi madrastra es como de molestia.

Algo que no tiene sentido, ya que ellos quieren que me case.

—¿Qué tal lo está pasando, señorita Malory?

—Bien.

—¿Y la verdad? —Sonríe descarado.

—Ahora bien.

Amplía la sonrisa, y asiente satisfecho.

—Pues prepárese, porque su noche empieza ahora. —Me guiña un ojo y veo cómo un hombre se me acerca.

Lord Price se aleja, y un par de hombres más me solicitan bailar conmigo.

Acepto, sabiendo que lo que acaba de pasar, es por el interés que ha mostrado lord Price en mí. La gente quiere, lo que no puede tener; la gente desea lo que otros parecen querer.

Intento disfrutar de la velada, ahora que solo algunos pocos son los que me miran, como si no debiera estar aquí.

Sé que esto no va a cambiar, ya que hay gente que te odia, aunque nunca les hayas dado un solo motivo para ello.

Salgo para tomar un poco de aire, y apoyo mis manos en la barandilla de piedra.

Cierro los ojos y aspiro el frío de la noche, que llena mis pulmones.

Noto cómo se me enfría primero la nariz, y luego las puntas de mis dedos, pero sigo aquí. Tengo los ojos cerrados, y escucho la música de fondo, como si estuviera muy lejos de la terraza.

—Va a congelarse, señorita Malory. —Sobre mis hombros desnudos cae una chaqueta muy caliente.

Aspiro, y el perfume de la chaqueta me embriaga.

Giro la cabeza, para dar las gracias, pero mis palabras se quedan congeladas, al ver quién ha tenido un gesto caballeroso. Es Adler, y no parece feliz de estar aquí.

—Gracias —consigo decir—. Es mejor que regrese dentro, lord…

—Lord Edwards, conde de Shades.

Nos miramos, dejando claro que ya no queda nada de esas personas que se vieron lejos de todo esto.

Ahora es un lord, y yo una señorita respetable.

Alguien tose, detrás de nosotros, y, al volvernos, veo a una mujer mirarme seria. Es la misma que apareció, cuando Adler me ayudaba con el zapato.

Me quito la chaqueta, para dársela, y me despido de ellos, sintiéndome tonta, por haberme dejado besar por él.

—Busca una heredera con mucho dinero —me indica mi madrastra, que deja claro que lo ha visto todo.

—Entiendo. —Mi madrastra me coge del brazo y damos una vuelta por la sala—. No es mi tipo de todos modos.

Me mira, dejando claro que no me cree, y andamos por la sala.

—Ni es tu tipo, ni puedes aspirar a alguien como él. Confórmate con

alguien que pueda mantenerte, y no aspires a condesa, Malory —me lo susurra, mientras aprieta su agarre.

Se aleja, para hablar con unas amigas, y me quedo sola, pensando en que sus palabras han parecido una amenaza.

## Adler

La señorita Malory no solo no tiene dote, sino que, cuando la tengo cerca, soy incapaz de pensar con claridad.

Este baile no es solo para buscar esposa.

Tengo otros fines, y, por querer buscarla con la mirada, casi los he olvidado todos.

Al final, solo la contemplé, odiando a toda esta gente, por creerse mejores que ella.

—Esa mujer solo puede aspirar a ser la amante de alguien. —Escucho que dice una mujer cerca de los aseos, y, cuando alzo la mirada, veo a Malory quedarse lívida—. ¡Qué desfachatez! La hija de una ramera no debería compartir nuestro salón.

Se marchan, sin importarles haber dicho algo así cerca de ella.

—Mejor ser la amante de alguien, que una mujer sin miramientos —les digo, cuando pasan por mi lado, y me miran, dejando claro que no están de acuerdo.

Malory me observa y se aleja. La sigo, porque no puedo no hacerlo.

Sale al jardín y me mira desafiante.

—¿Es por eso por lo que me besaste? —Sus palabras me caen como un jarro de agua fría—. ¿Porque esperas que sea tu amante? ¡Porque, si te importara, me habrías pedido un baile, tras lo que compartimos!

Su dolor me parte por dentro, pero hoy Dede no se encontraba bien, y gasté gran parte de mi dinero en un médico. Es mejor que nuestros caminos se separen aquí, porque, lo que yo deseo, ella no me lo puede ofrecer, ni yo a ella tampoco.

Tengo una familia que cuidar.

—Yo no dije eso. Piense lo que quiera, pero, si no quiere que nadie la tache de lo que no es, evite meterse con un hombre a solas en una tienda de campaña.

Me cruza la cara y la dejo.

—No sabe cuánto lo detesto.

Se aleja y la dejo marchar, con un pesar en el pecho, que no esperaba que se instalara ahí. La veo irse, y seguro que me odia ahora mismo.

«Es lo mejor…», me recuerdo.

# Capítulo 10

## Malory

Cuesta sonreír, cuando, al despertarte, esperabas alguna muestra de algún pretendiente, pero no hay nada.

Solo han enviado ramos para mis hermanas.

Mi madrastra me miró y me dijo que era de esperar.

Yo no lo tenía tan claro, pero eso, sumado a lo que viví ayer, fue demasiado.

Las chismosas, las miradas… El dejar claro que de mí solo se espera que sea la amante de alguien, y Adler… Él no lo negó.

Me siento una tremenda y absoluta tonta, pero no pienso dejar que nadie lo note.

Por eso, me he vestido para irme a ver a mi tía, y así distraerme, antes de volver a casa, y tener que sonreír como si fuera la persona más feliz del mundo, cuando, por dentro, me estoy rompiendo en pedacitos.

Paseo por los bajos fondos de Londres, con la cesta que me ha preparado Fern, para mi tía y los niños. Escucho el llanto de los niños pequeños, que tienen hambre, y me parte el alma.

A esto no se le puede llamar vida. Es más bien sobrevivir, desde que naces.

Llego a casa de mi tía, al tiempo que lo hace un caballero.

Alzo la mirada, para que me deje pasar, y me quedo de piedra, al ver a Adler, o a lord Edwards.

Va todo de negro, con ropas sencillas, que nada tienen que ver, con las elegantes que lució anoche en el baile.

—No debería estar aquí —me indica con voz dura.

—Por suerte, para mí, lo que usted piense, no me importa —le contesto, molesta, porque trate de decirme lo que debo hacer, cuando ya ayer quedó claro lo poco que le importo.

—Si no quiere que la gente hable, debería dejar de hacer esto.

—Si la gente habla, es algo que a usted no le importa —respondo borde.

Entro en el edificio y me sigue de cerca.

Noto cómo mi cuerpo tiembla por su cercanía. Sobre todo, cuando subimos las escaleras juntos.

Escuchamos un portazo y unos gritos, y, la verdad, es que siento miedo de estar aquí.

—Es una insensata. Una señorita nunca debería bajar por estos lares.

—Y un lord tampoco…

—Aquí solo soy Adler, no lo olvide. No quiero que nadie sepa que soy un lord.

Lo miro de reojo, mientras subo, y asiento, saboreando su nombre en mis labios.

Llegamos al primer rellano y espero que se marche, pero sigue subiendo conmigo.

Por un momento, me pregunto si se verá con su amante. No sería la primera vez que un lord lo hace. Mi padre lo hizo. Se estuvo viendo con mi madre, hasta que le pidió casarse… O eso me he imaginado, con la poca información que tengo, de todo eso.

Llegamos al rellano y veo que me sigue.

Me giro.

—¿Se puede saber por qué me sigue? No creo que sea decoroso, y ya ha dejado claro que no le intereso.

—Por si no lo ha notado, por estos lares, el decoro no existe. —Alza una ceja—. Voy a ver a alguien. Y no, no me interesa. Busco una esposa menos… intensa.

—Y con una buena dote, que todo se sabe.

Nos miramos retadores.

—Con sinceridad, me preocupa más que sea alguien manejable, y dé pocos dolores de cabeza.

—Cómo no, a todos os gusta una esposa que no tenga derecho a tener personalidad. ¡Hombres! —Suelto un bufido poco femenino.

—Al menos, yo no he venido a ver a mi amante.

—No estoy aquí por un amante.

—Ya, y espera que lo crea. —Llego a la puerta de mi tía y Adler me mira curioso, y de golpe muy serio.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —Su voz se hace más grave, y hasta me recorre un escalofrío, por su forma de mirarme.

La puerta se abre y mi tía, al verme, sonríe.

Cuando ve a Adler, nos observa contrariada.

—No sabía que conocía a mi sobrina, señor Adler.

Este me mira, como si acabara de ver un fantasma.

—No sabía que era su sobrina —confiesa sincero, y con una tensión que no esperaba en él.

Entramos a la casa de mi tía y los niños se emocionan cuando saco de la cesta todo lo que he traído.

Por sus risas e ilusión, es como si fuera la mañana de Navidad. Tal vez, para ellos, lo soy.

Miro de reojo a Adler, que está hablando con mi tía.

No deja de observarme, pero lo hace de una forma que no sé cómo interpretar.

—Una muñeca —dice mi sobrina pequeña y la abraza con fuerza—. Es muy bonita, prima.

—Era mía, de cuando era pequeña. Pensé que la cuidarás mejor que yo.

Asiente y se va a jugar con su muñeca.

Para su hermano también he traído cosas, y todos disfrutan de las galletas, a pesar de que su madre les dice que las racionen.

Nos sentamos a tomar el té.

Yo, al lado de Adler, y, como el sitio es tan pequeño, nuestras rodillas se tocan.

Esto no es nada decoroso, y está fuera de toda norma social, pero aquí solo somos dos personas, visitando a alguien.

No tenemos que dar tantas explicaciones.

Pero, si alguien me pillara aquí con él, sería mi ruina.

Por suerte, para mí, la clase alta de Londres no visita los bajos fondos, ni se ha enterado de mis escapadas al circo.

Me muevo para coger el té y mi rodilla roza la del Adler.

Intento no reparar en el cosquilleo que siento y me centro en mi bebida.

No es la mejor que he tomado, pero sé que mi tía nos da lo que tiene, y eso la hace tan especial.

No es mejor el que da lo que le sobra. Lo es, el que, a pesar de lo poco que posee, te da lo mejor de su hogar.

Veo por la ventana que se va a hacer tarde, y les anuncio que me voy a marchar.

Adler se ofrece a acompañarme a casa, y mi tía se queda más tranquila.

—No hace falta que me acompañe —le digo ya en la calle, refugiándome de la niebla con la capa.

—Sígame, y no colme mi paciencia, señorita Malory —me indica frío, y, por supuesto, sonrío, porque no le hago caso.

—Buenas tardes, señor Adler.

Empiezo a irme, pero me coge del brazo, y me lleva casi arrastras hasta el coche, que le espera al final de la calle sin blasones, y posee un aire sencillo.

Abre la puerta y me mete dentro.

La gente que ve la escena no hace nada. Deben de estar acostumbrados a estas situaciones.

Es triste, pero si necesitas ayuda, pocos van a correr a tu auxilio.

Entro en el coche, y me arreglo la ropa.

—Es usted un bruto sin precedentes.

—Y usted una insensata, por querer volver sola a su casa a estas horas, y con esta niebla. —El coche se pone en marcha—. ¿Acaso no ha aprendido nada de todo lo que pasó en el circo?

—Lo que he aprendido, es que me debo fiar de todo el mundo, menos de usted. Es usted el peor de todos.

Su mirada se oscurece.

—No lo dude, pero no estoy aquí por eso. Conocí a su tío, y, si arruina su vida, no podré cumplir mi promesa.

Sus palabras despiertan mi curiosidad.

—¿Conoció a mi tío?

Asiente, y eso me aplaca un poco.

—Con dieciocho años, mi padre me mandó a la guerra, y su tío me acogió. —Siento que no está siendo sincero del todo con este tema—. Era como un mentor para mí, o algo así. —Sonríe recordando a mi tío —. Lo quería como a un hermano mayor, y luché a su lado en muchas batallas. Él regresaba a Londres, siempre que podía, pero nunca era suficiente. Llevaba media vida fuera de casa, para poder mandar algo de dinero a su familia.

—Parecía un buen hombre.

—Lo era. Me salvó la vida. —Me recorre un escalofrío—. Pero, antes de que eso pasara, me hizo jurar que le daría unas cartas a su familia, y que cuidaría de su sobrina, cuando fuera presentada en sociedad. Le prometí que lo haría. Para él, era importante que consiguiera un buen marido.

—Mi madre quería lo mismo, pero, como ha visto, la gente no olvida el pasado.

—Bueno, antes no me tenías como aliado.

—No lo necesito como aliado. Ha dejado claro que, para usted, solo soy una perdida de la vida, a la que alguien convertirá en amante un día, cuando caiga en desgracia.

—Para empezar, yo no dije nada de eso. Usted sacó sus propias conclusiones. Y, además, si no quiere caer en desgracia, no lo hace nada bien, acudiendo sola a estas zonas.

—Es mi familia y tengo derecho a verlos.

—No, a cambio de estropear toda oportunidad de casarse bien. Hice una promesa, Malory. Su tío dio su vida por mí, y pienso cumplirla, como sea.

Me recorre un escalofrío por sus palabras.

—No soy su responsabilidad. Es usted un osado por creer que sí. — Lo miro enfadada, por su descaro.

—No me gusta faltar a mis promesas, y no pienso dejar que le pase nada malo.

—Para tener alguna autoridad sobre mí, tendría que casarse conmigo, y se rumorea que usted necesita una heredera con dinero. Yo no poseo tal dote. Así que, deje de ir de protector de quien no debe, y centre sus atenciones en los hijos de su amigo. Ya tiene suficiente con sus problemas, y yo pronto seré problema de otro.

El carruaje se detiene.

—Me pregunto cómo va a conseguir un marido con una lengua tan

afilada.

—Repito —le digo algo borde—: no es su problema. —Pongo la mano en la puerta para salir—. Gracias por el viaje, lord Edwards. Le libro para siempre de su promesa.

Salgo del carruaje y camino hasta mi casa, enfadada con él y con su osadía.

Yo no necesito que él me cuide. Que se preocupe por los hijos de mi tío y por su futura esposa, y que me deje en paz.

Todo lo que tiene de atractivo, lo tiene de bocazas.

¡No lo soporto! ¡Ni necesito su cuidado!

# Capítulo 11

## Adler

Llego a mi casa y entro a mi despacho, asimilando la información que he descubierto esta tarde. De paso, me sirvo una copa.

Siempre sentí que los ojos de Malory, de ese verde tan especial, entre musgo y prado, bañado por el sol, los había visto antes, pero no imaginaba que fuera la sobrina del hombre que me salvó.

Pet adoraba a su sobrina, aunque no la conocía. Siempre decía que estaba convencido de que su sobrina era igual de hermosa, como lo fue su hermana.

Pet se llevaba quince años con su hermana. Para él, fue como su segunda madre.

Por eso, cuando su hermana dejó todo, para ser una señora respetable, y olvidó sus sueños, para demostrar que alguien de baja alcurnia podía ser de la realeza, no la entendió.

Menos aún, cuando le prohibieron ver a la pequeña.

No querían que su familia se mezclara con ella.

Pet deseaba que su sobrina cumpliera los sueños de su hermana, por los que sacrificó su vida, y así demostraría que no somos tan diferentes.

No paro de dar vueltas a mi promesa.

Ahora que sé que Malory es la sobrina de Pet, no puedo mirar hacia otro lado.

«Como si antes pudiera…».

Tengo que ver la forma de cumplir mi promesa, sin que mis elaborados planes no se vayan al traste, y, para eso, necesito una joven con una cuantiosa dote.

Malory no tiene tal dote. Si la tuviera, todo estaría resuelto, porque la haría mi esposa, y sería perfecto para cumplir mi promesa. También podría llevar a cabo mis planes de futuro.

Pero, la vida quiere complicarlo todo, o no, porque Malory nunca sería una mujer fácil, y, con seguridad, casarme con ella sería lo que lo complicaría todo.

Tal vez, sea mejor así, porque, a su lado, no siempre pienso con claridad.

Mi madre llama a la puerta y le digo que pase.

—No tienes buena cara, querido.

—La sobrina del hombre que me salvó la vida es la señorita Malory. —Agranda los ojos—. No puedo dejarla desamparada.

—Tampoco puedes casarte con ella, Adler. No tiene dote, por si has olvidado que tienes que cuidar de nosotras.

Además, casarse con ella, afectaría al buen nombre de esta familia.

Muevo el wiski en el vaso.

—Soy un conde. Si la gente cree que me intereso en ella, otros seguirán mi camino, aunque al final solo lo haga para que encuentre un buen esposo.

—Siento que esto no va a salir bien, porque, si esa joven es como su madre, dudo que puedas escapar de su encanto. Al fin y al cabo, solo eres un hombre —añade muy enfadada.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar. Yo estoy vivo, porque su tío recibió la metralla en su pecho por mí. No puedo mirar hacia otro lado, porque ese hombre fue más un amigo, y un padre, de lo que nunca lo fue el que tuve.

—Lo sé, hijo, pero tu hermana te necesita. Intenta usar la cabeza y no dejarte llevar por una promesa, y una mujer hermosa. Sin un buen médico, tal vez pierdas a quien sí debes cuidar por obligación, y no a la hija de una actriz de poca monta —Mi madre escupe estas palabras con odio.

Se pone roja de la rabia y sé que debo tranquilizarla, para que deje que haga lo que quiera, sin amargar mi existencia.

—La señorita Malory es una descarada. Nunca la tendría en cuenta como esposa. —Veo que se relaja, como esperaba—. Alguien así, solo dará dolor de cabeza a su futuro marido. Para mi futura esposa, quiero alguien que sea más dulce.

—Como debe ser. Tu futura condesa debe ser digna del título, como lo fui yo.

—Su comentario, una vez más, no me gusta madre, y no puedo dejarlo pasar de nuevo. —Asiente con una fría mirada—. Elegiré bien, pero los dos sabemos que no tengo posibilidad de elegir cómo será mi esposa, sino que deberé fijarme en su dote.

—No siento lástima por ti. Las mujeres nos casamos con el mejor postor, sin poder elegir. Ahora te toca a ti cumplir con tu deber como conde.

—Lo haré. No le quepa duda.

Termino mi copa, pensando en Malory.

No me gusta una mujer descarada, porque es un dolor de cabeza, pero he de admitir que me ha encantado, y molestado, que me discutiera. El fuego de sus ojos es muy peligroso. Si otros lo ven, le costará mucho encontrar un buen esposo, y, aunque tengo suficiente con mis problemas, pienso ayudarla con este menester, por lo mucho que me importó Pet.

Encontraré marido para esa descarada, a como dé lugar.

—Entonces, quieres que baile con la señorita Malory, de nuevo —añade mi amigo, en el club de caballeros, en una sala donde estamos

los dos solos, tomando una copa.

—Quiero que me ayudes a que esta panda de idiotas la dejen de repudiar por sus orígenes. Soy un conde, y tú un futuro vizconde. —Lo miro—. Si te interesas por ella, pronto se olvidarán de que no tiene dote, y de que su madre fue una actriz.

—La verdad, es que todo esto lo veo injusto, pero si hago eso, mi madre pensará que deseo casarme, y me hará conocer a un sinfín de mujeres casaderas. No sé si quiero hacerte tamaño favor.

—Ese hombre me salvó la vida. Le debes que yo esté aquí, para soportar tus charlas incesantes. —Se ríe, porque hace poco me ha estado contando sus ideas para la cosecha.

Su padre no desea oírlas, y no valora la inteligencia de su hijo. Es un viejo decrépito que, además, era amigo de mi padre. Por eso, lo entiendo cuando quiere hacer cosas, y le echan para atrás sus ideas.

—No sé si me compensa tu vuelta. Me vas a meter en el mercado casadero —pone cara de pesar—, pero para eso están los buenos amigos, ¿no? —Choca mi copa, y me alegra que me ayude en esto.

Si todo sale bien, Malory pronto estará bien casada, y la promesa que le hice a su tío, saldada.

Miro a mi amigo sonreír, y, sin saber por qué, la idea de que otro la toque, me da ganas de liarme a puñetazos.

Sé que mi vida será más tranquila sin ella, y que es mejor no olvidarme de mis planes, por una mujer hermosa.

—¿Qué sabes de la madre de la señorita Malory?

—Sé que era una actriz muy deseada por los hombres de Londres. Todos querían hacerse con sus atenciones, y esto no gustaba a las mujeres, como te puedes imaginar.

—Conociendo a Malory, no me extraña nada.

—No, la verdad. Esa joven destaca sobre el resto. No solo por su belleza, sino también por su forma de mirarte a los ojos. Esa seguridad y gracia la tienen pocas mujeres, y eso molesta. Molesta que alguien como ella sea tan admirada.

—Sí, por estos lugares no llevan muy bien la competencia.

—No, a ver si tu plan funciona, porque se rumorea que más de un hombre quiere que caiga en desgracia, para convertirla en su amante.

Siento deseos de liarme a puñetazos, con el desgraciado que haya dicho eso.

—No será delante de mí —añado con voz dura, y mi amigo me pone la mano en el brazo.

—Mejor que no, por la suerte que le trae.

Entran a la sala un par de caballeros y sé que la conversación ha terminado.

Si me entero de quién va divulgando tales comentarios sobre Malory, pienso hacer de su vida un infierno.

—Todo preparado, Adler. Podemos empezar cuando quieras —me dice Char. Es una de las personas en las que más confío en esta vida.

Asiento y pongo en movimiento mi gran plan.

Fue idea de Pet y Char.

Por él hago esto, y por mí.

Que empiece la función.

Toca andar entre tinieblas y no acabar muerto.

Va a ser divertido.

# Capítulo 12

## Malory

Camino por el baile, sintiendo que vuelvo a ser el blanco de todos los cuchicheos.

Alzo más mi cabeza y sonrío, para que me vean feliz, a pesar de todo.

Mis hermanas no andan muy lejos, con mi madrastra. Están cerca de algunos de sus pretendientes. De nuevo, no llevan las lentes, y se mueven lo justo para no tropezarse, y caerse.

Es triste que tengan que ir medio ciegas por la sala, para que se vean más agradable, a la vista de sus futuros pretendientes.

Las gafas son una tara para ellos, mientras buscan una esposa inmaculada y perfecta, para darle hijos fuertes y sanos… Idiotas. Mis hermanas son perfectas.

Voy hasta una zona apartada de la sala y, al poco, siento que mi peor pesadilla —es decir, Adler—, se pone a mi lado.

Lo peor, es cómo reacciona mi cuerpo a su presencia, y cómo late mi corazón acelerado, cuando me observa de reojo.

—¿Y esa cara, señorita Malory?

Miro a Adler, que me estudia divertido.

—¿Se refiere a mi preciosa sonrisa?

—Me refiero a su cara de enfado. Nadie la ha visto, pero yo sí.

Le fulmino con la mirada, pero esto parece divertirle más que otra cosa.

Coge mi carné de baile y se anota un baile.

Antes de apartar la mano, deja una caricia en mi palma, que me hace temblar, por lo mucho que lo odio, claro.

—De nada —me dice antes de irse.

Lo observo, pensando que se ha vuelto loco, hasta que recuerdo sus palabras.

Hace esto para que otros se animen a pedirme un baile, porque él es un conde, sin dinero, pero un alto cargo de la Corte.

No pienso agradecerle nada, y tampoco tengo deseos de bailar con él. Si de verdad le importara, iría contra todos, a pesar de no tener una dote. Si hace esto, es solo por su amigo.

Mejor no olvidarlo.

—Buenas noches, señorita Malory. —Me vuelvo y veo a lord Price a mi lado—. Me pregunto si sería posible que me reserve el próximo baile. Es usted una bailarina increíble, y me gustaría repetir dicha experiencia. —Alzo una ceja, y, tras asentir, me tiende el brazo—. Solo le pido, por favor, que no me pise —susurra a mi oído.

—No tengo por costumbre ir pisando los pies de nadie, milord.

Sonríe amable.

Con lord Price me es fácil hablar. No despierta nada en mí, y, por eso, todo es más sencillo.

Nos colocamos para bailar y la gente nos mira curiosos, porque, alguien como yo, pueda tener un pretendiente decente.

Bailo con él, y hasta me divierto.

Luego me propone dar un paseo por la sala, y acepto.

—La gente agranda los ojos tanto que se le van a salir de las cuencas —murmuro.

—Sería divertido ver todos los ojos correr como locos por el suelo.

No puedo evitarlo, y me río con solo imaginarlo.

Aguanto la risa, cuando recuerdo que no es propio de una señorita, y lo miro divertida.

—Creo que eso le daría algo de diversión a esta fiesta.

—Y que lo diga, señorita Malory.

Seguimos paseando, hasta dejarme con mi madrastra y mis hermanas.

Entonces, lord Price, se queda mirando a mi hermana Masie, y esta se sonroja.

—Le presento a mis hermanas. La señorita Masie y la señorita Opal.

—Lord Price a su servicio. —Toma la mano de mi hermana Masie, y luego la de Opal.

También le presento a mi madrastra, y, tras despedirse de nosotras, se aleja.

—Es muy apuesto, ¿verdad? —me dice Masie—. Pero si está interesado en ti…

—Dudo que esté interesado en mí.

—Yo también lo dudo. Es un vizconde, y busca otro tipo de mujer. —Las palabras de mi madrastra me duelen tanto, que es como si me acabaran de golpear el pecho.

Intento tragarme el dolor en forma de lágrimas.

—Buenas noches, señoritas, y señora.

Esa voz…

Me giro, y veo a Adler cerca de mí.

—Vengo a por la señorita Malory. Me prometió el siguiente baile.

Me tiende un brazo y lo miro con ganas de rechazarlo, pero no lo hago, porque estaría feo.

Por eso, sonrío, y paso mi brazo por el de él.

A pesar de los guantes, su calor me traspasa y, cuando andamos hacia donde se colocan el resto de las parejas, noto cómo tiemblo por su imponente cercanía.

Lo miro de reojo y, cuando me pilla, aparto la mirada molesta.

No lo hice lo suficientemente rápido, como para no ver su sonrisa

ladeada, por mi malestar.

Nos ponemos uno frente al otro, y, aunque me irrita, mi mirada se pierde en la de él.

—Al menos, ahora hay fuego en su mirada y no dolor —me susurra al oído, y odio que se haya dado cuenta de eso.

—El fuego es odio hacia usted.

Sonríe y parece que disfruta de mi confesión.

Tomo aire, antes de los primeros acordes, y, cuando estos empiezan, nuestras palmas se unen, y giramos juntos, sin dejar de mirarnos.

Cambiamos la mano y giramos hacia el otro lado.

Su mirada me hace latir; hace que el mundo se vea relegado a un segundo plano.

No dejo de mirarlo a los ojos, tras cada giro.

Si me pregunta por qué, le diré que para no pisarlo, pero, la verdad, es que me encanta perderme en sus iris azul verdosos, y sentir cómo el mundo brilla con más luz que nunca.

Mi mirada va a su boca, y recuerdo cómo me besó de forma descarada. Me hizo sentir viva.

Nunca he experimentado algo así; un deseo tan ardiente, que te hace explotar, y, a la vez, llenarte de felicidad.

No quiero, pero llega un momento, que escucho más el resonar de mis latidos, que la música en mis oídos.

Nos separamos y tomo aire, mientras danzo con otro caballero, hasta volver a Adler.

Giramos y nos movemos juntos.

Mi falda, de color azul cielo, se enreda entre sus piernas.

Al acabar, estoy agitada, acalorada, y siento deseos de escapar de lo que siento a su lado.

Él no es para mí. Ni yo para él.

Lo odio…

No debería sentir esto por él.

Andamos por la sala, hasta que me sale al paso un barón, y se presenta. Me pide un baile.

Lord Edwards se despide, y se va a bailar con una joven preciosa, que, cómo no, tiene una cuantiosa dote, y seguro que se muere por ser condesa.

Aunque no debería, me giro a mirarlo, y nuestras miradas se encuentran, entre la multitud.

Intento apartar la mirada, dejar de observarlo, dejar de perderme en sus ojos aguamarina, pero el tiempo se detiene en este instante, y, cuando consigo tener el control, y centrarme en todo lo demás, siento que ha pasado una eternidad. Sé que, por desgracia, he expresado demasiado con solo una mirada.

—Me duelen los pies de tanto bailar —comenta Masie en el carruaje, que parece muy feliz.

No sé si es por ponerse las gafas, al fin, o por la fiesta.

—Yo estoy deseando acostarme. Estos bailes son agotadores —indica Opal—. Y esta noche has bailado con muchos futuros pretendientes.

—Sí, parece que se van animando —añado.

Mi madrastra me mira, de una forma que me da escalofríos, y, por eso, centro mi atención en todo, menos en ella.

Al llegar a casa, mi padre sale a recibirnos, y mi madrastra le susurra algo al oído.

Este se pone tenso y me mira, como si acabara de cometer un pecado horrible.

—Ven a mi despacho, Malory.

Mi madrastra se marcha sin mirarme, porque sabe que esto lo ha propiciado ella. Su forma de actuar es como si fuera otra persona. Ella nunca ha sido una chismosa, al menos que yo sepa.

Aunque no sé de qué me sorprendo porque, desde que llegamos, no ha dejado de hacerme un desplante tras otro.

Sigo a mi padre al despacho y, cuando cierra la puerta, su mirada es tan fiera, que me da escalofríos.

Mi padre nunca me ha mirado así. Claro que, desde que nací, me ha mirado lo justo.

—No quiero que tengas nada con lord Edwards.

—No tengo nada con él. No sé a qué viene esto.

—Eugenia —nombra a mi madrastra—, me ha dicho que te ha pillado observándolo con ojos melosos. Has bailado con él, y no has parado de seguirlo con la mirada.

—No lo quiero como pretendiente. No tiene dinero.

—Ni lo tiene, ni te daré nunca mi bendición, para que te cases con él.

—¿Y puedo saber por qué?

—¡No! Puedes hacerme caso e irte a dormir. No quiero tener que tomar medidas drásticas. Estás aquí para pescar un marido. Si no te veo capaz, te mandaré de vuelta al pueblo, para que seas la institutriz de unos niños, y darás por concluida tu búsqueda de esposo. ¿He sido suficientemente claro?

Me recorre un escalofrío y, cuando lo miro, es como si lo viera por primera vez. Asiento y me dice que me marche a mi cuarto.

Antes de llegar, veo a mi madrastra al fondo. No dice nada. Solo cierra la puerta, pero esta situación me ha dejado helada.

Una persona nunca dejará de sorprenderte, tristemente.

## Adler

Camino por los bajos fondos de forma sigilosa, sin que nadie me escuche llegar.

Miro a Char y asiente, porque vamos bien. No podemos distraernos.

Por eso, intento no pensar en Malory. En cómo, por más que lo intento, la busco cada segundo que la siento cerca, y cómo bailar con ella eclipsa lo que siento con otras mujeres.

Intento centrarme en buscar una esposa acaudalada, mientras observo cómo otros hombres observan con deseo a Malory, y siento ganas de sacarles los ojos de la cara, por solo mirarla así.

No, mejor dejar de pensar en Malory. Esta dichosa promesa me está trayendo demasiados dolores de cabeza.

El problema es que no puedo jurar si, a pesar de no existir esta promesa, yo actuaría de forma distinta con ella.

Char hace la seña y asiento.

Tomo aire y doy una patada a la puerta.

Un segundo más tarde, lanzo un cuchillo al cabecilla, que le pasa por la mejilla, cortando su cara.

Char se ocupa de sus hombres, y los deja fuera de juego, mientras yo muevo mi un nuevo cuchillo, sin dejar de mirarlo.

—¿Tenemos un trato? —le pregunto, sacando otro cuchillo, dispuesto a lanzarlo a su cuello.

—Tenemos un trato.

Asiento, y Char se queda para hablar con él los términos del contrato.

Habría venido por las buenas, pero no quería cooperar.

Tuve que darle un aliciente para que no me dijera que no.

Me pregunto qué pensará Malory de mí, si supiera que por, estos lares, me llaman Diablo.

Por suerte, para mí, no me importa nada lo que pueda opinar de todo esto.

Ella no es para mí.

# Capítulo 13

## Malory

Bajo al salón, algo más tarde que el resto, porque anoche me costó mucho dormirme.

Al entrar, veo ramos de flores, y pienso que alguno puede ser para mí.

Ayer, en el baile, me esforcé mucho, y sentí que alguno de los pretendientes se tomaba en serio mis respuestas.

Voy hacia las flores, tras saludar, y busco en las tarjetas alguno que ponga mi nombre.

No veo ninguno y siento una desazón en el pecho.

—Lo siento —dice mi madrastra, casi sin mirarme—. Tendrás que esforzarte más, pero ten en cuenta que la gente de por aquí mira mucho la sangre, y tu familia viene de los bajos fondos. Eso no se olvida.

Su mirada es rara. Tanto es así, que Masie la mira extrañada.

—¿Qué tonterías dices, madre? Malory es igual o mejor que el resto. Solo necesitan tiempo para que vean lo increíble que es.

Mira a su hermana, pero esta no la apoya. Solo cambia la cara de lado.

—Creo que nuestra madre tiene razón. Nuestros abuelos eran barones, pero ella no puede decir lo mismo. No es malo, pero, tal vez, deba conformarse con ser la mujer de un pescador, un granjero o una institutriz.

—¡¿Qué sandeces estás diciendo?! —Masie me mira triste—. No sé qué les pasa…

—Ya está bien, niñas. Tenemos un té en una hora. Debéis subir a prepararos. —Masie protesta, pero se marcha—. Lo siento, Malory, pero la invitación no iba dirigida a ti. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo perfectamente.

Se marcha y me quedo helada, por lo que acaba de pasar; de cómo Londres las ha cambiado tanto.

Cuando se van a tomar el té, mi madrastra parece otra. Incluso sus ropas parecen mejores a las que hicimos.

No le vi ese vestido entre los baúles.

Ando hasta la cocina y Fern me tiende una bandeja de galletas.

—Creo que voy a salir —le anuncio, y no trata de retenerme, porque sabe que necesito escapar de esta casa.

Prepara una cesta de comida y me marcho, tras ponerme una capa y ropas sencillas, de paseo.

Camino por las calles de Londres, hasta que encuentro un carruaje,

que me deja cerca de la casa de mi tía.

Voy hasta ella y, cuando subo, está sola. Los niños han salido a dar un paseo con una hermana.

—No tienes buena cara —me comenta, mientras guarda la comida —. ¿No van bien las cosas en los bailes?

—No, esta gente no olvida de dónde vengo.

—No eres una hija bastarda, Malory, pero como si lo fueras, para esta gente.

—Ya, eso estoy viendo.

—Somos como agua y el aceite. No se mezclan, porque ellos no quieren intentarlo. Les da miedo que sus hijos salgan asalvajados, por tener sangre pobre.

—Sí, eso parece, pero ellos son peores.

—Lo son. ¿Qué te preocupa?

Le ayudo a organizar las cosas, mientras pienso qué contarle.

—Mi madrastra está cambiando, y, bueno, Opal y mi padre, también. Me pregunto cuánto tardará Masie en hacerlo.

—Es lo malo de la clase alta de Londres, que pudre a la gente. Les hace despreciar a quien llamó amigos, si así consiguen más estatus social. Dan asco.

—No creo que sea el caso. Tal vez, con el tiempo, todo vuelva a la normalidad.

—No lo hará, cariño. Todo irá a peor, porque repudiarte, como hija, a tu madrastra le hace conseguir mejores partidos para sus hijas. Aceptarte, cuando estás siendo repudiada, hará que ellas paguen las consecuencias.

La miro, sin querer aceptar que eso sea verdad.

No pueden haber cambiado tanto, pero hoy me han dejado de lado, para ir a tomar el té, sin importar que no me invitaran.

—Ven, acompáñame a ver a unas amigas. Seguro que eso te anima, pero debes saber, Malory, que si alguien te descubriera por esta zona, eso acrecentará la animadversión que sienten por ti, y tu madre no habría querido eso. Ella deseaba que brillaras ante esa gente, y que te codees con ellos, como uno más.

—No me importa. No quiero abandonar a la familia, y brillaré. Aún no me he rendido.

Acaricia mi cara y se me queda mirando.

—Eres tan parecida a ella…, pero ella merecía algo más de lo que tuvo.

—Se enamoró…

—Bueno, eso dicen, ¿no? La verdad, tal vez, nunca la sabremos, pero, si mi marido odiaba a tu padre, dudo que fuera por nada. Aparte de que nos prohibió verte. Solo Fern pudo hacerlo, a cambio de no hablarte de tu madre. —No digo nada porque eso ya lo sabía—. Si tu

padre tenía tanto miedo de mezclarse con nosotros, que no se hubiera casado con ella, pero lo hizo. El porqué, quizás nunca lo sabremos.

No dice nada más, pero, de golpe, es otro misterio que se queda en el aire, como el de lord Edwards.

De pronto, siento que nada es lo que parece, y que todo tiene una doble cara. Hasta las personas por las que habría puesto la mano en el fuego.

La sigo hasta un teatro, y sé que es donde mi madre hacía sus actuaciones.

Entro, y es como si la sintiera a ella.

Mi tía me mira sonriente, como si supiera lo que estoy sintiendo. Caminamos entre los bastidores, y vemos a un hombre al fondo, dando órdenes, con malas pulgas.

Se gira y, al verme, se queda pálido.

Luego los ojos se le llenan de lágrimas, y se acerca dubitativo.

—Te dije que era como ella.

—Es mucho más hermosa que su madre, y eso que esta dejaba a todos sin aliento. —Se me aproxima, y no deja de mirarme, como quien trata de creerse que soy real—. Hola, Malory. Soy Gus, un amigo de tu madre.

—Encantada de conocerle.

Al hombre se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ella eligió esa vida…, pero, aún hoy, duele su decisión. Dejarlo todo, para ser uno de ellos… —me dice el hombre, visiblemente afectado.

—Lo dejó todo por amor.

—Eso no era amor, joven. Fue por obsesión. Quería a la mujer más hermosa de Londres para él, porque la deseaban todos —indica—. Se casó con ella, y esto hizo que, los mismos que lo envidiaban por tenerla, lo repudiaran. Intuyo que ahora a ti, por lo que publican en los periódicos. —No lo niego—. Luego la mató.

—Murió en el parto.

—Eso dice él —añade—, pero yo siento que la verdad fue otra. Si no, nunca habría impedido que viéramos el cuerpo. Supimos de su muerte, cuando habían pasado ya varios meses, y él volvió a Londres, para buscar esposa, siendo tú pequeña.

—Esa acusación es muy grave, Gus —le recrimina mi tía—. Ni tú, ni mi marido, teníais pruebas. Solo son hipótesis, porque os molestó que ella lo eligiera a él, y renunciara a todo, por ser uno de ellos.

El hombre gruñe y se empieza a ir.

Luego se gira y nos manda a hacer cosas.

Le hago caso, sin poder dejar de pensar en todos los interrogantes que tengo abiertos.

Ayudo en el teatro, y me presentan al resto del equipo.

Tienen una actuación, y mi tía me invita a verla entre los bastidores.

Es entonces, cuando reparo en lo tarde que es, y que debo irme a casa.

—No me hace gracia que te vayas sola.

—Para la gente, solo soy una joven más en el barrio. No reparan en mí.

—Cúbrete la cara, Malory. Tú no pasas por una joven normal y corriente, si te miran.

Salimos a la calle y ha caído la niebla, lo que me inquieta, pero le hago creer a mi tía que, con este tiempo, me mirarán menos.

Camino por las calles de Londres sintiendo cómo el lodo me moja los pies.

Me resbalo y casi me caigo, pero atino a cogerme a una farola.

La lluvia empieza a caer, y siento el miedo congelarme el aliento.

Busco un carruaje, que me lleve de vuelta a casa.

No veo ninguno cerca, y la lluvia es cada vez peor.

El aire me azota en la cara, y me hace perder la estabilidad, quitándome la capa.

—Joven, ¿quiere compañía? —Un hombre se me acerca, y lo miro aterrada.

Corro lejos de él, sin saber adónde dirigirme, para regresar a casa.

La lluvia no ayuda a que me oriente.

Entro en una calle, y tarde me doy cuenta de que no tiene salida.

Estoy sola.

Miro a mi derecha, y veo la puerta, de lo que parece un burdel.

Pienso en ir hacia ella, pero me cortan el paso.

—Vaya, vaya…, qué tenemos aquí. —Un hombre sale de entre las sombras, y me mira, lamiendo sus labios.

Me giro para irme, pero otro extraño me coge de los hombros, y me sujeta con fuerza.

Grito, aun sabiendo que nadie vendrá a rescatarme.

# Capítulo 14

## Adler

—Tengo muy buenas mujeres para calentar tu cama, Diablo.

—Solo estoy aquí por la bebida, y para acompañar a mi amigo.

La madame se ríe, y mira a lord Price, que quería salir por esta zona, para evitar pensar en la cantidad de mujeres casaderas que su madre desea presentarle.

Por mi culpa, ha añadido.

Para ayudarlo le acompañaré a conocerlas y, de paso, veré si alguna es válida para ser mi esposa.

—Puedo conseguirte la mejor. —Toca mi corbata de forma sugerente—. O prestarme yo misma.

—No, pero gracias.

Va a decir algo, cuando, a pesar de la lluvia, escuchamos un grito desgarrador.

—Ya están de nuevo esos idiotas asustando a alguna jovencita. Si van a abusar de ella, bien podrían irse a otra parte…

La miro asqueado y salgo por la puerta, tras agarrar a Price, obligándolo a irnos de este sitio, donde ven bien que abusen de alguien.

—¡Joder, que estaba en lo mejor! —Hace gestos con sus manos, de las tetas de alguna de las mujeres con las que estaba, mientras yo abro la puerta.

Miro, para ver qué pasa, y observo a alguien luchando, con un par de maleantes, que rasgan su ropa, como si fuera mantequilla.

—¡La zorra me ha mordido!

—A mí me ha arañado —dice el otro.

—Eso no es nada, para lo que os voy a hacer yo, pedazo de desgraciados.

Al reconocerme, tratan de correr por sus vidas, pero ya es tarde.

Golpeo a uno de ellos, y luego pego una patada al otro.

Vienen los dos contra mí, olvidando a su víctima, que se queda tirada en el suelo.

Lucho contra esta escoria de la naturaleza, y no los mato aquí, pero han osado ir contra mí, y ya saben lo que les espera en unas horas, por mis hombres.

Salen corriendo, cuando ven que me detengo.

Huyen, sabiendo que no tienen escapatoria.

Nadie que ose ir contra mí, puede salir impune.

Tal vez, les pida que solo les den una paliza.

—Lo tenía todo controlado —señala la joven, y, cuando escucho esa

voz, me es sumamente familiar.

Un escalofrío me sube por la espalda y toda la poca bondad que podría haber en mí, se esfuma.

Han tenido la osadía de tocar a Malory. Solo puede esperarles la muerte.

—Y yo casi he ido a ayudarte —dice lord Price, con voz de borracho.

Voy hacia la joven y confirmo que es la señorita Malory. Está bajo la lluvia, tratando de recomponer su ropa, con la ceja partida.

Siento un fuerte deseo de matar a esos delincuentes.

Siento el odio por lo que acaban de hacerle, y me planteo matarlos yo mismo, pero sé que mis hombres, que no andan lejos, han visto lo que ha pasado, y no tendrán piedad.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —Mi tono de voz es duro y seco.

—Eso mismo iba a preguntar yo…

—Hemos venido de putas —anuncia lord Price.

Malory agranda los ojos.

—Yo, no. Me gusta más, la cama caliente por una amante.

—Claro, cómo no —dice molesta, y tarde recuerdo lo que piensa que quiero hacer con ella—. Gracias por ayudarme, pero no hubiera hecho falta…

—Déjeme que piense lo contrario. —Le pongo mi chaqueta mojada sobre los hombros—. Hay que curarle ese corte.

—Tengo una casa cerca. La uso para llevar a mis amantes. —Lord Price sonríe, y nos indica dónde está.

Cojo del brazo a Malory, aunque protesta.

Cuando lo hago, noto cómo tiembla, a pesar de intentar fingir que está todo bien.

La miro de reojo, sintiendo admiración por esta mujer, tan fuerte y obstinada. Otras, en su lugar, se habrían desmayado o estarían gritando.

Malory nos sigue tranquila, sin protestar. Solo lo suficiente.

Creo que esto es peor, porque otra mujer usaría este susto para dejar su loca idea de bajar a los bajos fondos de Londres, pero, algo me dice, que a ella todo esto no le quitará las ganas de pasear por aquí de nuevo.

Si no fuera sobrina de Pet, la abandonaría a su suerte.

No es mi problema…

En el fondo, sé que algo superior a mí, me empuja a cuidar de esta loca, que un día acabará con los pies en una caja de pino.

Entramos a la casa y lord Price se sirve otra copa. Es como si la necesitara ahora mismo.

Yo le quito la botella y, tras buscar gasas limpias, le digo a Malory que se siente, para limpiar su herida.

—Esto le va a doler —le aviso, sentado frente a ella, con el paño empapado en alcohol.

Me lo quita y se lo pone ella sobre la ceja.

—No me trate como si fuera de porcelana.

Lord Price se ríe, por lo que acaba de hacer, y yo miro a esta necia, que se comporta, como si no necesitara a nadie en su vida.

Le quito el paño y le curo la herida, a pesar de su morro torcido.

Solo de ver el corte, y saber que eso es lo menos que le hubiera pasado, me hierve la sangre.

Miro su cuello y veo marcas de esos cerdos.

—Debí matarlos yo mismo —digo en alto sin darme cuenta.

—No, mejor así.

—Claro, para que puedan hacer lo mismo a otra mujer…

—Si los matas, y te pillan, acabará en la cárcel. Por si no se ha dado cuenta, no está en la guerra.

—Me he dado cuenta. Allí no había mujeres idiotas que pusieran su culo en peligro, por su loca idea de creer que el mundo es un sitio seguro.

—A usted le debería dar igual lo que hago con mi vida.

—Es sobrina de Pet. No me da igual. A ver si, con suerte, se casa pronto, y un problema menos.

—Pues dudo que eso pase, si nadie me pretende. —Por su mirada pasa un halo de dolor.

—No es posible. Ayer la vi bailando con varios hombres.

—Hasta conmigo, porque este me obligó —añade lord Price, en el peor momento.

—Y supongo que usted solo bailó conmigo, por su obligación de querer cuidar de mí —indica enfadada, y veo dolor en sus ojos.

—No se lo tome a mal —dice lord Price, mientras Malory me fulmina con la mirada—. Pero, si un conde y un casi vizconde, si mi padre no me deshereda antes, la pretenden, la gente se olvidará de sus orígenes, y pronto estará casada. De hecho, debería seguir pretendiéndola porque, así, mi madre me dejará en paz, y usted, de paso, consigue un futuro marido. Yo me libraré esta temporada del mercado matrimonial. ¡Qué gran idea!

—Eso si yo quiero participar en esa mentira —indica Malory.

—No creo que tengas más opciones —le digo—, y así podrá dejar atrás todos los rumores. La gente solo la verá como una posible condesa.

—Exacto… Me voy a dormir —nos anuncia lord Price y, al segundo, se pone a roncar.

Malory lo observa, sin dar crédito a cómo alguien puede dormirse tan pronto.

Miro su herida, y, sin poder contenerme, acaricio la zona. Examino

la herida, sabiendo que pienso perseguir a esos cabrones, hasta que se les quiten las ganas de atacar a nadie.

—Me da miedo esa mirada —dice Malory, pero, cuando la miro, no parece tener miedo de mí, sino de lo que estoy pensando.

—Se va a meter en problemas, si sigue así. Esta gente está deseando que cometa un solo error, para echarla a los cerdos.

Asiente y, cuando meto su pelo oscuro tras su oreja, no dice nada. Solo tiembla por mi contacto.

Sería muy fácil volver a besarla, volver a saborear sus rojos labios…

Ese beso que compartimos regresa a mi mente más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

Bajo la caricia por su cuello, donde los moratones se ponen cada vez más feos, y acaricio la marca, deseando borrar todo el dolor.

Noto cómo mi caricia pone su piel de gallina, y cómo su respiración se agita.

Miro su boca y ella la mía…

Sería muy fácil…

Sus ojos me claman un beso. Mi boca ansía sus labios.

Joder…, la deseo más que respirar.

Acaricio su mejilla, sintiendo dolor, por no ceder al deseo de tenerla.

—Esos no merecían el placer de tocarte —le digo, y veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas.

—Puede que pasara algo de miedo. —Sonrío—. No tenía por qué salvarme.

—Lo hubiera hecho por cualquiera. —Mis palabras le duelen, porque le recuerda que ella, para mí, es solo una más.

Voy a explicarle que, desde que la vi bajando de las escaleras y nos miramos, sé que ella no es una más, entre un millón de mujeres. Ella es alguien que, sin saber por qué, hace que el mundo gris de mi existencia pase a tener tonalidades de colores vivos, mientras vivo y muero por no tenerla.

La odio, por desearla.

La deseo, porque no puede haber nada entre nosotros.

No sé cómo explicarle que ella nunca será un olvido en mi memoria, sino un recuerdo, al que recurrir, cuando quiera rememorar lo que es sentirse vivo, con solo una caricia.

Pero ¿de qué sirve esto? Ella no es mía, y yo nunca podré ser suyo.

El silencio y la distancia es lo único que podemos tener.

—Es mejor que la lleve a casa. Deben de estar preocupados. —Es mejor dejarlo aquí o dudo que pueda seguir con mis planes, como si nada, si me pierdo un segundo más en ella.

—Lo dudo —dice levantándose, y poniendo distancia entre los dos.

Es lo mejor.

Busco una capa seca entre las cosas de lord Price, y, cuando la encuentro, se la tiendo.

Por suerte, cuando salimos de la casa, ha dejado de llover, y vamos hasta mi carruaje sin mojarnos. Tampoco nos ve nadie, porque, a estas horas, no queda nadie por las oscuras calles de Londres.

El carruaje arranca y me fijo en lo decaída que parece.

Intenta sonreír varias veces, pero no lo logra.

—Es normal estar así, tras lo vivido.

—No ha pasado nada. Sigo de una pieza y esos cerdos no me han quitado mi virtud. Ya solo me faltaba eso, para no encontrar marido, entre esta panda de idiotas, que están deseando que caiga en desgracia, para hacerme caso, pero como amante.

—Vaya, veo que está enfadada.

—Eso a usted no le importa.

—Y yo que esperaba un gracias por haberla salvado.

Me fulmina con la mirada.

—Gracias…, pero lo tenía todo controlado. O casi —dice, al ver que abro la boca—. No soy una mujer frágil, como el resto.

—Me he dado cuenta.

—Usted, y medio Londres. Tal vez, si fuera rubia y delicada…

—La criticarían igual.

No comenta nada, porque sabe que tengo razón.

El coche se detiene y pone la mano en la puerta.

—No tiene la culpa de vivir entre idiotas. —Mis palabras le hacen sonreír y me pierdo en su dulce boca.

—No la tengo, pero lastima.

Sale del carruaje y la veo correr, hasta una puerta trasera de la casa.

Cuando miro el asiento, donde estaba, veo que se le ha caído un guante.

Lo cojo, para dárselo otro día… o tal vez no. Me lo llevo a la nariz. Huele a flores y a libertad.

Malory es demasiado inquieta para su propia seguridad y, si alguien la pilla, arruinará su oportunidad de un buen matrimonio.

Es una insensata y… una mujer preciosa.

Algo que, por supuesto, me es indiferente.

Pero no lo es, el hecho de que debo hacer pagar a esos cabrones lo que le han hecho.

El carruaje se pone en marcha y no tardo mucho en encontrar a los que han herido a Malory, en una taberna de mala muerte.

En cuanto me ven, huyen como si estuvieran viendo al mismo diablo.

Tal vez lo sea, porque, a veces, me cuesta recordar lo que es vivir con un alma.

Mis hombres los detienen.

Voy hacia ellos, sabiendo que este par que ha osado tocar a Malory, ha visto su último amanecer.

La gente que me ve, acercarme a ellos, corre aterrada.

Golpeo a uno, y luego a otro, hasta que Char me hace una seña para que pare.

Del resto se encargan ellos.

Limpio la sangre de mi mejilla, y me marcho, como si nada, a mi carruaje. Si quiero que mis planes salgan bien, deben temerme. Solo así, la gente te hace caso, y esos dos me han puesto en bandeja, que el plan siga yendo a la perfección.

Por desgracia, solo se respeta al que se teme.

De alguna forma, es como si una parte de mí siguiera en la guerra, y a veces estoy cansado de tanta oscuridad.

Ahora solo me falta una esposa adinerada, y todo esto tendrá sentido.

# Capítulo 15

## Malory

Al llegar a mi dormitorio, Masie me espera leyendo, y, al verme, viene hacia mí, preocupada.

Fern ha pedido que me suban agua caliente para un baño.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. Estoy bien —le digo, pero mis ojos, de repente, se han llenado de estúpidas lágrimas.

Masie me abraza, sin decir nada, y eso ahora mismo es justo lo que necesito.

Nos quedamos así, hasta que traen el agua, y llenan mi bañera.

Entro en ella, tras quitarme la ropa, y mi hermana y yo nos quedamos solas.

Masie me cepilla el pelo, tras enjabonarlo, como tantas veces yo he hecho con ella.

—Tienes un moratón en el cuello y otro en el brazo. No me digas que estás bien, porque tonta no soy. ¿Qué ha pasado?

—Fui atacada, pero, por suerte, todo ha quedado en un susto. Estoy bien.

—Siento que tengas esa necesidad de salir corriendo de esta casa, por cómo están las cosas. A mí, todo esto tampoco me hace feliz. No entiendo a mi madre. Es horrible cómo se comporta. Parece otra mujer.

—Bueno, ella quiere conseguiros un buen partido, y yo estoy marcada por mi pasado. En parte, la entiendo. Ella se casó con un barón, que solo le ha traído una vida de penurias. Es normal que luche para que vosotras no paséis por eso.

—Ya, bueno, visto así, no me parece un ogro, pero eres como su hija. Te ha criado, y, repudiarte, ante esas mujeres… —Me tenso—. Lo siento. No debí contarte eso.

—No, tranquila. Lo esperaba.

—Pero duele —añade y no lo niego. Estoy justificando a mi madrastra, a pesar del dolor que siento en el pecho—. Yo no voy a dejarte de lado. Me da igual no conseguir un buen matrimonio, que, teniendo en cuenta, que no veo ni tres un burro sin las gafas, lo mismo me caso con una planta, y ni me doy cuenta.

Me río, por cómo lo dice.

—Yo evitaré que hagas eso.

Salgo de la bañera y nos sentamos junto al fuego, para que se me seque el pelo.

Masie me lee un poco del libro, que está leyendo.

Nos quedamos juntas, sin ganas de estar solas.

Masie siempre ha sido una niña alegre, charlatana y divertida; algo que tampoco encaja, en un mundo donde el silencio es lo que esperas recibir, de la compañía de una mujer.

—¿Te importa si me quedo a dormir contigo? —me pregunta, y no sé si es porque ella lo necesita o porque sabe que, si se va, me romperé en cientos de pedazos.

—No, no me importa.

Sacamos el calentador de pies de la cama y lo dejamos cerca de la chimenea, para que las ascuas de dentro se enfríen.

Entramos en el lecho, y nos abrazamos.

Al menos, ella sigue aquí. Me aterra pensar que un día no sea así.

Tenía gana de venir a Londres, aunque sabía que no sería fácil, pero nunca imaginé que fuera así.

—¿Te puedo confesar algo? —me dice mi hermana, cuando llevamos un rato en silencio.

—Claro.

—Estoy asustada.

Me giro, a pesar de que no puedo verla, pero es para sentirla más cerca.

Ella hace lo mismo.

—Madre comentó el otro día que había un vizconde interesado en mí, y que sería tonta, si no lo aceptara, siendo hija de un barón.

—¿Y qué es lo que te asusta?

—Es de la edad de padre. No sé si podré… Si podré ser una buena esposa, con un hombre que me da náuseas.

Pienso en el beso que compartí con Adler, y en la pasión que sentí en sus brazos. Sé que esa intimidad no podría tenerla con otro.

Mi mente evoca lo que sentí esta noche, cuando esos hombres me tocaron, y que podrían haber hecho conmigo lo que hubieran querido.

Adler tenía razón.

El asco que sentí me hace temblar.

—No tienes que aceptar, si no quieres.

—¿Qué necia rechazaría ser vizcondesa? —Su voz está rota por las lágrimas—. Si lo rechazo, será mi ruina, Malory. Nadie querrá casarse conmigo, y lo sabes.

La abrazo y, tristemente, no sé qué decirle porque, si no se casa, tal vez su vida no sea mucho mejor.

—Ningún ramo para ti, Malory —me indica mi madrastra, al ver que busco entre los que han traído esta mañana—. O mucho cambia esto, o será mejor que tu padre te envíe de vuelta a casa, para trabajar como institutriz.

No me mira a los ojos. Es como esa persona que sabe que está

haciendo algo horrible, pero no quiere ver el dolor que produce en los otros.

—Voy a conseguir un esposo —respondo, y se sobresalta por mi descaro.

—No con esa actitud. ¡Niñas, vamos que nos espera la modista!

—¿La modista? —pregunto extrañada, porque no tenemos dinero para esos lujos.

—Sí, no pienso permitir que nadie diga que las ropas de mis hijas no están a la altura.

—Entiendo, que lo que digan de mí, te da igual.

—¿Esa es la educación que te he dado estos años, Malory? Deberías trabajar en ella, y, lo mismo, así consigues de verdad un marido.

Se marcha y mis hermanas no tardan en bajar.

Masie me saluda con la mano, con una triste sonrisa.

Cuando se marchan, voy a la cocina.

Fern me coge y me lleva a un lado. Me tiende una tarjeta arrugada.

—Uno de los ramos era para ti, niña, pero tu madrastra arrugó la nota, y la echó al té. Cuando la recogí, puede ver su nombre.

Miro la tarjeta mojada, donde apenas se aprecia mi nombre.

—¿Por qué hace esto?

—Porque no quiere competencia para sus hijas, ni que consigas mejor partido que ellas. Parece que la sangre ha empezado a tirar más, que los sentimientos.

—Parece que sí.

Me marcho para dar un paseo por el jardín, distraída con todo.

Aún no he aceptado lo de ayer.

No solo el ataque, sino la información que me dio el amigo de mi madre en el teatro, y que este odie tanto a mi padre, como mi tío.

—Señorita —me dice el mayordomo, y me tiende una tarjeta de vista—, ¿le digo que venga a verla?

Leo la tarjeta, y compruebo que se trata de lord Price.

Acepto la invitación y, al poco, aparece este con mala cara. Lleva un ramo de flores, que me tiende galante.

—Yo esperaba que estuviera durmiendo la mona —le digo, tras oler las flores.

—Lord Edwards me tiró un cubo de agua fría, y me dijo que tenía que venir a verla, si quería que el plan funcionara. Aquí estoy. En verdad, tampoco tenía más opciones, y así podré descansar de la tediosa tarea de buscar esposa.

—¿Y si esto le deja una huella imborrable?

—Me da igual. Cuando el desgraciado de mi padre se muera, seré conde, y quiero entrar en la Cámara de los Lores, donde ya está mi padre. Dudo que esto me pueda afectar en algo. ¿Damos un paseo por el jardín?

Me tiende un brazo y miro mis ropas austeras y sencillas.

—No esperaba visita, la verdad.

—Está encantadora —me dice meloso.

—Tiene usted mucho peligro.

Se ríe, y cojo su brazo.

Paseamos por los rosales, que ha mandado mi madrastra cuidar. La verdad es que se está dejando mucho dinero en estas minucias, por si alguien viene de visita. Luego dicen que no tienen dote para mí…

Pensar en esto, me crea pesar, porque, si tuviera una dote, aunque fuera pequeña, no me sentiría tan mal en esta familia, cuando veo el derroche de dinero.

—La noto decaída.

—Estoy bien.

Mira mi golpe de la frente.

—No lo parece. Le ha bajado la hemorragia por los ojos. Aun así, sigue siendo la mujer más hermosa que he tenido la suerte de conocer…

—Cuidado, no se enamore de mí. No queremos eso.

—Bueno, si eso pasa, me caso con usted, y así ninguno de los dos sufrirá una temporada más.

—Y yo que creía que odiaba verse casado…

—Odio la idea del matrimonio, porque he visto el de mis padres, y se odian. Siempre están discutiendo, y nunca se han querido, ni apreciado. Si eso es lo que me espera, no lo quiero.

—Lo entiendo. Mi padre no pasa mucho tiempo en casa, y, cuando está, es casi siempre en el despacho trabajando. No podemos molestarlo. Nunca lo he visto discutir con mi madrastra. Ha sido más madre que esposa.

—Si era feliz, es lo importante.

—Creía que sí, pero ya no estoy tan segura.

—Bueno, ya lo descubrirá. Ahora la dejo, que tengo cosas que hacer… Es mentira, ya que he quedado con lord Edwards para que él trabaje, mientras yo solo le hago compañía moral.

El descarado sonríe.

Vamos hasta la salida y me despido de él.

No dejo las flores en la sala.

Las subo a mi dormitorio, y las pongo en un jarrón, cerca de la ventana.

Sé que esto es mentira, pero me alegra que existan personas capaces de desafiar el sistema. Tal vez, esto salga bien.

# Capítulo 16

## Adler

—¿Y por qué no mejora? —pregunto al doctor, cuando sale de ver a Dede, y me comenta que no le ve nada serio en el cuerpo para esa afección.

—No lo sé. Aparentemente, todo está bien, pero luego, le da esos ataques, donde anda por la casa desorientada. No sé qué puede estar pasando. Ahora se ha quedado dormida. Si pasan de nuevo, infórmeme.

Asiento y lo acompaño hasta la puerta.

Abro, y aparece lord Price, con muy buena cara, para alguien que debería está durmiendo la mona.

—¿Todo bien? —se interesa, cuando pasamos al despacho.

—No lo sé. Dede no mejora, y el médico no sabe qué puede pasarle.

—Lo mismo necesita estar en la villa del campo.

—Para eso, tengo que adecentarla.

—Y necesitas una esposa con dinero para ello. —Asiento, porque es lo que espera que haga—. Esta noche hay un baile, a ver si encuentras a una afortunada, a la que no le pongas pegas. —Le fulmino con la mirada—. No me mires así. A todas las que te presento luego le pones pegas.

—Eso no es verdad. —Alza una ceja—. Solo estoy siendo prudente.

—No puedes serlo, si Dede necesita un médico mejor. Mi padre no me presta dinero.

—No necesito tu dinero —le digo con frialdad.

—Si pudiera, te lo daría, y lo aceptarías, o te dejaría de hablar de por vida.

—Creo que podría salir ganando con eso. —Se ríe y va a por copa —. Por cierto, ¿qué tal con la señorita Malory?

—Muy bien, la verdad. Es encantadora, y no se escandaliza con facilidad. Sería una buena esposa para mí.

Me recorre un escalofrío, solo de pensar en que la señorita Malory se convierta en su vizcondesa. Verla a menudo, siendo la esposa de mi amigo.

La idea no me es tan indiferente, como debería, y me crea deseos de destrozarlo todo a mi paso, solo porque alguien la tenga, y no ser yo ese alguien.

Es estúpido…

—No sabía que tus planes hayan cambiado.

—No, no lo han hecho, pero, si tuviera que casarme con ella, no lo veo tan malo. A menos claro que tengas alguna objeción por esto.

Evito mirarlo, porque sé que lo está preguntando adrede.

Lo observo, al poco, mientras se sirve una copa. Está claro que a Malory no le faltaría nada, y cumpliría la promesa que me hice. Así, estaríamos todos contentos.

Por eso, asiento, ignorando el dolor sordo que siento en el pecho.

—¿Has leído los periódicos de hoy?

—Sí, claro.

—La sección de cotilleos.

Niego con la cabeza, y lord Price la busca en el periódico, que hay sobre la mesa.

—Yo no lo leí, pero, cuando le dije a mi madre dónde iba, me dijo que, antes de pretender a la joven, leyera lo que se rumorea de ella.

Lo leo y me quedo petrificado, al ver qué se insinúa, y de muy buena fuente, que la señorita Malory podría no ser virgen. Esa sería la razón por la que su padre le quitó la dote, en castigo.

Siento asco, por estas acusaciones tan graves.

Me da igual si es verdad o no, porque solo son chismes de viejas aburridas, que quieren que las desgracias de otros oculten las suyas.

—No se merece esto.

—Tampoco la conoces. No sabemos si es cierto, pero, yo no soy virgen, y me la repampinfla que una mujer no lo sea. Ni que me casara por amor.

Se sirve otra copa, que le quito de las manos.

—Necesito que me acompañes a ver si consigo avales para mis negocios, y requiero que saques a relucir tu encanto, a poder ser, sin estar borracho.

—Tú sí sabes cómo quitar la diversión a un hombre.

Me quita la copa de las manos y se la bebe.

Salimos del despacho y vemos a Dede dar un paseo con mi madre.

—Ya estoy mejor —me indica con una dulce sonrisa mi hermana.

—Ya veo. Espero que desayunes bien, y tomes un poco el sol en el jardín.

—¡Tomar el sol! ¡Qué sandeces dices, hijo! Un poco de té y estará mejor.

Las veo irse y vamos hasta mi carruaje.

Entro en él y vamos a hablar de negocios.

Nadie me apoya, porque esta panda de idiotas insufribles no ven más allá de su ombligo, y mi padre tenía muy mala fama en la ciudad. Tienden a creer que los hijos siempre son iguales a sus progenitores, y es una triste excusa para no hacer nada. Para no apostar por lo incierto.

—Si yo tuviera dinero, invertiría en tu negocio —me dice en el club para caballeros—. Está claro que tus ideas cambiarían muchas cosas por Londres.

—Pero no lo tienes.

—Por desgracia, no.

Evito decirle que tengo un plan que se ha puesto en marcha y, pronto, tendré mucho dinero, pero, para que nadie sospeche, necesito una tapadera. Una esposa con una gran dote y, a poder ser, inversores que avalen mis ideas.

Lo conseguiré. No tengo dudas de ello. No he llegado tan lejos para perder ahora todo.

Nos tomamos unas copas y apostamos un poco.

No me cuesta nada desplumar a estos petimetres, pero no quiero que el juego sea mi salvación, porque, si lo crees así, te acabas por perder.

Al regresar a casa, el silencio de esta me cae como una losa, y me recuerda las pesadillas de la guerra, donde los gritos y la angustia era la música que nos rodeaba cada día.

Voy a por algo de beber.

Cojo la copa y me tiembla la mano por la angustia.

Odio sentirme débil, por recuerdos amargos, que no podré cambiar; que siempre estarán ahí arraigados en mi mente, para recordarme lo cruel que puede llegar a ser el ser humano.

Miro la noche por la ventana y la oscuridad de las calles me recuerda al cabello oscuro de Malory.

No debería pensar en ella, pero, en este momento de angustia, la dejo vagar por mi mente, sintiendo cómo su sonrisa descarada y sus ojos verdes chispeantes me calman, hasta que tengo el control de mi cuerpo.

# Capítulo 17

## Malory

Hoy había un baile, pero mi madrastra no quería que fuera con la herida de la frente.

Mi rostro está mucho mejor, y casi no se notan los moratones del cuello, pero han preferido que me quede en casa.

Casi parecía que este hecho les hacía especial ilusión. Es como si, que las acompañara, empañara su baile.

Odio esto, sentir que en mi hogar no soy bienvenida.

Luego, están sus ropas. Eran de sedas caras, y eso me descuadra con la poca liquidez que dice tener mi padre.

Empiezo a pensar cuán hay de cierto en los rumores, que dicen que mi padre no quería darme una dote. Eso cada vez me pesa más en el corazón.

Nunca me sentí una intrusa en mi propia familia, hasta ahora.

Es tarde, cuando siento que la cortina del balcón se mueve.

Nerviosa, ando hacia ella, cuando una sombra emerge tras las cortinas, y me tapa la boca.

El miedo me golpea con fuerza, y siento cómo se me nubla la vista por el pánico.

—Soy yo, Malory. Evita delatarme.

Poco a poco, mi cerebro reacciona, y asimilo que Adler está tras mí.

—Casi preferiría que fueras un delincuente de pacotilla —bromeo, cuando me suelta y se aleja un poco. Lo miro, y observo que va impecablemente vestido para acudir a una fiesta—. ¿No tenía un baile al que acudir, lord Edwards? Le urge la caza de una buena dote… Ah, no, de una esposa. ¡Qué confusión más grande!

Su mirada se agudiza.

—Lo tenía, sí, y estuve allí, de hecho, pero sin cierta deslenguada no era tan atractiva la búsqueda de esposa. —Sonrío, a pesar de todo —. Quería saber que estaba bien, y, por eso de cumplir mi promesa. Si está muerta, nunca podré cumplirla.

—Gracias por aclararlo. No vaya a ser que piense que le importa mi persona.

—Me importa lo mismo que un dolor de muelas. —Sonrío, porque su tono es de broma—. ¿Cómo está? —me pregunta, apoyándose en el escritorio.

—Sigo viva.

—Que no es poco, viniendo de usted.

—Aunque no se lo crea, antes de venir a Londres, no me metía en tantos líos.

—Me cuesta creerlo. —Cruza los brazos en el pecho—. ¿Cómo era su vida antes de Londres?

—Vivíamos en la villa de mi padre, a las afueras de la ciudad, y, aunque no era muy grande, no sentía que me faltaba nada. Si iba al pueblo, era con la cocinera, con Fern, y solía salir a caballo por los alrededores de la villa. Allí no teníamos mucho contacto con otras personas. Las clases de etiqueta nos las daba mi madrastra, y me pasaba casi todo el tiempo leyendo o ayudando a Fern con la comida.

—Nunca habría imaginado una vida tan aburrida para alguien como usted.

—Pues así fue, pero, al llegar aquí, sentí que había mucho mundo por descubrir.

—Lo hay, pero es peligroso. Más, para una joven como usted.

—¿Inquieta y alocada?

—Hermosa… Muy hermosa.

No puedo evitar sonrojarme.

—Soy mucho más que eso.

—Un puñetazo en el pecho. —Le fulmino con la mirada. Sonríe y se me acerca, sacando algo del bolsillo de su chaqueta—. Le debo esta carta de su tío.

La cojo, sin evitar que nuestros dedos se toquen. Me gusta lo que produce el contacto de su piel, rozando la mía, y los dejamos ahí, más tiempo de lo que debería.

—Si quiere, la dejo sola, para leerla —dice, cuando aparto la mano, y miro nerviosa la misiva.

—No, no estoy preparada para leerla sola. Si no le importa, prefiero que siga aquí un poco más.

—Será un placer.

Lo miro a los ojos y, una vez más, siento que todo el mundo desaparece. Por eso, aparto la mirada, y abro la carta.

Mis dedos tiemblan. No sé qué me contará mi tío, pero, sí sé, que me habría encantado conocerlo:

**Querida, Malory:**

**Siento que la vida nos haya llevado por caminos separados, pero no he dejado de pensar en ti, desde que supe de tu existencia. He imaginado cómo serías, y si eres como tu madre.**

**Ella deseaba ser respetada, por esa gente que la humilló. Demostrarles que la división de clases no es tan grande, pero yo siempre he sentido que se equivocó. Debió luchar primero por ella, y luego por el resto.**

**Espero que tú consigas ante esa sociedad, que odia a los de nuestra clase, lo que ella nunca logró.**

**Allá donde esté, siempre te estaré protegiendo.**

**Ten cuidado, pequeña niña. Esa gente, con tal de conseguir lo que quiere, son capaces de todo. Hasta de la muerte.**

**Tu tío Pet, que te querrá siempre.**

Leo la carta varias veces.

No sé controlar las lágrimas y, al final, Adler se arrodilla a mi lado, para secarlas con sus dedos.

—Malory —me ordena con voz firme y dura—, mírame. —Se olvida de todos los formalismos, porque no soy capaz de calmarme, y funciona.

Lo miro y siento cómo acaricia mi mejilla, al tiempo que seca mis lágrimas.

—Tenía derecho a conocerlo, a saber de ellos… ¿Por qué mi padre me quitó esa oportunidad? ¿Por qué se casó con mi padre, si quería ignorar su pasado?

—No lo sé, y tal vez sea mejor dejar el pasado atrás.

—No sé si puedo —reconozco—. Siento que lo que sé de mi madre es escaso, y que la historia es mucho más grande.

—Es mejor que lo dejes estar, Malory. —Su voz es dura, de nuevo.

—Ella se merece que se sepa la verdad.

—La verdad, no importa aquí. ¿Acaso no te has dado cuenta? —Tiemblo, y más cuando siento que sus dedos quedan cerca de mi boca —. Esta gente tiene mucho poder. Si quieren destruirte, lo harán sin que puedas hacer nada. Lo único que te queda es conseguir un buen matrimonio, y cumplir el deseo de tu madre.

—¿Y cómo voy a hacerlo, si todos están empeñados en destruirme?

—Con mi ayuda. —Acaricia mi boca y noto que se disparan los latidos de mi corazón—. Lo que no sé, es cómo narices voy a hacer para no desearte tanto, pequeña.

No sé quién acorta la distancia entre los dos.

Solo sé, que mi boca se pega a la de él, como si de eso dependiera mi respirar, ahora mismo.

El beso empieza lento, pero pronto se convierte en abrasador.

Tiemblo, mientras tira de mí, hasta ponernos de pie, y siento sus manos por todas partes. La fina tela de la bata y de la camisa de dormir no son suficientes para no notarlas.

Lo peor, es que las deseo recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

Noto su lengua entrar en mi boca, al tiempo que me acerca más a él.

Su cuerpo se amolda al mío, que de golpe parece más sensible. Vibra con cada caricia de Adler, y tiembla por el placer de su boca, mientras mis manos van hasta su pelo oscuro.

Lo toco, como nunca he tocado a un hombre.

Su sabor me embriaga. Soy incapaz de pensar con claridad en este momento. Por eso, cuando baja, besando mi cuello, sintiendo cómo lame mi piel, solo deseo que no detenga el camino, y siga explorando mi cuerpo con su boca.

La bata se ha abierto y la camisa muestra mis turgentes senos, golpeando la fina tela.

Tira de la camisa, y veo que el aire acaricia más porciones de mi piel, hasta que uno de los endurecidos pezones se libera de tela, y se muestra duro y rosado, a pocos centímetros de su boca.

Saca la lengua y lame la punta.

Noto cómo mi sexo da una sacudida, por su atrevimiento, y más cuando se mete el endurecido pezón a la boca.

El centro de mi ser vibra con fuerza, mientras lame y succiona esa carne tan sensible de mi cuerpo.

Tiro de su pelo y me remuevo, ansiando que no pare; que me siga mostrando más de este desconocido mundo de pecado.

Lleva su mano al interior de mis muslos y la mete bajo la camisa.

Noto cómo sus dedos suben por mis muslos, hasta llegar a mi sexo.

Entonces, me toca, y sé que estoy perdida. Nada podrá detener que haga conmigo todo lo que desee, aunque eso suponga mi ruina social.

—No puedo hacerlo… —dice, apoyando su frente en la mía—. No puedo romper mi promesa… Te mereces un buen marido, y yo sería el peor…

Sus palabras me duelen, porque él podría ser ese marido, aunque crea lo contrario.

Dudo que sea el peor, por estos lares, pero mi dote no vale más que todo lo demás. Sin dote, solo soy para él esa mujer que desea, y podría ser su amante, pero nada más.

Lo aparto, y me acomodo la ropa.

—Vete —le ordeno.

—Malory, no puedo permitirme el lujo de fallar… No lo entenderías.

—Lo entiendo perfectamente —le digo dolida—. Entiendo que, por encima de todo, es un conde, y no quiere que su sangre y la mía se mezclen. Eso pueda hacer que sus negocios y sus objetivos se vean empañados por una mujer como yo.

—Si pudiera, me casaría contigo…, pero no puedo.

—Váyase, por favor, y olvide la promesa para siempre.

—No pienso hacerlo. La cumpliré.

Se va hasta el balcón y lo veo irse, con el corazón hecho jirones, porque sé que, si me casara con él, la vida no me parecería tan gris.

Pero él, solo ve en mí, a esa mujer fácil, que pierde la cabeza cuando la toca.

Me acuesto, pensando si hay algo mal en mí, para no haber podido resistirme a sus encantos. Le habría entregado mi virginidad en bandeja, si no se llega a detener.

## Adler

He parado por muy poco. Cuando tengo a Malory delante, no soy capaz de pensar con claridad. Solo quiero besarla y perderme en ella,

una y otra vez. Me hace olvidar todos y cada uno de mis objetivos. Hace que desee mandar todo a la mierda, y casarme con ella, para hacerla mía, a pesar de todos y de todo.

No puedo dar un paso en falso o, llegados a este punto, mi familia podría pagar las consecuencias.

Dede no se lo merece. Ni tampoco todas las personas que confían en mí; entre ellos, la mujer e hijos de Pet, y Char.

Si yo fallo, caemos todos.

Llego a la nave, tras cambiarme de ropa, y veo, nada más entrar, a un desgraciado, metiendo objetos de los baúles en su zurrón.

Voy hasta él y le pongo el cuchillo en el cuello.

—¿Pensabas robarme? —Aprieto el cuchillo, y la sangre gotea por su cuello.

—Mi familia necesita comer…

Aprieto más el cuchillo.

—Pues ahora, a ver cómo les das de comer. Largo de mi vista.

Sale corriendo y no le digo que me devuelva lo robado, pero otros ya van tras él, y se lo quitan.

Al poco, me lo traen.

Miro al resto, y lanzo el cuchillo la pared.

—El siguiente que me robe, no tendrá tanta suerte. Primero lo mato, y luego ya haré las preguntas.

Asienten y se marchan.

Char se me acerca.

—No creo que nadie más se atreva a robar.

Char era el mejor amigo de Pet, y, como este no pudo cumplir sus sueños, nosotros lo haremos por él. Cumpliré todos y cada uno de sus sueños, y promesas…

Aunque eso me lleve lejos de la mujer que ahora mismo deseo más que a nada, porque, dejarse llevar, podría poner en riesgo años de trabajo.

Es mejor no olvidarlo, cuando la tengo delante, y poder vivir con esta opresión en el pecho, por no tenerla.

No sé si, cuando la vea con otro, podré contener las ganas de partirle la cara.

Ella no está a la altura de ninguno de esos idiotas.

Los celos me ciegan, mientras me repito las razones por las que no puedo tenerla.

Sé que una parte de mí, la eligió a ella, entre todas las mujeres, el primer día que la vi.

# Capítulo 18

## Malory

Bajo a desayunar y veo a Masie mirar desanimada por la ventana.

El resto, no sé dónde estarán, pero me fijo en que han tomado ya el desayuno sin esperarme, ni avisarme.

Ando hasta ella, sin que note mi falta de sueño.

Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, recordando las manos de Adler sobre mi cuerpo. Estaba ardiendo, y no solo de deseo. También de rabia, porque una dote valga más, que un deseo tan intenso.

Su rechazo me dolió mucho.

Cuesta estar aquí, sin que nuevas lágrimas no recorran mis mejillas.

Por mucho menos se ha casado la gente.

Sentir que para Adler el dinero vale más que nada, me destroza. Me hace sentir que hay algo que falla en mí, aparte de mi falta de dote.

—Te esperaba —me dice mi hermana muy decaída, y eso hace que me olvide de mis problemas, porque merece que esté para ella.

—¿Todo bien ayer en el baile?

—Si por bien entendemos que mi madre desoiga mis ruegos para no querer juntarme con el vizconde, pues sí.

—¿Tan mal pinta la cosa?

—Madre solo ve la oportunidad de que su hija sea vizcondesa. Le da igual que yo sienta asco, por pasar un solo segundo al lado de ese viejo decrépito.

—Lo raro es que no me tire a mí a los brazos de ese hombre —murmuro, sirviéndome un té.

—Bueno, no lo hace, porque odiaría que pudieras conseguir un mejor acuerdo que nosotras. Somos hijas de un barón, y, con suerte, nos casaremos con un hombre de similar título o adinerado.

—Odio que las clases marquen tu vida, sin importar qué deseas tú.

Se sienta frente a mí.

—Yo también. Tenía la esperanza de encontrar el amor, pero, a este paso, mi madre no me dejará disfrutar de la temporada. —Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Salgamos a dar un paseo. Podemos ir a tomar el té, a una de esas cafeterías tan estilosas que te gustan.

Mira hacia la puerta, con seguridad, preguntándose qué diría su madre de salir conmigo, hasta que se da cuenta de lo que hace, y asiente entusiasmada.

Sube a cambiarse y yo como algo distraída, pensando en Adler. Aunque solo recordarlo, me enfada. Odio cómo reaccionó mi cuerpo, y

no poder dejar de pensar en ese lord, que está claro que solo me desea como una amante.

Mi hermana lo ha dicho: un conde nunca se interesaría en alguien como nosotras, y menos en alguien como yo, que ni tiene dote.

Si no tengo cuidado, será mi ruina.

Lo que no entiendo es qué lo detuvo ayer, si está claro que solo busca una cosa de mí.

Tal vez sea su estúpida promesa… o que bajo toda esa capa de diablo se esconde un caballero.

No, seguro que solo fue por la promesa a mi tío.

Adler no tiene corazón.

—Cuando soñaba con venir a Londres, no lo esperaba así —comenta mi hermana, de camino a tomar el té.

Ha salido buen día y hemos decidido ir andando.

—La verdad, es que yo tampoco.

Mira la herida de mi frente.

—Por suerte, casi no se nota. Pronto podrás venir con nosotras.

—No creo que eso cambie mucho. Tu madre está empeñada en hacerme el vacío —su mirada se torna seria—, pero estaré ahí para apoyarte.

Va a decir algo, pero se queda callada, al mirar al frente.

Sigo su mirada y me quedo petrificada, cuando veo a Adler, al lado de lord Price.

Va tan apuesto, que duele mirarlo.

Mi cuerpo reacciona, al recordar sus manos en lugares tan pecaminosos, y su boca lamiendo mi endurecido pezón.

Su mirada va desde mi sonrojada mejilla hasta mi boca. Cuando se oscurece, lo recuerdo dándome órdenes, y aceptando sus oscuros deseos.

Puede ser mi ruina. Puede alejarme de encontrar al heredero perfecto. Es mejor no olvidarlo.

—Buenos días, señoritas —saluda lord Price, alegre.

Adler, tras mirarme fijamente, se excusa con nosotros y se marcha.

—Perdonadle, tenía prisa —nos indica su amigo.

—Seguro —murmuro algo molesta, y tanto uno como otro se dan cuenta—, pero mejor, porque así nos ha evitado tener que soportar su presencia por más tiempo.

Lord Price sonríe, y Masie me mira seria.

—Si no os importa, me gustaría acompañaros —comenta lord Price, sin dejar de mirar a mi hermana.

Esta, al darse cuenta, recuerda que lleva sus lentes, y se las quita.

Lord Price se las quita de las manos y se las pone de nuevo, sonrojando a Masie.

—Está preciosa con ellas. No se las quite por mí.

—Había olvidado que las llevaba —indica con timidez.

—Es que no tiene que dejar de usarlas, si con ellas puede ver bien. —Lord Price sonríe a mi hermana, y veo cómo los dos se miran, como si el tiempo no corriera a su alrededor.

—Vamos a tomar el té —anuncio, y ambos me miran, como si hubieran olvidado que sigo aquí—. Será un placer que nos acompañe, milord.

Vamos hasta la tetería y, al entrar, la gente nos observa.

Veo cómo me miran con desagrado y, cuando nos sentamos, algunas mujeres se apartan de nuestra mesa, como si temieran que les fuera a pegar algo.

Odio esto. Yo no he hecho nada malo. Me tratan como si fuera alguien diferente, por un hecho que no elegí, ni puedo cambiar.

Sonrío, para que no lo noten, y trato de disfrutar de esto.

Mi hermana y lord Price no paran de hablar, mientras descubren que tienen muchas cosas en común.

Veo a Masie un rostro que no le he visto nunca.

Me gusta verla así de feliz, y que olvide todos los tejemanejes de su madre.

Cuando salimos, lord Price insiste en acompañarnos, y, al llegar, mi madrastra está en la entrada de la casa.

Al vernos, pone mala cara.

—Creo que a tu madrastra no le gusto —me susurra lord Price, cuando nos quedamos solos.

—Creo que no es contra ti —le digo con tristeza.

—Vaya, nos vemos entonces en el próximo baile, para seguir con el plan. —Asiento y lo veo irse.

Cuando entro a la casa, escucho los gritos de mi madrastra en el despacho de mi padre.

—¡No puedo consentir que tu hija se case con un casi vizconde y eso humille a mis hijas! ¡Mis padres eran barones! ¡La madre de esa solo era una vulgar actriz, que se abría de piernas ante el mejor postor! —Sus palabras me paralizan, porque acaba de insultar a mi madre—. No pienso consentir, que la hija de tu amante esté por encima de mis hijas. O haces algo o te juro que te destruyo la vida, contando todo lo que sé de ti.

—Haré algo. No te preocupes.

Cuando mi madrastra sale, me mira de una forma que deja claro que ha decidido dejar de fingir ante mí.

Esto parece una guerra, donde debe conseguir el mejor pretendiente para sus hijas, por encima de quien haga falta.

Entro al despacho de mi padre y este me mira un segundo, antes de apartar la mirada.

—¿Por qué dejas que insulte así a mi madre? ¡Te casaste con ella por amor!

—No, Malory. Me casé con ella, porque me hipnotizó con su belleza. Eso nunca fue amor. —Me quedo sin aire por sus palabras—. Nunca debí hacerlo. Nunca debiste existir. Todo esto solo complica mi vida. Nadie de buena cuna se casa con una ramera.

Siento las lágrimas caer por mis mejillas y, cuando me marcho, estoy tan hundida, que cuesta ver lo que tengo a mi paso.

Salgo de la casa necesitando aire. Me estoy ahogando. El corsé de golpe me aprieta mucho. No puedo respirar. Mi madre no era una ramera. No lo era. Era una actriz respetable de Londres.

Voy hasta la casa de mi tía y, cuando subo, Adler está en medio de la sala. No hay nadie más.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, pero no puedo hablar.

De golpe, siento que el esfuerzo que he hecho, para no desmayarme, ha terminado, y caigo hacia delante.

—¡Maldición! —Adler me coge entre sus brazos, mientras todo se torna negro, por este dolor tan grande que se expande en mi pecho, y que no me deja respirar.

# Capítulo 19

## Adler

Pongo los pies en alto, para que Malory despierte; también le he aflojado el corsé.

Cuando la vi, estaba pálida, y, según estuvo enfrente de mí, se desmayó.

No soporto verla tan pálida en este viejo camastro. No soporto no saber quién le hizo esto.

Ahora mismo estoy tentando de poner todo Londres patas arriba para descubrirlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Amelia, cuando entra en la casa con su hija pequeña.

Cuando llegué, me encontré la puerta medio abierta, y entré por si había pasado algo. Al poco, apreció Malory. Tenía la mirada perdida y la cara descompuesta.

No he visto en ella rastro de que haya sido atacada, pero, hasta que no despierte, no estaré tranquilo.

—No sé qué ha pasado. Llegó pálida y se desmayó.

—En verdad, no me extraña. No sé en qué pensaba su madre, cuando aceptó casarse con su amante. Creo que no pensó en la posición en la que un día dejaría a sus hijos.

—¿Era su amante? —pregunta Malory, casi sin voz.

La incorporo, y acepta un vaso de agua que le tiende su tía.

Su prima, al ver que se despierta, la abraza con cariño.

Yo noto cómo la sangre regresa a mi ser. Me preocupa más esta joven alocada, de lo que tal vez pueda admitir nunca.

—Sí.

—Mi madrastra ha dicho que mi madre era una ramera… Mi padre no lo ha negado. Quiero la verdad —le pide a su tía.

—Todo ya es complicado, sin que sepas la verdad del todo —añade esta.

—Por favor, esta gente la sabe, y me la va a echar en cara. Quiero estar preparada.

Su tía duda.

—Tu madre era una gran actriz, una mujer muy hermosa, y alguien que se dejaba seducir con facilidad, por las joyas y las buenas ropas. Aceptaba las atenciones de los lores, a cambio de todo eso. Ella decía que eran regalos, pero todos sabíamos que, cuando alguien te paga por estar contigo, no estás lejos de ser una ramera.

—Entonces, ella se dejaba seducir a cambio de lujos —su tía asiente —, pero nunca fue una ramera.

—No, fue la amante de varios lores ingleses. Algunos, con mucho poder. Todos la deseaban, todos la querían en su cama, y ella soñaba con ser un día una señora donde antes otros la habían usado.

—Y por eso se casó.

—Bueno, tu padre estaba obsesionado con ella. Quería demostrar a todos que era mejor; que podía tener a la mujer más deseada de Londres. Le pidió matrimonio y, claro, tu madre aceptó.

»Pero no porque lo amara, Malory. Quería ser baronesa, por encima de todo. Incluso de su trabajo. Quería pasearse por los salones de Londres y restregar en la cara a todas las mujeres que la repudiaban, que ella podía ser una grande del reino.

»Pero la cosa no salió como ella esperaba.

»A tu padre lo repudiaron por casarse con ella. Les dieron la espalda, y se fueron a la villa, porque en Londres nadie les invitaba. Nadie quería tener nada que ver con ellos.

—¿Y qué pasó luego?

—Murió, y tu padre regresó para buscar esposa. Alegó, que esa mujer lo tenía hechizado, que le había hecho algo con las hierbas que tomaba, para que perdiera la cabeza. Fue morir ella en el parto y recuperó la cordura, y se dio cuenta del tremendo error que había cometido.

—De verdad, ¿esta gente creyó algo tan estúpido? —pregunta Malory escéptica.

—Recuerda el circo —le indico—. La gente solo cree lo que le interesa.

—Eso es cierto, Malory. Además, muchas mujeres la odiaban. Por eso, cuando tu padre contó eso, dijeron que era cierto.

—Qué triste… —añade Malory.

—Lo es. Tu tío se enfrentó a tu padre, y este le dijo que, si no quería que yo pagara las consecuencias, más le valía estarse quieto. Nosotros no tenemos poder, Malory. Por eso, no pudimos hacer nada. Solo hacernos a un lado…

»Fern pidió poder cuidarte, a cambio de no decir nada.

»Tu padre aceptó, porque su nueva esposa dejó claro que no pensaba hacerse cargo de la niña, y así tenía resuelto el problema. Fern solo le pidió un techo y comida.

—¿Y por qué no me constasteis esto cuando volví?

—Porque tu padre era muchas cosas, además de eso, y porque ya lo ibas a tener complicado sin saber toda esta verdad.

Malory asiente, pero sé que habría preferido saber la verdad, y no enterarse de todo de esta forma.

Yo ya sabía la historia, porque he estado investigando.

La madre de Malory se pasó muchos años siendo la amante de muchos lores, hasta que se casó.

Malory lo tiene muy complicado, porque las mujeres de esa época odiaban a su madre, porque les robaba las atenciones de sus maridos. Odiaban a su madre, y ahora la odian a ella, porque temen que les quite las atenciones de los pretendientes, y sus hijas no puedan conseguir un buen partido.

Por eso, están anulando toda posibilidad de que Malory sea una digna competencia.

Su madrastra la primera.

Para cumplir mi promesa, solo puedo seguir un camino, pero necesito tiempo.

Llego a mi casa, tras dejar a Malory con su tía.

Le he prestado un carruaje, para que esté a su disposición, y uno de mis hombres va a cuidar de ella, hasta llevarla a su casa.

Yo tuve que salir a hacer unas cosas.

Entro al cuarto de Dede y la veo medio ida, hablando sola con un cojín.

Se me ponen los pelos de punta y, cuando me mira, parece dormida.

—Puedo volar. —Salta de la cama, y mi madre entra, cuando trato de cogerla.

—Esto cada vez va peor, hijo. Hay que llevarla a un sanatorio mental —me dice con frialdad.

—Prefiero que eso lo decida un médico.

—¿Acaso no la ves? Necesita estar internada y, para eso, necesitamos dinero. Más te vale casarte pronto, con alguien que tenga dinero, o lo que le pase a tu hermana recaerá sobre tu conciencia.

Se marcha y yo mando llamar al médico.

Al poco viene, y le da algo para dormir.

No le menciono lo del sanatorio. Me niego a creer que la vida que le espera a Dede es esa.

¡Joder! ¡Mi vida no deja complicarse por momentos!

# Capítulo 20

## Malory

Regreso a casa, sintiéndome muy mal.

El hombre de Adler me acompaña hasta la puerta trasera, y cuida de que no me pase nada.

Entro en la casa y subo a mi dormitorio.

Cuando abro la puerta, Masie está leyendo, mientras me espera.

Al verme, corre hacia mí y me abraza.

—Sea lo que sea, lo resolveremos juntas.

—Estoy bien.

—Ya, claro, y yo soy la reina de Inglaterra. —Sus palabras me hacen reír—. ¿Me puedes contar qué está pasando? Yo estoy de tu parte.

Pide algo para cenar y lo suben, mientras me cambio de ropa.

Nos sentamos a comer cerca del fuego.

Por suerte, nadie nos molesta. Creo que si me pasara algo, mi madrastra y mi padre se quitarían un peso de encima.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio, y, de paso, me cuentas qué hay entre lord Edwards y tú. Te he visto mirarlo, y sé que esas miradas no se echan a alguien que no te importa.

No sé si es porque necesito sentir que soy parte de esta familia, o porque me mira como si le importara, que le cuento todo.

Sus miradas pasan del horror, al asombro, y luego al cabreo más absoluto.

—¡Tú no eres ninguna ramera! Lo que hiciera tu madre es cosa de ella. Odio a toda esta gente.

—Ya, bueno, yo también, pero ahora entiendo muchas cosas.

—Y lo de lord Edwards… ¿Crees que de tener dinero se casaría contigo y así cumpliría su promesa?

—No lo creo. Dudo que haya alguien tan loco como para casarse conmigo y ponerse en contra a medio Londres. Ahora mismo, solo me conformo con un hombre que tenga una casa decente, y ya está. A poder ser, que no sea un lord. Solo quiero paz.

—No te mereces esto. Eres la hija de un barón, y, lo que pasara antes de eso, a nadie le importa. —Coge mis manos—. Eres mi hermana, Malory, y eso no lo va a cambiar nadie. —Sonrío, queriéndola más si cabe—. Aún no está todo perdido. Seguro que, entre toda esta gente, hay alguien que es capaz de desafiar a todos.

—Quién sabe.

—Lo habrá. Ya lo verás. —Al final me contagia su esperanza—. Con

suerte, también para mí, lejos de ese lord, que está tan cerca de la tumba… ¿Y si nos escapamos juntas a las Américas?

—No sería mal plan, si supiéramos hacer algo más que sonreír.

Se ríe.

—Sería bonito poder elegir algo más que ser la esposa de alguien.

—Y yo que creía que eso te hacía ilusión.

—Cuando creía que podía elegir, sí. Ahora, cada vez estoy más aterrada.

—Todo sería más fácil, si lord Price fuera tu pretendiente.

Asiente distraída, hasta que se da cuenta.

—No, claro que no. Es tu pretendiente.

—Ya te he contado la verdad, Masie. Solo está haciendo caso a su amigo.

—Como sea, no quiero estropear tu única oportunidad de poder conseguir un buen partido. Te lo mereces.

La abrazo, porque no puedo hacer otra cosa, pero lo hago, pensado que voy a rechazar las atenciones de lord Price, para que pueda centrarse en otras mujeres que de verdad puedan ocupar su corazón. Con suerte, eso evitará que mi hermana se vea casada con un hombre tan horrible.

Al final, no tengo que hacer nada para rechazar las atenciones de lord Price, ya que mi padre me informa a primera hora de la mañana que este dejará de pretenderme, porque ha hablado con su padre, para que entrara en razón, y ha jugado con desheredarlo, si da un paso más conmigo.

—Es usted despreciable —le digo a mi padre—. Nadie lo obligó a casarse con su amante.

—Esa boca, Malory. No olvides que no eres una muerta de hambre gracias a mí.

—Es mi padre…

—Eso decía tu madre, pero bien puede ser otro.

Siento sus palabras como un golpe fuerte en el pecho, que me deja sin aire.

—No lo dirá en serio —le indico casi sin voz.

—Bueno, a mí no te pareces —añade, y mira su libro de cuentas—. Ahora, lárgate.

Salgo de la puerta y veo a una sirvienta salir corriendo.

Espero que no haya escuchado nada. Esas acusaciones de mi padre pueden ser mi ruina. ¿Y si no es mi padre? Cuantas más cosas sé, más incógnitas se abren paso.

Juro que lo pienso descubrir todo, sea como sea.

—¡No! ¡No pienso aceptarlo!

Salgo de mi cuarto alertada por los gritos de mi hermana Masie. Voy hasta la escalera y veo a mi madrastra y mi padre tratando de cogerla.

—No quiero ser la esposa de ese hombre. La temporada no ha terminado.

—Tu hermana ha aceptado casarse con un barón. Entre sus pretendientes no había nadie con mejor título, pero tú tienes a un vizconde…

—¡Merezco poder elegir!

—Hija, harás lo que tu madre diga.

—Antes me corto las venas.

Sube las escaleras y, cuando me mira, veo la determinación en sus ojos.

No puedo perderla.

No pueden hacer algo así.

La sigo a su cuarto y la veo preparar una maleta.

—¿Qué haces?

—No pienso casarme con ese hombre. No quiero eso.

—No puedes irte de casa. No lo aceptes, pero diles que lo pensarás, y mientras pensamos un plan. Si hace falta, nos fugamos a las Américas. —Se ríe y con las lágrimas queda raro—. Vamos a ganar tiempo.

—Vale, les diré que quiero meditarlo, y pensamos algo juntas.

Asiente y salgo del cuarto.

Miro la hora que es y me visto para irme a casa de lord Price.

Sé que es un descaro, pero tengo que hablar con él. Ahora mismo lo que piensen de mí no me importa. Solo quiero salvar a mi hermana.

—El señor no puede atenderla —me informa el mayordomo sin dejarme pasar.

—¿A quién no puedo atender? —La puerta se abre del todo y aparece lord Price—. Señorita Malory, ¿qué hace aquí? Y sola.

—Solo quería decirle que entiendo que haya rechazado pretenderme, pero a mi hermana Masie la van a obligar a casarse con un viejo decrépito… Lord Arnold. —Su gesto se contrae—. ¿Es muy mala la cosa?

—Se rumorea que ese hombre pudo haber matado a sus anteriores mujeres, por no darle un heredero. ¿Por qué quería que supiera esto?

—Porque le he visto mirarla, y hay personas que se pasan toda la vida buscando algo sumamente parecido a lo que ya tenéis. Vosotros habéis encontrado una conexión que va más allá de toda lógica. —No lo niega—. Si yo soy el problema, me iré. Me alejaré de todo, con tal de que ella sea feliz.

Lord Price me mira y veo cómo su gesto se endurece.

—Regrese a casa, señorita Malory. Pensaré en algo. Es hora de que mi padre deje de dominar mi vida.

Asiento y me marcho de vuelta a casa, sabiendo que, si me lo hubiera pedido, habría desaparecido de Londres por mi hermana. Aunque eso me impidiera poder hacer honor a los deseos de mi madre.

## Adler

—No me puedo creer que fuera capaz de ir sola y pedirte algo así. ¿Acaso no le importa lo que la gente pueda decir de ella?

Estamos en mi casa, lord Price ha venido a contarme la última de Malory.

Le sirvo una copa, mientras asimilo la información.

—Me dijo que se haría a un lado. Creo que solo pensaba en su hermana.

—¡Está loca!

—Bueno, creo que estaba preocupada por esa boda horrible. No sé cómo su madre puede considerar la idea de casar a la dulce Masie con ese déspota sin corazón.

—Puedes pretenderla, y se acaban sus problemas.

—Ya, pero Masie sigue ligada a Malory. Dudo que mi padre apruebe esa boda, y yo no sé si quiero casarme. Apenas conozco a la señorita Masie. Sí, es preciosa, e inteligente, pero… ¿es suficiente eso para hacerla mi esposa?

—Tú mismo. No seré yo quien te diga qué tienes que hacer.

—A ver qué tal todo en la fiesta de máscaras.

Asiento distraído y seguimos con otros temas de conversación, mientras yo no soy capaz de pensar en algo que no sea Malory, y en todos los problemas en los que se mete.

# Capítulo 21

## Malory

Mi padre ha aceptado que Masie se tome un tiempo para pensar en la propuesta de matrimonio, y, como lord Price ha dejado de pretenderme, parece que las aguas se han calmado por casa.

Masie está más tranquila, mientras que Opal ha aceptado a un señor que le triplica la edad como prometido, para ser una baronesa.

Hemos hablado con ella, pero no hace caso. Ella y mi madrastra están felices por este enlace. Es como si conseguir un buen título, fuera mejor que todo lo demás.

Esta noche tenemos un baile de máscaras, y he elegido un vestido en tonos azul plateado, y un antifaz a juego.

No está a la altura de los preciosos vestidos de mis hermanas y de mi madrastra, pero es el más bonito que tengo. Lo reservaba para un momento especial.

Al bajar, mi madrastra pone mala cara por mi vestido.

—Pareces una mendiga…

—Si en vez de comprar vestidos solo para sus hijas, hubiera pensado en mí, tal vez no lo parecería.

Me cruza la cara.

—Cuida tu boca o hago que tu padre te mande lejos.

Se marcha hasta el carruaje, mientras yo me trago las lágrimas.

Opal la sigue, y Masie me mira con los ojos muy abiertos.

Su madre nunca me había pegado.

Debí refrenar mi boca, pero odio que me hagan sentir de menos, cuando ella tiene la culpa de todo esto.

Masie se quita el broche y me lo pone en el corpiño.

—Estás preciosa, Malory. Te pongas lo que te pongas, eres hermosa, que nadie te haga creer lo contrario.

Pone su diadema en mi pelo oscuro y luego anda hasta el carruaje.

Su gesto me ha conmovido, y que siga a mi lado, a pesar de todo.

Al entrar al coche, mi madrastra mira lo que ha hecho su hija.

—Ni una palabra madre o le juro que me largo de casa, y evita conseguir un buen partido para sus dos gemelas.

Mi madrastra abre la boca impactada, por la fuerza que ha transmitido Masie.

No dice nada, porque está tan sorprendida, que tal vez tema que salga corriendo.

Masie coge mi mano.

Pienso disfrutar de esta noche, ya que, por un momento, gracias a la máscara, nadie sabrá quién soy. Nadie mirará de dónde vengo. Solo

será un baile, donde todos traten de escapar de quien son, por un momento.

Al llegar, mi madrastra se va con sus hijas casi corriendo, como si temiera que alguien nos descubriera juntas.

Lo mejor es pasar de ella y disfrutar de esta noche.

Me pongo la máscara y entro en la mansión, donde se hace la fiesta.

Los sirvientes me indican donde está el salón de baile.

Todo está decorado con el mínimo detalle, con flores y telas de colores fuertes. Parece que esté en el paraíso.

Entro, y me encuentro unas preciosas escaleras.

Tomo aire y miro al resto de la gente bailar, y hablar, como si nadie tuviera que guardar las apariencias.

Oteo a los invitados y mi mirada se centra en un hombre, que va todo de negro, con una máscara del mismo color, que mira hacia mí.

Por cómo late mi corazón, sé que ese caballero es Adler.

Llega hasta el pie de las escaleras, esquivando a la gente y me tiende la mano.

Dudo un instante, antes de bajar hasta él, tras cogerme las faldas.

Cuando estoy a su altura, me pierdo en sus ojos bicolores, sabiendo que esta noche nadie estará pendiente de mí. Ni de cómo lo miro.

—Hoy no tiene que guardar las apariencias.

—No pienso hacerlo más, si es lo que la preocupa.

—No entiendo qué quiere decir.

—Ya lo entenderá. ¿Bailamos?

Dudo solo un instante, pero luego me dejo llevar, y acepto su mano.

Termino de bajar los escalones que me restan, y andamos hasta la pista de baile.

Pone sus fuertes en manos en mi cintura, y yo las mías las dejo caer sobre su cuello.

Estos bailes no son nada decorosos. Ni decentes, y, aún menos, cuando me acerca a él, y nos movemos al son de la música, sin importar las apariencias.

El resto de la gente hace lo mismo.

Siento que son todos unos hipócritas, por hacer esto solo cuando una máscara oculta su identidad.

Giramos por la pista de baile, y me siento radiante entre sus brazos.

Por primera vez, la gente no me mira, no murmura… No me repudia, porque se supone que es eso lo que deben hacer conmigo.

Por primera vez, estoy en un baile donde soy una más.

Me pierdo en Adler. Está tan apuesto, que duele mirarlo. Sus ojos, con esa máscara negra, parecen más ardientes que nunca.

Mi respiración se me acelera con cada giro y mi piel vibra por su contacto.

Me doy cuenta de que, por primera vez, perdida en él, sin pensar en

nada, soy feliz ante esta gente.

—Me encanta verla sonreír —murmura Adler en mi oído, y luego me besa levemente.

—No creo que eso sea lo correcto…

Acaricia mi espalda y mi cuerpo responde a él, pero esto hace que recuerde que no es mi pretendiente.

—Nadie está mirando. Están más preocupados en poder ser ellos mismos, por una vez en la temporada —añade—. Son un atajo de hipócritas.

—Yo pensaba lo mismo —sonríe de medio lado—, pero usted también lo es, porque antes no bailaba abiertamente conmigo.

Su mirada se endurece.

La música se acaba y me separo de él.

Al poco, un hombre me pide un baile, y, cuando giro danzando, veo a Adler mirarnos con frialdad. Es como cuando peleaba.

Es mejor así. No debo olvidar que, como el resto, solo me busca cuando nadie sabe quién soy. Sobre todo, porque, por un segundo, me permití pensar que Adler era mi pretendiente, y tenía el derecho de soñar con ello.

Lo elegiría a él, por encima de todos los presentes, pero Adler elige el título, y sus responsabilidades, por encima de todo lo demás.

Es mejor no olvidarlo, por mucho que esta noche, sacada de un cuento, me confunda.

Nada de esto es real.

Lo tengo claro, cuando bailo con varios hombres, y parecen disfrutar de mi compañía.

Nunca he bailado tanto, pero esta noche no ocultan su deseo de tenerme cerca.

Todo va bien, hasta que uno de ellos me atrae hacia su cuerpo, y no puedo soltarme.

—Me hace daño —le indico, pero solo sonríe, y trata de besarme.

Al poco, es apartado de mí con facilidad.

Adler lo mira con rabia y sé que le partiría la cara, pero no es lugar.

—No aquí —le digo, cogiendo su mano, y el hombre aprovecha para salir corriendo.

—Es un cerdo —lo insulta.

—Y usted debería dejar de fingir que le importo más allá de la promesa.

—Ellos saben quién es, señorita Malory —me dice cuando nos alejamos—. Más de uno solo piensa en mancillar su nombre, para hacerla su amante.

—Como usted.

—Si eso piensa de mí…

—¿Y qué quiere que piense?

Masie tira de mi mano y me aleja de Adler.

—Van a empezar los fuegos artificiales —me informa muy feliz, y me centro en ella, porque pensar en Adler me hace más daño.

—¿Y esa sonrisa?

—He estado todo el tiempo con lord Price… Es increíble, Malory. ¿Crees que existe alguna posibilidad de que me pretenda?

—Ojalá.

Me abraza con cariño y nos quedamos juntas, viendo cómo los fuegos artificiales llenan el cielo de colores.

Al poco, siento una mano en mi cintura y sé que se trata de Adler.

—No la quiero como mi amante —me susurra en el oído.

Sus palabras me hacen sonreír, mientras disfruto del calor de su mano, y de este espectáculo de color.

Me giro, para mirar a Adler, y su mirada es ardiente.

Mi corazón late acelerado y sé que este hombre se ha colado bajo mi piel, desde el primer segundo que lo vi.

Coge mi mano, y lo sigo, como una polilla atraída por la luz.

Giramos hasta una zona donde no hay nadie, y toma mi boca para besarme.

—Confíe en mí —me pide, antes de morder mis labios.

Enredo mis manos en su pelo negro y tiro de él, cuando su lengua entra en mi boca, y la asalta, como si le perteneciera.

Quiero confiar en él, pero no sé qué me pide. Qué desea de mí o dónde nos lleva esto.

Solo sé que no soy capaz de pensar con claridad cuando me besa.

Baja su boca por mi cuello, y me besa donde late con fuerza mi vena.

—Joder, Malory… No puedo seguir… —Se aparta y me besa con ternura la punta la nariz—. Confía en mí.

Asiento y se marcha.

Regreso al baile, justo cuando toca el momento de descubrirse el rostro.

Lo hago, como el resto, tras la cuenta atrás, y mi mirada va hacia Adler.

Espero que venga, que se me acerque, y que no huya de mí, ahora que todos pueden ver su interés.

Lo espero con el corazón latiendo con fuerza y los labios sonrojados por nuestros besos.

No lo hace.

Se da la vuelta y se aleja. Como el resto, que me miran, pero no se me acercan.

Ahora que todos saben quién soy, vuelvo a ser esa mujer con la que nadie quiere juntarse, y duele.

Confiaba en Adler, pero no esperaba su rechazo, al caer las

máscaras.

Cuando regresamos a la casa, mi madrastra pregunta a sus hijas por la velada.

Una vez más, yo no le intereso.

Subo a mi dormitorio, con la esperanza de que al día siguiente Adler dé un paso más.

Pero, a pesar de despertarme temprano, para vigilar quién llama a la puerta, nadie trae flores para mí.

Adler me pide que confíe en él, sin saber qué esperar.

Tengo miedo de que yo espere algo honrado, y él me lleve de cabeza a mi deshonra.

# Capítulo 22

## Malory

Bajo las escaleras para ir al baile.

Ya casi no se nota mi herida de la frente, y, si quiero conocer a mi futuro marido, no puedo quedarme en casa, a pesar de los consejos de mi madrastra de que sea así. Según ella, sin máscara se ve más la marca.

Al verme, pone mala cara, y luego se atusa la falda. Una vez más, sus vestidos son nuevos, y se nota mucho.

—Estoy lista —anuncio, fingiendo una gran sonrisa.

Mi madrastra me mira y asiente.

Escucho unos pasos, y me giro para ver quien se acerca.

Observo cómo mi padre se queda a unos metros, y me mira de una forma que me corta el aliento.

—Cuánto te pareces a ella —dice con una voz susurrada, que me da escalofríos, por cómo me mira.

No llevo un vestido de mi madre, pero está inspirado en uno que le hizo Fern, en tonos amarillos, para una de sus actuaciones.

—Esperemos que no en todo, o pronto estará en la calle con un hijo en los brazos, llorando de hambre.

—Sigo siendo virgen —indico mordaz, y, cuando me vuelvo para ver a mi padre, este ya se ha ido.

De nuevo, prefiere no acompañarnos.

Entramos al carruaje y Masie coge mi mano con cariño.

Mi madre observa el gesto con desagrado. Se nota que no le gusta que tengamos este tipo de acercamiento. Es peor, cuando bajamos del carruaje, porque coge del brazo a sus hijas, dejándome atrás.

Entramos a la casa y saludamos a los encargados del evento.

Como era de esperar, me miran con desagrado, y la cosa no mejora, cuando entro al salón de baile.

Me quedo en la puerta, sintiendo deseos de salir corriendo. Siento la necesidad de gritar por tamaña injusticia.

No lo hago, pero sonrío como si fuera la mismísima reina, y entro con la cabeza alta y los hombros erguidos.

El otro día, en el baile de máscaras, por un segundo, supe lo que sería ser una más entre esta gente.

Hoy, todo ha vuelto a la normalidad.

No pienso dejar que nadie vea cómo me muero por dentro.

Veo a Adler a lo lejos con su madre, y una joven señorita.

Él me observa fijamente y seguro que se da cuenta del dolor que refleja mi mirada, por ver que es como el resto.

Por eso, aparto la mirada, no queriéndole dar el placer de notar que me importa.

No merece lo que siento.

La cosa no mejora cuando entro al escusado y una señora coge a su hija, y se marchan, como si yo trajera la peste.

Me remojo el cuello y trato de que todo esto no me afecte.

—Es lo que se merece una mujer de tu clase —dice una señora, saliendo de las sombras—. Tu madre era la puta de Londres, y tú irás por su mismo camino.

—Mi madre no era una prostituta. Era una artista.

—Eso sobre el escenario, pero, por detrás, era la amante de más de un hombre, que está aquí. Nadie puede cambiar su pasado, por mucho que lo intente.

Se marcha y me quedo temblando por sus palabras.

Aunque lo sabía, duele igual.

Tomo aire y salgo hacia la sala de baile.

Cuando llego, los primeros acordes del vals suenan, y veo cómo varios hombres me miran con lascivia.

—Si me lo permite… —Lord Edwards se pone ante mí, y me tiende su mano.

—Esto solo lastimará su imagen, y ya ha dejado claro lo mucho que le importa.

—Le repito, que confíe en mí, señorita Malory. —Su mirada es tan letal, que me da escalofríos.

A pesar de eso, siento que puedo confiar en él.

Cojo su mano, mientras noto cómo mi cuerpo tiembla, pero no por la rabia o la impotencia. Tiembla por él. Por lo que siento, desde que nuestras miradas se cruzaron la primera vez.

Andamos hasta la zona de baile.

Pone su mano en mi cintura.

Casi no me toca, pero su contacto hace que me quede sin aliento.

Mi mano se apoya en su torso y la otra sobre su mano.

Empezamos a danzar con el resto de las personas, que están más preocupadas en mirarnos, que en seguir sus pasos.

Veo por el rabillo del ojo como una pareja se tropieza y tira a otra.

Los veo difuminarse, mientras me centro solo en Adler. En su mirada dulcificada, cuando me mira. En su pelo negro. En lo atractivo que es.

La música, las flores… Él hace que, por un segundo, me sienta como una preciosa debutante, que disfruta de su primera temporada, sin que nadie empañe este momento.

Cuando acabamos, nos quedamos mirándonos sin aliento, hasta que lord Edwards se marcha, y me quedo asimilando lo que acaba de pasar.

—Parece que le gustas —me dice mi hermana.

—Ya no sé qué creer.

Veo a lord Edwards hablar con una joven que posee no solo belleza, sino una cuantiosa dote, y noto como si alguien me estrujara el pecho.

—Bueno, como sea, al menos has disfrutado de un baile con él. —Masie sonríe, hasta que alguien pasa por nuestro lado, y pone cara de acelga—. Odio esto.

—Estoy bien. —Aprieto su mano y no se me pasa desapercibido cómo su madre la aparta a propósito de mí.

Sonreír cada vez me cuesta más, y, por eso, decido salir un poco a tomar el aire.

—Se rumorea que la joven podría no ser casta y pura —murmura una mujer, y, cuando me ve, bufa y se marcha.

No hace falta ser muy listo para saber que hablaban de mí.

—Le diría que no les haga caso, pero están centrados en destruirla como sea. —Adler se pone a mi lado.

—Solo tengo que sonreír. Está todo controlado.

—Si eso piensa usted. —Su voz es dura.

—Es mi problema.

—No, no lo es.

Lo miro, y voy a decir algo, pero nos observan como estuviéramos haciendo algo indecente.

Entro en la sala y me marcho derecha al carruaje, porque por hoy no soporto más fingir una falsa sonrisa, que les haga creer a todos que sus palabras no dañan lo mismo que cortes afilados en mi piel.

La diferencia es que, con ellas, no se ve cómo la sangre se derrama por mi piel. Ni cómo sangra mi corazón.

## Adler

La ciudad duerme, mientras yo paseo entre las sombras para hacer mi cometido.

Todo va bien, hasta que nos vemos asaltados, y tengo que recurrir a los puños.

—¿Alguien más osa ir contra mí?

Me miran y se marchan.

Tengo cortes en las manos. Tendré que usar guantes, porque esto no es digno de un conde.

Pienso en qué pensaría Malory, si viera la clase de persona que soy en realidad. Por un momento, no me siento digno de tocarla, ni de estar a su lado.

# Capítulo 23

## Malory

No he podido dormir en toda la noche. Por eso, bajo temprano a desayunar y veo los ramos que han llegado.

Ninguno es para mí, y hay un par más, que es de los pretendientes de mis hermanas.

Masie, al ver que es de su pretendiente, lo manda tirar, asqueada.

—Solo de pensar en que me toque, siento ganas de vomitar —dice.

Luego va hacia la mesa y coge el periódico.

Su cara horrorizada hace que me acerque para ver qué pasa.

—Creo que es mejor que no lo leas —indica, pero le quito el periódico.

Busco que pone de mí esta vez y, cuando leo, me tiemblan las manos:

> Se rumorea que la señorita M. podría no ser una hija legítima, ya que, como todo Londres sabe, su madre era una reputada actriz, pero, a su vez, la amante de muchos. Me pregunto quién será tan valiente de casarse con una mujer que bien podría seguir los pasos de su progenitora.

—Aunque le pese a mi padre, soy su hija. Tengo la marca de nacimiento de la familia. —Dudé solo un segundo de ello, hasta que recordé esto—. Quien ha dicho esto, solo quiere desprestigiarme.

Tanto yo, como mis hermanos, tenemos una marca de nacimiento que, al parecer, es hereditaria.

La tiene mi padre en el codo, y mi abuela también la tenía. Ahora nosotros.

Aunque le moleste, soy una hija legítima, y de eso no hay duda, le pese a quien le pese.

—Solo quiere quitarse la competencia —añade Masie—. Cada vez se ponen las cosas más complicadas, Malory. ¿Qué vas a hacer?

—No está todo perdido. Alguien por estos lares debe no creer esta sarta de mentiras.

Masie asiente, no muy convencida.

Las cosas no mejoran cuando le avisan que su odioso pretendiente la espera para dar un paseo, y su madre ya ha aceptado por ella.

Su cara de horror me hace insistir en acompañarlos, pero su futuro prometido lo descarta, dejando claro que no quiere que me vean con ellos.

Cuando Masie regresa, se encierra en su cuarto, y no sale ni deja entrar a nadie.

Yo tampoco tengo mucho humor, y me paso casi todo el día en mi dormitorio. desanimada. Quiero creer que no está todo perdido, pero este nuevo ataque hacia mí ha hundido casi todas las posibilidades que podía tener por conseguir un matrimonio decente.

Me aterra que mi padre me case con el primer postor, sin que pueda elegir, y esto haga mi vida un infierno.

Estoy aterrada.

Por eso, cuando escucho la puerta del balcón abrirse, asustada lanzo un jarrón hacia allí.

Adler lo esquiva y me mira divertido.

—Bueno, al menos no tiene por costumbre dejar pasar a nadie.

—¡Por supuesto que no! ¡Por quién me toma!

—Era una broma. —Va hacia la puerta, y la abre un poco, para ver si alguien se ha alertado por el ruido del jarrón, al romperse—. Nadie se acerca. Mejor. Vístase. Nos vamos.

—¿Adónde?

—A una fiesta —responde con una fiera mirada—. Pensé que le gustaría una noche de fiesta, tras lo que han publicado en los periódicos.

—Soy su hija. Es una de las pocas cosas que tengo claras en mi vida. —Le enseño la marca en el hombro, y Adler asiente al verla—. Mi padre tiene la misma marca.

—No tenía dudas, pero alguien debe odiarla mucho. O, mejor dicho, a su madre.

Agacho la mirada.

—Aún hay esperanza, pero, si me marcho con usted y me pillan…

—Confíe en mí, Malory. Ahora, vístase con ropas oscuras o llegaremos tarde.

Lo pienso, cuando se gira. Si nos descubren, será mi ruina, pero dudo que de quedarme, alguien no inventará algo de mí que empeore las cosas. Además, quiero confiar en Adler. En que él cuidará de mí.

Busco un vestido azul marino y me lo pongo tras en biombo, antes de coger mi capa oscura.

—Ya estoy.

Me mira y va hacia la puerta del balcón.

Lo sigo.

Bajo por la enredadera, con mucho cuidado, y haciendo caso de sus indicaciones.

Cuando llego abajo, me quedo entre sus brazos. Centra su mirada en mi boca y quiero que me bese, que devore mi boca. Mi cuerpo vibra por su contacto, a la espera de que acorte aún más la distancia que nos separa.

—No hay tiempo. —Aunque se aparta, antes de coger mi mano para que lo siga, me deja una leve caricia.

Salimos del jardín, por una zona donde hay un árbol, y no llega la reja hasta ahí.

Vamos andando hasta un carruaje oscuro, que nos espera.

Sé que puedo ir de cabeza hacia mi ruina, pero ahora mismo solo

quiero confiar en él, y ser feliz.

Entramos en un carruaje sin el escudo de Adler.

Su mirada es intensa mientras el vehículo se pone en marcha.

Estoy presa de sus ojos, de él, y de lo que siento cada vez que nuestras rodillas se juntan.

Lo tengo frente a mí, y siento que no es suficiente, que esta distancia que hay entre los dos parece un abismo, mientras deseo un nuevo beso de su boca.

—Más tarde…

—No sé de qué habla.

Su boca se tuerce en una sonrisa lobuna.

—Lo sabe perfectamente.

—Ahora, ¿además de conde, lee la mente?

—Sobre todo la suya, cuando me mira así.

—¿Así, cómo? —le pregunto, mostrando una valentía que no siento.

—Como si quisieras que te devorara la boca, y te siguiera enseñando los placeres que pueden existir entre un hombre y una mujer —responde alejando cualquier formalismo.

—Eso no es cierto —susurro, mientras siento el corazón latir tan fuerte que va a salirse de mi pecho—. Esos menesteres me los enseñará mi marido.

—Confío en que lo hará. —Su mirada brilla y me molesta que dé por sentado que él no lo será.

Siento el frío de la noche instalarse en mi cuerpo. ¿Qué hago aquí?

No tengo tiempo a pensarlo mucho, porque el coche de caballos se detiene, y Adler abre la puerta para salir primero.

Me tiende una mano, y dudo un instante antes de aceptarla, para bajar.

La parte racional de mi cabeza me pide que huya, pero el corazón me pide que lo siga, sin importar nada.

Cojo su mano, sabiendo que no solo le doy esta parte de mi cuerpo, sino que le estoy entregando mi corazón.

«No me falles», implora mi alma, una y otra vez.

Tal vez, el amor sea concebido como algo como esto. Te dejas llevar a ciegas por alguien que apenas conoces, pero que deseas tener toda la vida, para descubrir todas y cada una de sus dobleces.

Siento como si acabara de saltar al vacío, y me invade el miedo, pero, a su vez, siento deseos de reír.

Cuando Adler me mira, disimulo, porque no quiero que sepa cuánto me perturba, pero soy muy consciente de nuestras manos juntas, sin guantes, y de cómo caminamos entre la gente, como si solo existiéramos los dos.

Estoy locamente enamorada de este hombre, que tal vez me condene para siempre.

Lo peor, es que empiezo a ser consciente de que el amor es como un río que fluye con fuerza hasta el océano. Es imparable, aunque hubieras querido elegir no amarlo.—Pensé que el circo ya se habría ido —le comento, cuando veo a los charlatanes vender unas cremas, y no muy lejos a los malabaristas.

—Es su última noche. Por eso, van a hacer una fiesta. Pensé que te gustaría.

Vamos hasta un hombre, que pasea por una cuerda, como si anduviera por el suelo.

Lo miro impresionada, y más cuando hace un salto.

La gente aguanta la respiración, y luego aplauden.

Adler no se separa de mi lado, mientras vemos el espectáculo.

Andamos y vemos a un hombre en una jaula de leones.

La gente contiene la respiración, mientras el hombre consigue dominarlos.

Me entristece ver un león en una jaula tan pequeña.

Seguimos caminando, y Adler coge algo para comer. No se me pasa desapercibido cómo la gente lo mira. Es como si lo respetaran.

—¿Esta noche tienes que luchar? —le pregunto mientras disfruto de la cena.

—No. Esta noche, no. Soy todo tuyo. —Me guiña un ojo descarado y seguimos andando, hasta la zona donde bailan junto al fuego.

Hay mucha más gente que el otro día. Seguro que es porque hoy es la despedida.

Una mujer tira de mí, para bailar, y me dejo llevar, tras quitarme la capa, que doy a Adler. Veo cómo la deja sobre un carro.

La mujer pone sobre mi cabeza una corona de flores, y danzamos como la otra vez.

Lo diferente, es que en cada giro busco la mirada de Adler entre la gente, y siento que esta me hace arder, más que el fuego que tengo cerca.

Cuando se me acerca, para bailar conmigo, siento como si flotara.

Tira de mí con descaro, y giramos juntos, en esta danza tan pecaminosa y descarada.

Por un segundo, mientras bailamos y nos movemos juntos, es como si sintiera por primera vez lo que es ser libre, en un mundo plagado de normas.

Sienta bien no seguirlas por unos minutos.

Noto sus manos en mi espalda. Su mirada está centrada en mi boca y quiero que me bese delante de todos. Que muerda mi boca y me lama, como otras veces.

—Joder… —susurra en mi oído—, lo pones muy difícil, lo de comportarse como un caballero. Más, cuando nunca lo he sido…

Besa mi cuello, antes de separarse.

Sostengo su mano y giro ante él. Lo hago, hasta que una mujer me coge, para que dancemos en círculo todas las mujeres, junto al fuego.

Me dejo llevar, sintiendo que Adler no pierde detalle de mí.

Cuando me vuelvo a mirarlo, veo que un hombre se le ha acercado para decirle algo. Su gesto es más duro.

Adler le comenta algo, y luego me señala. El recién llegado asiente, y se queda mirándome, mientras este se marcha.

Está claro que me ha puesto una niñera, pero no me gusta que se vaya, y me deje así.

Salgo del corro y voy hacia donde está el hombre asignado a mi vigilancia.

—¿Adónde ha ido Adler?

—Tenía que hablar con alguien. Yo soy Char, y cuidaré de usted, hasta que vuelva. —El hombre me sonríe amable.

—Me gustaría ir donde está Adler.

—Es mejor que no, y que siga disfrutando del baile.

—¿Ha ido de nuevo a pelearse?

El hombre sonríe de medio lado.

—Es posible.

—Me dijo que hoy no pelearía.

—Y no iba a hacerlo, pero ahora sí.

—Pues entonces quiero ver cómo se destroza la mano. Si no me acompaña, lo buscaré yo sola.

Sonríe y asiente.

—Me recuerda a ella.

—¿A quién?

—A su madre. Yo era amigo de su tío, y su madre siempre nos cuidaba.

—No lo sabía.

Empezamos a andar.

—Su tío y yo acogimos a Adler, cuando llegó al ejército, con un gran enfado por estar allí. No era como el resto de los aristócratas. Le enseñamos todo lo que sabíamos, para que no le metieran un tiro entre ceja y ceja. —Sonríe con cariño—. Su tío la quería, pero no siempre se puede hacer lo que se quiere en este mundo. Solo podemos conformarnos con lo que tenemos, sin alzar mucho la voz, por si alguien nos silencia para siempre.

Sus palabras me dan escalofríos y me hacen pensar en si mi padre habría llegado tan lejos, con tal de tenerme alejada de ellos de pequeña.

Lo dudo, porque mi padre es muchas cosas, pero no es un asesino.

Entramos en la gran carpa, donde la gente hace un círculo, para ver cómo Adler pelea con uno.

Adler nos ve enseguida y no pone buena cara.

Lo miro altiva, y voy donde me indica Char.

Nos ponemos cerca de Adler, que se nos aproxima, mientras se ata los puños con una tela negra.

—¿No estabas mejor bailando?

—No, me atrae más la idea de ver cómo te parten la cara.

—Me gustaría ver cómo alguien lo intenta, siquiera. No te separes de Char.

Asiento y se marcha donde le espera su contrincante.

—El hijo del dueño del circo ha querido retar a Adler a un combate —me informa Char—. Cree que tiene alguna posibilidad contra él. —Por cómo sonríe, sé que Adler será letal.

—Tal vez sorprenda a Adler.

—No lo llaman Diablo por nada, señorita.

Esta nueva revelación me hace saber que Adler es mucho más de lo que aparenta, y mucho más peligroso. A los condes que he conocido, no los veo peleando o siendo amigos de la gente de clase baja, pero Adler, de nuevo, me demuestra que hay mucho más en él de lo que se ve.

Y me encanta.

El problema es que temo que ahora mismo no podría negarle nada. Estoy seducida por todo lo que representa, hasta el punto de olvidarme de la cordura.

Espero poder detenerme a tiempo, antes de que me condene para siempre. Una mujer no tiene segundas oportunidades por aquí, y mucho menos una como yo.

# Capítulo 24

## Malory

Adler mira a su contrincante, que tiene el apoyo de casi todos los presentes, porque son componentes del circo.

El adversario es muy alto y todo músculo.

Adler no se queda atrás, pero es que el otro debe medir más de dos metros. Parece un armario, y es quien empieza a atacar.

Adler es muy rápido y lo esquiva con facilidad. Cuando da un golpe a su adversario, este se pone nervioso, y trata de golpearlo, como sea. Sin importar nada, salvo ganar. Se muestra agresivo y despiadado, pero Adler es letal.

Hasta que este saca un cuchillo y la cosa se pone fea.

Miro la escena aterrada.

Adler esquiva la afilada hoja, mientras aguanto la respiración.

Siento la vista clavada en él. Es como si así nadie pudiera hacerle daño.

Contengo la respiración cuando casi le corta.

Adler se quita las tiras de los puños y las usa para cogerle la mano, y retorcerla, hasta que le quita el cuchillo. Luego, le da un golpe tan fuerte, que cae desplomado al suelo, haciendo que este retumbe.

—No lo llaman Diablo por nada —me dice Char.

Adler es vitoreado mientras viene hacia mí.

Cuando llega a mi lado, estoy furiosa con él, pero también feliz de que esté vivo y de una pieza.

No sé qué fuerza de la naturaleza me empuja hacia él, pero mi boca acaba aplastada con la suya.

Adler se queda quieto, antes de poner su mano en mi cabeza, y besarme con un hambre voraz.

Cuando se separa, estoy jadeando.

—Nos vamos —anuncia, y mira a Char, que asiente.

Salimos de la carpa en dirección al carruaje.

Ansío estar a solas con él, porque quiero seguir perdida en sus labios un poco más.

Entramos al vehículo, y se sienta, haciendo que me acomode sobre él.

No pongo objeciones. Sobre todo, cuando coge mi cabeza con una mano, y me besa de nuevo. Esta vez, sin que nadie pueda observarnos.

Estamos medio a oscuras, porque las cortinas del carruaje están echadas.

Aquí nadie nos puede molestar.

La música se cuela por la puerta, pero yo solo puedo escuchar los

latidos de mi corazón, mientras me besa.

—Eres una ninfa —me dice, tocando las flores de mi pelo.

Muerde mi labio, antes de lamerlo, y mete su lengua dentro de mi boca. Pone su mano en mi trasero, y me acerca a él, haciendo que sea plenamente consciente de su dureza.

Noto que esto hace aletear las paredes de mi sexo.

Me muevo contra él y gruñe en mi boca, mientras la devora hambriento.

Tira de las cintas de mi vestido por delante y noto cómo la prenda deja de aprisionar mis senos, para dejarlos libres para él.

Su boca está en mi cuello y miro cómo la poca luz que entra baña de anaranjado mis duros pezones, cuando aparta la camisa.

Los toca con sus callosas manos.

Echo la cabeza hacia atrás, y gimo tan fuerte, que temo que alguien pueda escucharnos.

Saca la lengua y lame mis pezones.

Veo cómo estos brillan, antes de que se meta uno entero en la boca, y lo succiona con fuerza.

Enredo las manos en su pelo, y tiro de este, mientras me remuevo sobre sus piernas, haciendo que mi trasero golpee su duro miembro.

Su boca va de un pezón a otro, mientras su mano se cuela bajo mi vestido, y sube por el interior de mis muslos.

Noto cómo se acerca a mi sexo y cómo deja la mano a escasos centímetros.

Me muevo para que me toque.

—Tranquila…, pienso darte mucho placer. —Muerde mi pezón levemente y me gusta.

Lo hace de nuevo y, por fin, su mano se posa sobre mi sexo.

Doy un brinco de la impresión, al sentir sus dedos pasearse por esa zona.

—Joder, tan mojada… Podría meterte la polla hasta el fondo, y no sentirías dolor…

Quiero que lo haga, quiero que me penetre con fuerza…

Quiero todo de él.

Me da igual perderme para siempre.

Mete sus dedos dentro y noto cómo mi cuerpo se abre a su invasión. Cómo late en torno a sus dedos.

—Tan apretada… Me vuelves loco. —Saca los dedos y los introduce más hondo—. ¿Te gusta, pequeña?

Asiento, presa de esta nube de pasión, que hace que no desee nada en el mundo, salvo que no se detenga nunca.

Saca los dedos y los mete más adentro, mientras su boca sigue lamiendo, y succionando mis pezones.

La imagen de él dando placer a mis senos, mientras su morena

mano se pierde entre mis piernas, me hace arder.

Coge mi mano y la lleva a mi sexo.

—Tócate —me pide, y me enseña cómo hacerlo. Pronto aprendo y hago círculos sobre una zona abultada, que aumenta el placer de todo —. Ahora quiero que te lamas los dedos, y pruebes tu sabor.

Su orden me excita y hago lo que me dice.

Ve cómo los lamo, y gruñe antes de besarme, para lamer mi sabor en mis labios.

Mete más adentro los dedos. Los saca y los vuelve a meter, mientras un dedo se posa en la zona que yo acaricié antes. Su otra mano tira de mis pezones, al mismo tiempo que me besa con urgencia.

—Te quiero desnuda en mi cama…, y te tendré. Pienso lamer cada centímetro de tu cuerpo. ¿Te gustaría? —Mete hasta el fondo los dedos.

—Sí, te quiero dentro. —Apoya su frente en la mía.

—No hoy. Hoy solo puedo darte esto.

Saca los dedos y los mete con fuera, al mismo tiempo que me alza y lleva sus senos a su boca. Me retuerzo de placer, mientras entra y salen de mis sus dedos.

—Ahora quiero que te dejes llevar, que te corras con fuerza sobre mis dedos.

Aumenta las embestidas y yo me dejo llevar, como me ha dicho, sintiendo de golpe que me rompo en cientos de pedazos, para luego caer a sus brazos.

Nunca he sentido nada ni remotamente parecido.

Saca los dedos de mi sexo y los lame, ante mi atenta mirada.

—Deliciosa, y esto es solo el principio.

Recoloca mi ropa, mientras me voy enfriando y asimilando lo que acabo de dejarle hacer con mi cuerpo, sin ser su prometida, sin que él sea mi pretendiente, y sin que hayamos hablado de ser algo más que amantes.

Cuando me da un beso en la frente y se baja del carruaje, me quedo quieta, helada y temerosa de haberme dejado llevar por su embrujo.

El frío de la noche me hace temblar, al ser consciente de lo que acabo de hacer.

No sé cuánto tiempo ha pasado, cuando Adler regresa, y me tiende una manta, al ver que tiemblo.

No se pone a mi lado y el frío se extiende cada vez más por todo mi cuerpo, mientras el carruaje nos lleva a nuestro destino. Me siento como si fuera una ramera a la que usan, para dejar tirada después, sin importar sus sentimientos.

—Hablamos pronto —me dice cuando sale del carruaje. Salgo y cuando va a tocarme me aparto—. ¿Todo bien, Malory?

—Perfectamente, lord Edwards…

—¿Quién anda ahí?

—¡Maldición! Tengo que irme. Confía en mí.

No le digo nada. Solo corro hacia la casa de donde Fern ha salido.

Entro en la cocina y esta me mira.

Yo la miro a ella y rompo a llorar.

—¿Qué has hecho, niña?

—No lo sé. —Y esa es la verdad, porque no sé a dónde nos llevará esto.

No sé si ya estoy marcada para siempre y mi destino sellado, pero no como me gustaría: en una casa decente, demostrando que puedo llegar tan lejos como sueñe, sin importar mi sangre.

## Adler

Intento concentrarme sin que el recuerdo de Malory en mis brazos me atonte la mente. No puedo cometer un solo error, si quiero que todo salga bien, y esta noche he cometido uno, y bien gordo.

Si alguien nos ha visto, arruinará todos mis planes…

# Capítulo 25

## Malory

—Me recuerdas a tu madre más de lo que me gustaría. —Fern me tiende un vaso de leche, antes de ponerse tras de mí, para desenredarme las flores del pelo.

—¿Por qué te da miedo?

—Tu madre se enamoró de un conde muy apuesto. Ese conde le prometió que se iría con ella lejos de todo. Ella era joven, y apenas estaba triunfando en el teatro. Se dejó llevar por él, hasta que la mancilló.

Noto cómo me recorre un escalofrío.

—¿Y qué pasó luego?

—Que el conde no hizo nada por ella. Siguió con su vida como si nada, y todas sus promesas cayeron en saco roto. Tu madre decidió que se arrepentiría, y tuvo un amante tras otro, porque veía en sus ojos cómo odiaba que otros la tocaran.

—Empiezo a entender que sus sueños de ser una más entre ellos, era también para que él rabiara por verla tan cerca y tan lejos.

—Sí, ella quería destrozar el corazón del conde, pero, a su vez, no podía resistirse a él.

Deja de peinarme y entiendo que se refiere a que, aunque lo odiaba, volvieron a ser amantes.

—No voy a seguir su camino.

—Me gustaría que no, pero el amor y el deseo son muy poderosos.

Termina de arreglarme el pelo.

—Ve a la cama, niña. Mañana será otro día, pero recuerda que, si un hombre no pone un anillo en tu dedo, de ti solo quiere que te entregues sin promesas.

Noto los ojos llenos de lágrimas y, aunque Adler me ha dicho que confíe en él, ahora mismo tengo miedo de que me haya engañado, solo para conseguir más de mí.

No lo llaman Diablo por nada.

—¡¿Dónde está?! —brama mi padre y me despierta de golpe.

Me ha costado mucho dormirme, y hace poco que lo conseguí.

La puerta se abre de golpe y se estrella contra la pared de mi cuarto.

—¡Recoge tus cosas y largo de esta casa! —me grita, y tira el periódico a mis pies—. No eres más que una zorra, como lo fue tu madre.

—¡Mi madre no era una zorra, ni yo tampoco!

Se ríe de forma maquiavélica.

—Te vas a un convento. No te quiero cerca de esta familia decente. Me avergüenzo de ser tu padre.

Sale del cuarto y casi se choca con Fern.

—Haz su maleta, que la esperan para llevársela.

—La ayudo, y me marcho con ella.

—No, ya he contratado a unos hombres para que se encarguen de llevarla al convento, y no pueda escapar. Se acabó lo de humillarnos.

Escucho a Masie gritar que la dejen verme, cuando mi padre se marcha de mi cuarto.

Salgo de la cama sin comprender qué ha pasado.

Tiemblo como una hoja y miro a Fern.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer os vieron besaros en el circo, y entrar al carruaje sin acompañante.

—No puede ser…

—Ya da igual, los periódicos han sentenciado tu ruina y tu conde no está aquí.

Empieza a hacer la maleta, mientras yo asimilo que Adler me haya usado, para abandonarme a mi suerte.

Cada minuto que pasa, mi corazón se rompe un poco más.

Él lo debe saber. Todo Londres lo debe saber. Muchos lo estarán celebrando, porque esperaban esto. Con seguridad, dirán, mientras toman el té, que soy como mi madre, y que nadie puede cambiar de dónde viene uno.

Tomo aire, mientras cojo mi maleta, y salimos por la puerta trasera de la casa.

Fern me abraza con fuerza y me dice que hará lo posible para ir a verme.

Mi padre la aparta de mí de malas maneras.

—¡No quiero irme!

—¿Y adónde irás? ¿Con tu tía para que le quites la comida a sus hijos, para dártela a ti? Espabila, Malory. Suerte que te meto en un convento, donde tendrás un techo y comida.

Sé que tiene razón, y, por eso, sigo a los hombres que me llevan hasta el carruaje, como si fuera una prisionera.

Antes de entrar, veo que algunos cotillas se han apostado en las ventanas, para ver qué pasa.

Ninguno de ellos es Adler y saberlo duele demasiado.

Hasta el último segundo, miro para ver si Adler aparece. Me dijo que confiara en él, y lo hice. Le he entregado mi corazón y mi cuerpo.

Me cuesta respirar, porque me estoy muriendo por dentro.

Entro y ponen el carruaje en marcha con premura, como si tuvieran prisa.

Observo Londres, mientras nos alejamos.

Creí tenerlo todo controlado, pero, al final, todo se ha ido de las manos.

Lo peor, es que mientras nos alejamos, espero verlo. Que venga a buscarme, que cumpla la promesa que nunca me hizo, pero que creí leer en sus ojos.

¡Qué tonta he sido!

# Capítulo 26

## Malory

El convento no está cerca, y nos toca hacer noche en un hostal.

Intento escaparme, pero es imposible.

Las ventanas son altas y en la puerta están los dos mastodontes, que no me dejan salir. Hacen turnos para no dormirse.

A primera hora, nos ponemos marcha hacia el convento.

Estoy destrozada, y no solo por no dormir, sino al recordar lo mío con Adler. Me dejé engatusar por él, sin ninguna promesa decente.

Siempre supe que quería una heredera, pero, tonta de mí, pensé que me podría elegir a mí, por encima de todo.

Entro al carruaje, sin muchas ganas de respirar.

Tengo el corazón tan roto, que duele cada bocanada. De esto he aprendido algo, pero de nada me sirve cuando mi destino será estar recluida en un convento.

No he comido nada desde ayer. Solo he bebido algo de agua, pero no me entra bocado.

No he nacido para vivir en un convento. Esperaba que mi vida fuera otra, pero muchas mujeres son enviadas a los conventos, cuando sus padres no pueden cuidarlas. O cuando no encuentran marido.

Una mujer soltera es una carga para su familia en esta sociedad.

De golpe, escucho el rechinar de los caballos y el carruaje da una sacudida.

Me sujeto aterrada, pensando que estamos siendo atacados por vándalos.

Ya solo me faltaba eso: ser raptada.

Busco algo con lo que golpear a mi atacante. Sobre todo, cuando el carruaje se detiene y escucho como si alguien estuviera peleando.

Entonces, se hace el silencio y espero que todo haya pasado.

Cuando la puerta se abre, grito por el miedo, hasta que veo a Adler con el sol a la espalda, visiblemente preocupado, y con gesto cansado.

—Malory…, al fin te he encontrado. Vámonos de aquí. —Lo miro, sin creerme del todo que esté aquí de verdad—. Vamos, Malory. Estos dos no tardarán en despertarse, y no me apetece pelear de nuevo. —Miro su mano, y dudo un segundo, antes de aceptarla.

Tira de mí hacia fuera.

Su gesto es preocupado, cuando termino de bajar.

Mira mis ojeras y mis ojos hinchados por las lágrimas.

Acaricia mis mejillas con una ternura, que me pilla por sorpresa.

—No pude llegar antes. Dede, mi hermana, estaba mal, y hasta que se durmió y pude salir de casa… Ya era tarde. No vi los periódicos,

hasta por la tarde.

—¿Y has venido en ese carruaje a la carrera?

Char me saluda.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Te prometí que cuidaría de ti.

Lo miro, sabiendo que está aquí por una promesa, y no por mí.

El corazón se me rompe un poco más, porque, por un segundo, cuando lo vi ahí plantado, pensé que había hecho todo esto porque le importo.

—Entiendo.

—Vamos. Salgamos de este lugar. Entra al carruaje.

Char me abre la puerta, mientras Adler toma mi equipaje, y lo pone en su vehículo.

Adler no tarda en entrar y ponen el carruaje en marcha.

Saca una cesta y una manta que me tiende.

Abre la cesta y saca algo de comer.

—Come. No tienes buena cara.

—¿Y qué cara quieres que tenga? Estoy arruinada.

—Lo estarías, si yo no me hiciera cargo de todo.

—Siempre con esas, pero, a la hora de la verdad, siempre me dejas sola y no te mezclas conmigo, mientras buscas una prometida adinerada. Nunca has sido mi pretendiente formal. Ni sé lo que es recibir flores de alguien que te gusta. ¿Qué esperas que piense? Si de mí solo quieres que sea tu amante, te juro desde ya, que eso no va a pasar.

—Admito que no he hecho las cosas muy bien, pero mi idea nunca fue hacerte mi amante.

—Pero pasó, y lo comprendo. —Rechazo la comida y miro por la ventana.

—Malory, mi idea es casarme contigo —me confiesa, y el corazón se me acelera, aunque no debería, porque no confío en él—, pero antes tenía que resolver algo, que no nos dejara en la calle a todos.

—¿Y no pudiste hablarme de tus planes?

—Quería que todo estuviera cerrado, antes de hacerlo. Cuando supe que sería complicado que te casaras, empecé a pensar un plan.

—Por la promesa… Lo entiendo.

—No pareces feliz ante la noticia.

—¿Esperas que me ponga a dar saltos de alegría por casarme con alguien que apenas conozco?

—Mejor eso, que ir a un convento. Al menos, a mi lado serás libre.

—Dudo que pueda serlo. Te gusta controlarlo todo.

—En eso tienes razón, pero intentaré que seas feliz, a pesar de todo.

—¿Y la herencia que necesitas?

—¿Acaso te importa mucho que no sea un conde rico?

—A mí, no. Nunca me importó. He vivido siempre con lo justo. Es

por tu familia.

—Lo tengo todo controlado, y ahora come. Es una orden.

—Pronto empiezas a mandar.

Su mirada brilla con una intensidad que me pone los pelos de punta.

—Come y luego descansa. Tenemos un viaje largo hasta Escocia.

—¿Por qué a Escocia?

—Vamos a Gretna Green. Cuando regresemos a Londres, ya tendrás la protección de mi apellido.

—¿Y no te importa lo que dirán? Esto puede afectar a tu familia.

—No me importa, Malory. No has hecho nada malo. Son ellos los que se empeñan en no dejar el pasado atrás. —No digo nada, porque sigo sintiéndome mal por mis decisiones—. Ahora, come y descansa algo.

Pienso en discutirle, pero tengo mucha hambre de golpe.

Aunque Adler me pone nerviosa y siento que me he metido en un lío, por seguirlo sin pensar en las consecuencias, desde que ha aparecido, he vuelto a recordar cómo se respira.

## Adler

Observo a Malory dormir. Tiene mala cara, y se nota que ha estado llorando.

Cuando supe lo que pasaba, era tarde, y nadie en su casa me quiso decir dónde estaba.

La cocinera avisó a la mujer de Pet de todo, y por eso lo supe.

Dejé todo atrás, para ir tras Malory, antes de que ingresara en un convento, porque entonces, para sacarla, iba a necesitar la ayuda de su padre; y, aunque pensaba hacer que me ayudara, de una forma u otra, para mis planes es mejor no complicar las cosas más de lo que ya están.

Tenía pensado casarme con Malory, desde que vi que no iba a conseguir un esposo decente.

Así, ella conseguiría un marido y yo saldar mi promesa, pero se me ha ido un poco de las manos mientras lo organizaba todo.

No debí dejar que me besara y, con seguridad, tampoco entrar con ella en el carruaje.

En mi defensa, diré que, cuando la tengo delante, no soy capaz de pensar con claridad. Esta mujer me vuelve loco en más de un sentido.

Sé que, como esposa, va a ser complicada, difícil y, seguramente, odiaré estar casado con ella más de un día, pero, desde que pensé en esta posibilidad, la idea de no hacerla mi mujer me parecía más espantosa que todo eso.

Malory se agita en sueños y cojo su mano para que se relaje.

Lo hace, y me gusta el poder que tengo sobre ella. Es un poder que

seguro que nunca admitirá.

Odio a su padre, por todo esto. La cara de horror que tenía, cuando abrí la puerta, no se me borra de la mente.

Ella no merecía todo esto, solo por ser hija de quien es, pero esta sociedad está podrida, y, cuando alguien destaca por ser diferente, lo atacan, porque los cambios les aterran.

No soy digno de ella, pero, por Malory, sería capaz de ser mejor persona.

# Capítulo 27

## Malory

—Ya hemos llegado. —Las palabras de Adler me sacan del sueño.

Aun habiendo escuchado su voz, me despierto agitada y nerviosa.

Lo hago, hasta que acepto que estoy con él, y no yendo de cabeza al convento.

—Vamos a casarnos, que tenemos que regresar a Londres cuanto antes.

Noto la agitación en su mirada y sé que todo esto solo ha complicado su vida.

—Puedes dejarme por aquí. Buscaré trabajo de lo que sea…

—La vida no funciona así, Malory. La gente no se quitará de comer lo que tiene, para que tú no mueras de hambre. Además, piensa que, al casarte conmigo, podremos traer a casa a tu tía y tus primos. Podemos buscar algo para ellos.

—Y a Fern. Ella me ha criado como una madre. La quiero cerca.

Asiente, y sé que solo una estúpida rechazaría algo así.

Salgo de carruaje, ayudada por él, y vamos hasta la herrería, donde se celebran las bodas.

Adler recoge unas flores y me las tiende.

Mi vestido está arrugado, y tengo la cara demacrada. Nunca pensé que mi boda sería así.

Adler me levanta la cabeza, posando su mano en mi mejilla.

—Prometo que te haré feliz, a pesar de esta boda tan horrible. —Acaricia mi mejilla, y lo creo porque, al fin y al cabo, confié en él, y no ha fallado.

—Yo prometo no ponértelo muy complicado.

Se ríe y eso me hace sonreír.

—No esperaba menos.

Lo miro, mientras el hombre que oficia la boda nos casa.

Adler me guiña un ojo, cuando acepto, y pone en mi dedo un anillo precioso.

Yo otro en el suyo.

Besa mi mejilla.

—Ya habrá tiempo para besos mejores. Ahora tenemos que regresar.

Salimos y entramos en el carruaje.

Hay una cesta con comida dentro, que huele muy bien, y hace que mi estómago ruja.

El carruaje se pone en marcha, y Adler saca los alimentos, para que comamos.

—Siempre imaginé mi comida de boda de otra manera.

—Bueno, esto solo es el principio de nuestra historia juntos. De aquí, solo podemos mejorar. —Asiento porque es cierto.

Comemos y, al poco, Adler sale para conducir él mismo el carruaje.

Me acomodo en el sofá como puedo. Tengo el cuerpo entumecido por tantas horas de viaje, y necesito un largo baño.

Cierro los ojos y, cuando despierto, es noche cerrada.

El carruaje no se detiene.

Adler y Char deben de estar agotados.

Miro el anillo de casada y lo toco con los dedos, sin asimilar que todo esto sea real. Tengo miedo de que alguien me despierte, y que todo haya sido un sueño.

—Estamos en casa.

Abro los ojos, Adler me tiende una mano desde fuera del carruaje.

—En casa… Eso suena bien —digo, y acepto su mano, para salir del carruaje.

—He pedido que suban agua a tu cuarto, para un baño.

—Gracias.

Salimos hasta la casa, y la madre de Adler se acerca hasta nosotros con cara de horror.

—¿Qué es esto, Adler?

—Madre, le presento a mi condesa.

—Esto debe de tratarse de una broma. —Mi ahora suegra se ha quedado lívida, como la harina—. No puede ser, Adler. Ella no puede ser tu mujer.

—Lo es, y espero que se la trate como merece.

—No puedes obligarme a tratar con una cualquiera, que ahora se hace llamar condesa. —Mi suegra se marcha, dejando claro su descontento.

Miro a Adler, que parece enfadado.

—Lo aceptará. —Una sirviente se acerca—. Ella te mostrará tu cuarto. Yo tengo que hacer unas cosas.

—¿No vas a descansar?

—No puedo. —Se marcha y me quedo en esta casa extraña, sabiendo que no va a ser fácil ser lady Edwards.

Subo por las escaleras y me llevan a mi habitación, que es la que está al lado de la de mi marido.

Mi marido… Cómo suena eso. Estoy aterrada. No sé qué se espera de mí, porque nunca creí que un día fuera condesa. Es un título que asusta, y no sé si estaré a la altura de este.

Entro al cuarto, y me ayudan para meterme en la bañera.

En cuanto el agua caliente acaricia mi cuerpo, siento alivio por el tedioso viaje.

Miro por la ventana, pesando si podré con este nuevo giro del

destino.

Ahora toca poner a Londres a mis pies, para que nadie critique a mi familia nunca.

## Adler

Entro al despacho de mi suegro y, cuando me ve, pone cara de horror.

—No le quiero aquí.

—¿No? Vaya, yo que pensaba que me daría la enhorabuena por mi boda con su hija. —Su respiración se agita—. Su hija está ahora en mi casa. Es la nueva lady Edwards, y más le vale no ir contra ella, porque usaré todas mis influencias en destruirlo.

—¿Qué influencias tiene un muerto de hambre como usted?

Saco el cuchillo de mi bota y lo lanzo, pasando cerca de su cara.

—Puedo hacer que lo maten, y nunca nadie sabrá quién lo ha hecho. Más le vale tenerme como aliado.

Su queda pálido, cuando me acerco a él.

Abro la puerta y meten un cofre, que dejan cerca de él.

—Esto es lo que quiero que haga. Va a coger ese cofre, lleno de joyas y dinero, y se lo va a entregar a Malory, alegando que es su dote. Le dirá que su madre lo guardó para ella, y, si no lo hace… ¿Hace falta que le diga que no estará vivo para seguir respirando?

—Es usted un monstruo.

—No, lo es usted, por tratar a así a su hija, y por haber desperdiciado la dote de Malory. Lo sé todo. Sé que se casó con su madre, por demostrar que usted podía tener a la mujer más deseada de Londres, y también por el dinero de esta. Esto le pertenece a Malory. Les hará creer a todos que acepta esta boda, y que su hija contaba con una gran dote.

—Y si no, me matará.

—Yo no. No me quiero manchar las manos con alguien tan insignificante como lo es usted, querido suegro.

Salgo del despacho, sabiendo que hará todo lo que le he pedido, porque está asustado.

Voy hasta el carruaje, y nos dirigimos a los bajos fondos, para ver cómo van mis negocios aquí.

Me pregunto qué pensará Malory, si supiera con quién se ha casado en verdad.

# Capítulo 28

## Malory

A primera hora de la mañana, meten nuevos trajes para mí, acordes con mi nuevo estatus.

Me pregunto de dónde ha sacado Adler el dinero para estos menesteres.

Estoy por rechazarlo todo, cuando mi marido aparece, y me mira divertido, al ver mi cara de espanto.

—¿No te gusta la ropa, querida?

Va impecablemente vestido, con ropas oscuras. No parece que lleve varios días de viaje, durmiendo fatal.

—No nos lo podemos permitir.

—Ahora sí. Su padre mandó ayer, a última hora de la tarde, un cofre con tu dote.

—¿Mi dote?

—En verdad, era de tu madre. Todo el dinero que ella había ganado, y que estaba a la espera de que lo herederas. Tu padre lo guardó para ti, pero no dijo nada al resto, por miedo a que la gente se casara contigo por motivos equivocados.

Las sirvientas escuchan atentas, y sé que esta noticia correrá como la pólvora.

—Dejadnos a solas —pido, porque hay algo no me cuadra en esta historia.

Se marchan y mi marido entra al dormitorio, con esos andares tan silenciosos que tiene.

—¿Todo bien, querida?

—Deja de llamarme querida. Nadie puede escucharnos, y, ante mí, no tienes que fingir. —Se apoya en el escritorio y asiente—. Quiero la verdad. He aprendido lo suficiente en Londres, para saber que, de existir esa dote de la que hablas, mi padre se la habría gastado o lo habría hecho mi madrastra.

—La verdad es complicada. Quédate con lo que he dicho, y trata de ser feliz.

—No quiero un matrimonio así…

—No hay otro, Malory. Este es así.

—No quiero secretos entre los dos.

—Lo sé, pero es inevitable. Te haré feliz, pero no me pidas más. —Se acerca y me acaricia la mejilla—. Vístete. Tu madre y tus hermanas vienen de visita en una hora. Yo iré a ayudar a tu tía con sus cosas, para que se instalen aquí, y sea tu ayuda de cámara. Sé que no querrá que le regalemos nada, pero a sus hijos pienso darles una mejor vida.

—Gracias.

—No lo hago por ti…

—Vale, olvidaba que se te da muy bien cumplir tus promesas.

Toca el anillo de mi dedo.

—Todas y cada una de ellas. No lo olvides. —Se empieza a ir y, cuando abre la puerta, Fern espera tras esta—. No hace falta que te informe de que tenemos nueva cocinera.

La mujer entra y, cuando la puerta se cierra, me abraza.

—No sabes cómo me alegra que tu historia no acabara como la de tu madre. —Acacia mi cara—. Eres una condesa. Estaría orgullosa de ver lo lejos que ha llegado su niña. —Seca mis lágrimas—. Ahora toca demostrar que eres mucho mejor que todos ellos. Por ella, por ti y por todos a los que esos señoritos no miran a los ojos, porque, para ellos, no somos importantes.

Asiento, decidida a dar este paso por todos.

Fern va a mirar los vestidos que han traído. Algunos deben de retocarlos, y, por eso, manda llamar a la modista, que esperaba en el saloncito, para llevarlos y traerlos de vuelta mañana, a más tardar.

Me pongo uno, adecuado para la visita, y bajo para esperar a mi madrastra, y a mis hermanas.

Al poco de la hora acordada, llegan, y Masie corre para abrazarme.

Nos abrazamos con fuerza, ante la mirada asqueada de mi madrastra y de Opal.

—Se te ve bien, querida —me dice mi madrastra, y coge mi mano, para depositar un beso en ella, que apenas roza mi mano.

—A usted también.

Pasamos para tomar el té, y veo cómo mi madrastra mira todo de forma asqueada. Odia que yo esté aquí, y no puede ocultarlo.

—Me preguntaba si sería posible que Masie se quede conmigo, lo que queda de temporada. Tener el favor de un conde, seguro que aumenta su valor en el mercado. —Masie me mira ilusionada—. Te ofrecería lo mismo, Opal, pero tú ya has aceptado casarte, y no tiene caso hacer algo así.

Mi madrastra va a decir algo, pero ahora el título me respalda. Mi marido más. Sobre todo, cuando Adler entra por la puerta, y mi madrastra no puede más que asentir, porque no quiere estar a malas con un conde.

La gente me seguirá odiando, pero ahora soy una condesa respetable.

Tanta hipocresía me revuelve las tripas y me dan ganas de vomitar.

No lo hago, porque hago esto por mi hermana, porque quiero que pueda elegir.

—Las invitaríamos a comer, pero estamos un poco liados hoy. —Mi madrastra asiente, ante las palabras de mi marido—. Otro día os

enviaremos la invitación. Querida Masie, le preparamos su cuarto, para que se instale cuanto antes.

—Gracias.

Masie me mira feliz y, cuando se marcha con las demás, veo cómo sonríe, a pesar del enfado que tiene mi madrastra, que ya fuera de la casa no lo puede ocultar.

—Tal vez debí consultarte antes lo de Masie…

—Es tu casa, Malory. Entiendo que quieras protegerla. —Acaricia mi mejilla y nos miramos con intensidad.

Desde que nos hemos casado, no me ha tocado de forma más íntima, y deseo su boca como nada.

—Es mejor que me marche. —Acaricia mi labio con el dedo—. Esta noche serás solo mía. —Mi sexo se contrae y lo veo alejarse—. En la cocina hay alguien que se muere por felicitarte por tu boda.

Se marcha y yo salgo corriendo hasta la cocina.

Al llegar, encuentro a mis primos y a mi tía comiendo algo.

Al verme, se levantan y me abrazan con fuerza.

Mi vida ha cambiado, pero la de ellos también. Al fin pueden tener un futuro mejor, y estoy muy feliz por ello.

—Adler me ha dicho que puedo no trabajar —me dice mi tía, cuando me siento con ellos a comer algo—, pero no quiero que me regalen nada, solo por una promesa a mi marido. Prefiero ayudar en la casa.

—Podrías ser el ama de llaves o mi dama de compañía, como tenía pensado Adler. Lo que quieras —dice una joven de pelo oscuro, muy bonita, que entra en la cocina—. Soy Dede, tu nueva cuñada. —Se acerca a nosotros y me levanto para conocerla—. Me alegra mucho que mi hermano se haya casado con quien deseaba, y no con alguien, solo por su dote.

—Qué sabrás tú, mocosa —añade mi suegra—. Malory tenía una cuantiosa dote escondida. Seguro que Adler lo sabía y, por eso, se ha casado con ella. No necesito a nadie como ama de llaves…

—Siento contrariarla, suegra, pero ahora yo soy la señora de la casa, y me encantaría que mi tía, una persona de confianza, ocupara ese papel.

—Pequeña mocosa entrometida… —Mi suegra se marcha.

Expulso el aire, que estaba conteniendo en los pulmones.

—Se te da bien esto de ser condesa —apunta Dede, que se acerca a mis primos—. ¿Queréis ver algo increíble?

—¡Sí! —gritan, y la siguen.

—¿Creéis que me he pasado con mi suegra? —les pregunto a Fern y mi tía.

—Creemos que le has dejado claro quién manda aquí, ahora, y no será ni la primera ni la última vez que debas intimidar con el poder

que te da ahora tu título —añade Fern.

—Estoy aterrada —les reconozco—. No sé si sabré ser lo que se espera de mí.

—Nosotras te ayudaremos. No estarás sola —dice mi tía—. Ahora, como ama de llaves, puedo controlar todo y ayudarte. Como dama de compañía, habría sido más complicado.

Las miro y sonrío, para que no noten mi estado de nervios.

La modista vuelve a venir por la tarde, para tomarme más medidas, y me ofrece ir a su tienda, para poder elegir telas, y ver sus vestidos.

Acepto, mientras espero que mi hermana venga de una vez.

Llega casi a la hora de la cena, con mala cara, y me abraza.

—Siento no haber podido llegar antes, pero padre me ha dicho que si salía de esa casa, me quitaba la dote.

En estos momentos, odio a mi padre.

—¿Y qué ha pasado?

—Que, tras pensarlo, he recogido mis cosas y me he marchado, porque, si tener la dote es acabar casada con un hombre horrible, prefiero ser soltera toda mi vida, a tu lado.

—No te vas a quedar sin dote. Yo me encargaré de todo.

—Me da igual, Malory. Por primera vez, desde que hemos llegado a Londres, me siento libre de poder elegir, y no tengo miedo. Lo mismo hasta encuentro el amor.

Veo la felicidad en sus ojos, y vamos juntas a su dormitorio.

Lo he mandado adecentar para ella, y está cerca del de Dede.

El de mi suegra está lo más alejado de nosotras, y es casi mejor. Siento que esa mujer va a ser una pesadilla.

—Masie, te presento a mi cuñada Dede —le digo, cuando entra para conocerla.

Se ponen a hablar y las dejo juntas, conociéndose la una a la otra.

Voy hasta el salón donde será la cena, pensando en que a veces, para poder ser libres, nos toca renunciar a todo, porque no tenemos el poder de decir no, en esta sociedad tan encorsetada.

# Capítulo 29

## Adler

Llego más tarde a casa de lo que esperaba y estoy agotado, aunque no he dejado que nadie viera el cansancio que siento.

Entro en mi dormitorio y veo a Malory dormida de mala manera en el sofá, con la cabeza apoyada en un cojín. El libro que estaba leyendo ha caído al suelo y, por su gesto, parece que lleva un buen rato dormida.

Que me haya querido esperar despierta, me conmueve, y remueve algo dentro de mí.

El problema es que no será la primera vez que llegue tarde, y no sé cómo se tomará esto.

La cojo en brazos y, aunque protesta, no se termina de despertar.

Pienso en llevarla a su cama, pero al final abro la colcha, y la dejo en la mía, donde se acomoda enseguida, para seguir durmiendo.

Nada de esto estaba planeado cuando regresé a Londres y la conocí, pero ahora no la imagino en otro lugar, que no sea conmigo.

Me quito la ropa antes de entrar en la cama.

Cuando entro, Malory protesta y luego se acurruca a mi lado.

El deseo que siento por ella se dispara, pero ahora no es el momento. Necesito descansar, y ella también. Ha sido un día duro.

La acerco a mí y disfruto del simple placer de tenerla entre mis brazos.

No entiendo cómo algo tan simple, puede hacerme sentir de golpe tan vivo.

Cierro los ojos y tomo aire, sintiendo que, con ella a mi lado, esta noche las pesadillas volarán lejos de mí.

# Capítulo 30

## Malory

Me despierto con un beso en el cuello.

Cuando me giro, veo a Adler sonreír, iluminado por los primeros rayos del sol.

—Ya era hora de que te despertaras. —Sonríe de forma lobuna y me besa en la boca.

Su beso me termina de despertar de golpe, mientras siento cómo mi cuerpo reacciona a él, y al hecho de que estamos en una cama, solos. Además, es mi esposo. Ya nadie puede impedir que nos dejemos llevar. Ya no importa lo que hagamos.

Se coloca entras mis piernas y noto su cuerpo desnudo, amoldarse al mío.

Tiemblo, solo por sentir su piel abrazar la mía.

Deseo a este hombre más que a nada en el mundo, y ahora mismo estoy perdida entre tus brazos.

Enredo mis manos en su pelo, mientras Adler sube mi camisa de dormir, hasta arriba de mis pechos, y me insta a que me la quite.

Me separo lo justo, para deshacerme de la prenda, antes de besarnos de nuevo, y, esta vez, sintiendo cómo su torso acaricia mis sensibles pezones, y como su vello oscuro los acaricia.

Mi sexo da una sacudida al notar esta intimidad con mi marido, y tiembla ansioso, por repetir lo que experimentamos la otra noche.

Adler baja la boca por mi cuello. Lame y chupa mi piel, haciendo estragos en ella, por la barba incipiente.

Gimo con fuerza, cuando lleva uno de mis duros pezones a la boca, y tira de él hasta succionarlo.

—No sabes cómo deseaba tenerte así: desnuda y a mi merced.

—Pues no se ha notado, porque me has estado evitando.

—Solo necesitaba descansar un poco, pequeña descarada.

Sonrío, mientras vuelve su atención a mis pechos, y los atormenta con su boca.

Muevo mi cuerpo, y esto hace que note cómo su duro miembro toca mi mojado sexo, y se resbala por él.

Me gusta lo que siento y lo repito varias veces.

—Me quieres matar —indica Adler.

—Tendrás que hacer algo…

—Intento que te duela lo menos posible. —Me tenso y me acaricia la mejilla—. Tranquila, pequeña. Solo dolerá un poco y luego te gustará. Mucho, además.

—Tienes demasiada fe en ti.

Se ríe, y continúa dando placer a mis pechos, al tiempo que lleva su mano a mi sexo, para acariciarlo, como hizo en el carruaje.

Su forma de tocarme hace que me olvide del daño que puedo sentir, cuando entre dentro de mí. Sobre todo, cuando introduce un par de dedos dentro, y los mete hasta el fondo, haciendo que jadee de puro placer.

—Tan apretada… Tan mía. —Su posesividad me excita mucho.

Saca los dedos y busca mi boca, para besarme, mientras noto cómo su dura polla se coloca en mi vagina, para ir entrando poco a poco.

Se mueve, para tener mejor acceso, y no deja de besarme, mientras noto cómo va entrando en mi interior, hasta que se detiene.

—Mírame, Malory —me pide y lo hago—. Lo siento, pequeña.

Tras decir esto, se adentra del todo, y siento una punzada de dolor, que hace que un par de lágrimas caigan por mi mejilla.

Adler las lame y las besa, mientras mi cuerpo se adapta a su invasión.

Cuando sale y entra de nuevo, el dolor ha desaparecido, y solo siento placer por tenerlo dentro de mí. Noto cómo las paredes de mi sexo se contraen y laten en torno a él, como si quisieran retenerlo dentro de mí.

Me gusta la sensación de sentirme llena por él.

Sale y entra de nuevo.

Araño su espalda, mientras Adler me alza, para devorar mis pechos. La sensación de sentir su boca caliente en mis senos y su dura polla en mi interior es maravillosa.

Noto cómo mi sexo da una sacudida, cuando entra hasta el fondo, para salir de nuevo, y moverse, haciendo que la fricción entre nuestros cuerpos aumente.

Muevo mi cuerpo, para estar en sintonía con él, sintiendo que el placer se está anidando en mi sexo, a la espera de expandirse por todo mi cuerpo.

—Adler… —le suplico, cuando siento que no puedo esperar más.

—Córrete, sin dejar de mirarme. —Se mueve con más fuerza, mientras me pierdo en sus ojos bicolores. Tiene el pelo negro sobre la frente y nunca me ha parecido más atractivo.

Estoy perdida en lo que siento, cuando lo miro, mientras noto cómo sus embestidas hacen que mi cuerpo reaccione, y que me corra con fuerza entre sus brazos.

No dejo de mirarlo y tampoco cuando me sigue, y se corre dentro de mí con intensidad.

Deja caer su cabeza en el hueco de mi cuello.

Lo abrazo con fuerza, notando su respiración acelerada, acariciar mi piel.

Ha sido increíble. A la vez que estoy feliz, estoy muy aterrada por lo

que siento por él.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunto a Adler en la bañera, que hemos mandado llenar de agua.

O más bien él, quien salió de la cama gloriosamente desnudo, con un cuerpo sin un solo gramo de grasa. Me quedé mirándolo descarada, mientras preparaba todo, para que nos diéramos un baño juntos, hasta que me cogió en brazos, y me trajo a la bañera, para luego entrar tras de mí, y acomodarme sobre sus brazos.

—Tengo que poner en marcha mis negocios. ¿Por?

—Por nada. Yo tengo que ir a la modista, para mirar unas telas y elegir vestidos. ¿Vendrás a comer?

—No creo que pueda.

Noto una desazón en el pecho.

—Bien. Soportaré a tu madre yo sola.

Se ríe.

—No es tan mala, cuando la conoces.

—Creo que me odia.

—No lo creo. Y, bueno, Dede parece estar mejor. A ver si esta vez no se vuelve a poner enferma.

—¿Estás preocupado por ella?

—Sí, porque no saben decirme qué afección tiene.

—Esperemos que siga así.

Me dice un leve sí, y me besa en el cuello.

—Me tengo que marchar, pero tú puedes quedarte un poco más en el baño.

Sale de la tina, y lo veo secarse y vestirse.

Se me seca la boca al verlo, y más cuando me mira con tanta intensidad.

—Más tarde seré todo tuyo —me dice, con una descarada sonrisa, mientras se abrocha la camisa blanca.

—Ni que te necesitara para nada —miento y, por su mirada, lo sabe.

Cuando se ha vestido del todo, se acerca y me acaricia la mejilla.

—Intenta disfrutar, y que la gente crea que eres inmensamente feliz. Recuerda, nos casamos por amor. Eso les dolerá mucho.

—Se me dará bien actuar, soy hija de una artista.

Asiente y se marcha.

Me quedo en el agua un poco más, pensando en que en verdad fingir que estoy enamorada de mi marido no me costará nada, porque lo estoy, y eso me inquieta. Siento que le estoy dando mucho poder a alguien que solo me ha prometido cuidarme, y no amarme hasta el fin de sus días.

# Capítulo 31

## Adler

—Y yo que esperaba que tu esposa no te dejara salir de la cama.

—He estado tentado, pero necesito empezar a dar vida a mis negocios, si quiero mantener a mi familia.

—Bueno, al menos Malory contaba con una dote que no esperabas. Te casaste con ella por amor —esto lo dice muy alto, en el club de caballeros, para los que están cerca escuchando—. Ahora tienes una preciosa esposa y una cuantiosa dote. Envidio tu suerte, amigo. Te has casado con la mujer más hermosa de toda la temporada.

—Sin duda que lo es.

Tras dejar caer estas palabras, nos marchamos a una sala, para estar más tranquilos, y hablar de verdad. Aunque lo cierto, es que no me ha costado fingir tanto. Malory es especial, y calienta mi cuerpo y mi alma como nadie.

La deseo desde que la vi por primera vez. Siento que no casarme con ella, habría sido ir contra el destino.

Pero, de ahí a pensar que la amo, va mucho.

La deseo, pero el amor no está hecho para mí. No me enseñaron a amar. He pasado más tiempo odiando a la gente y a la vida, que sabiendo lo que es el amor.

—Ahora en serio, ¿qué tal todo con lady Edwards?

—Muy bien, la verdad, y su hermana, la señorita Masie, está en nuestra casa. Malory quiso protegerla, para evitar que la casaran con un indeseable.

—Me alegra escuchar eso. No me dejaban verla. —Lo miro—. Intenté cortejarla, pero su padre me dijo que no era bien recibido en su familia. Para su hija deseaba otro tipo de títulos, y no el de un joven que bien podría morir, antes de llegar a ser un vizconde, dejando a su hija sin nada.

—No sabía de eso.

—Fue cuando te fuiste tras Malory. No quise que Masie corriera la misma suerte, y, aunque no tengo claro que quiera casarme, tampoco deseo perderla. Es raro. La deseo, pero odio el matrimonio. ¿Es normal?

—Bueno, te diré que de momento estar casado no es tan malo como temía.

—Eso es porque Malory estaba cansada del viaje. Dale unos días… —Sonríe, disfrutando de mi cara de horror, porque yo he pensado lo mismo.

—Espero que se meta lo menos posible en mis cosas.

—Algo complicado, cuando empiece a preguntarse dónde pasa su marido las noches. Lo tienes jodido, si no le dices la verdad.

—Si le digo la verdad, me odiará. Aún no sé cómo no lo haces tú.

—Porque creo que esta sociedad de mierda no te dio más opciones.

—Ya… Bueno, me tengo que ir.

—Yo me quedaré un poco más. Por eso, de no tener un duro para poder hacer con mi vida lo que quiera.

—Puedes ayudarme…

—Se me da muy mal dar miedo. Si te ayudo, me pillan seguro. —Le doy unas palmadas en la espalda.

—Me refería en mis negocios legales. Te puedo hacer mi socio, con vistas al futuro, cuando seas vizconde.

—¿Y por qué harías algo así? Bien puedo no serlo nunca. Mi padre está decidido a amargarme la existencia.

—Porque eres alguien muy inteligente y con mucha cabeza para los números. Además, confío en ti y, con ese dinero, puedes comprar una casa, por si te apeteciera casarte.

Lo piensa un segundo, antes de estrecharme la mano.

Nos marchamos juntos y me cuenta todas sus ideas. Siempre supe que era un genio, pero, en su casa, nunca le han dejado ser quien es. De él solo esperan que esté vivo, para heredar el título, sin demasiado esfuerzo, pero mi amigo es mucho más que un aburrido heredero.

Regreso a casa muy tarde y me informan de que Malory no se encontraba bien. Ha estado en cama con el estómago revuelto.

Voy a mi cuarto, pero no la veo en él.

Entro al suyo, tras cambiarme.

Está dormida en su cama, y me enfada que no esté en la mía. Me gusta que esté ahí.

Por eso, la cojo en brazos y la llevo hasta mi cama.

—Has llegado muy tarde —me dice, acomodándose en mi pecho.

—Lo sé. No sabía que estabas mal.

—Comí algo en mal estado en el desayuno. Fern se siente mal, porque no sabe qué pudo ser. Es una gran cocinera, y siempre prueba mis comidas. Lo cuida todo. No sabe qué ha podido pasar. No la despidas.

—No voy a despedirla. —Se relaja entre mis brazos.

Entro con ella en la cama y pongo mi mano en su estómago.

Se lo acaricio, para calmarle el malestar, odiando que se sienta así.

Se queda dormida, mientras yo la miro inquieto, por lo que pueda pasarle. No soportaría la idea de perderla.

# Capítulo 32

## Malory

Miro las flores del invernadero, que Adler ha dejado para mí.

Cuando desperté, él ya no estaba, pero me dejó una nota, en la que me decía que esperaba que me encontrara mejor. Me indicaba que Char estaba en la casa, para informarle de cómo me encontraba, y que si volvía a estar mal, vendría a verme.

El detalle me gustó mucho.

Sobre todo, que ayer quisiera que estuviera de nuevo en su cama.

Creía que eso no era lo normal en los matrimonios, y, por eso, estuve en mi cama todo el día.

Bajo a desayunar y mi suegra, al verme, pone mala cara, y se levanta.

—He perdido el apetito.

Adler dice que no es tan mala, pero yo solo veo a una mujer amargada, que quiere dejar claro lo poco que le gusto.

—Que tenga un buen día —le digo con una sonrisa, y esto le hace bufar, mientras se va.

—Eso le ha molestado, más que otra cosa —apunta Dede, y Masie sonríe.

—Bueno, ya me aceptará. —Me siento a la mesa y me sirven la comida.

La miro inquieta, pero no puedo creer que me sentará mal de nuevo.

Como un poco, y veo a mi hermana leyendo el periódico.

—¿Dicen algo interesante?

—Solo que tu boda fue por amor, y que tu marido va contando lo felices que sois juntos —comenta.

—Se le da bien actuar —añado por lo bajo—. Lo que me recuerda, que tenemos una cita con la modista, y tenemos que continuar con el plan.

—Yo, encantada —dice Masie, y miro a Dede.

—Vente con nosotras, así puedes ir mirando vestidos para tu temporada, del año que viene.

—Estaría bien —responde mi cuñada.

Entramos las tres en la tienda de la modista.

Es una de las mejores de Londres y, al vernos, se le ilumina la cara. Con seguridad, porque soy la comidilla de todo Londres, y quiere que le dé cotilleos frescos.

—¡Qué bien se te ve, querida! —me halaga, cogiendo mis manos—.

El matrimonio te sienta bien.

—Es lo que tiene casarse con el hombre que amas, a pesar de todos.

Asiente y tira de mí, hasta donde tiene las telas.

—Eres tan preciosa que, con mis vestidos, vas a brillar, como la condesa que eres. Va a ser un placer vestirte, a partir de ahora.

—Siempre y cuando se me trate con respeto, aquí seguiremos —indico, dejando claro que nada es seguro, si no se me valora.

Ya me han despreciado suficiente en esta ciudad, y no pienso conformarme con menos nunca más.

—Por supuesto.

Me quita la ropa y mira la marca que tengo en mi hombro.

—Es una marca de nacimiento familiar. Mi padre tiene una…

—Y yo otra. —Masie enseña la de su muñeca—. La tenemos todos sus hijos.

La modista asiente, y con esto queda claro que soy hija legítima, y que todo fueron rumores, para hacer daño.

—La gente es muy mala, cuando quiere herir, querida, pero a la vista está que es la hija legítima de un barón, y la esposa de un conde.

No se me pasa desapercibido que quien pueda ser yo, lejos de la protección de esos títulos, poco importa aquí.

Asiento y sigue con las pruebas.

Me prueba un vestido, casi acabado, en color plata, que me hace parecer una princesa sacada de un cuento.

—Es precioso —señala Dede—. Estaría genial, para tu vuelta a los bailes. Con él, pareces una reina.

—Será perfecto.

Acaricio la tela, mirándome al espejo, con esta tela tan cara, y un vestido digno de una reina.

Mi madre deseaba esto para mí. Deseaba esto para ella, para dejar claro que podía ser quien quisiera, porque nadie es menos que nadie.

«Lo estoy consiguiendo, mamá».

Salimos de la modista y mi hermana propone ir a tomar el té.

Le digo que vale, porque mi estómago parece que sigue bien.

—¡Qué placer verlas! —Alzo la cabeza y veo a lord Price, que, aunque nos mira a todas, solo tiene ojos para mi hermana.

Esta lo observa sonrojada. Se nota que le gusta mucho.

—Íbamos a tomar un té —le digo, tras saludarnos—. Si quiere apuntarse…

—Estaré encantado.

Vamos hasta el establecimiento y, cuando entro, se hace el silencio. Todos los ojos están puestos en mí.

Veo caras de sorpresa y caras de odio. Más de uno odia, que yo haya conseguido ser condesa.

Tomo aire y sonrío, mientras camino hasta una mesa libre, como si fuera una reina.

No pienso dejar que nadie más me haga de menos. Esta gente ya me ha hecho suficiente daño.

Poco a poco, la gente vuelve a sus cosas.

Nos sirven té, y vemos entrar a mi madrastra, y a mi hermana Opal.

Aunque mi madrastra pone mala cara, se sienta a la mesa, con nosotras, tragándose su malestar.

Odio que todo haya acabado así entre nosotras.

Tomamos el té y comentamos lo que hemos visto en la modista.

Opal nos informa que está preparando su boda, y que está muy contenta, porque cada vez está más enamorada de su esposo.

Se nota en su mirada que solo miente, porque lo que le gusta de su esposo, es el título.

Al salir, siento una opresión en el pecho, al separarnos de mi madrastra y Opal.

Se ha abierto un abismo entre nosotras, que dudo que alguna vez nos acerque.

Lord Price nos acompaña hasta nuestra casa y queda con Masie para venir a visitarla mañana, para dar un paseo juntos.

Entramos en casa, y Masie baila emocionada, con Dede, mientras sube a su cuarto feliz, como nunca la he visto.

Yo me quedo observando este lugar frío y sombrío, sabiendo que, si lo quiero hacer mi hogar, tengo que empezar a cambiar cosas por aquí.

Voy hasta la cocina y comento con mi tía mis ideas.

—Necesita un baño de pintura, pronto —añade Fern—, y muebles nuevos. Debes dar un baile aquí, y que todos vean lo gran anfitriona que eres.

Mi tía asiente, y yo pongo en marcha el plan, desde el despacho de Adler.

Busco papel y una pluma para escribir, entre las cosas de mi marido, y compruebo las pocas cosas que le pertenecen en este lugar. Es como si sus cosas personales estuvieran en otra parte.

Escribo algunas cosas en la lista, sin poder dejar de pensar en eso.

Subo a su dormitorio, y abro su armario. En él hay ropa elegante, pero no veo por ningún lado las ropas sencillas con las que lo vi en el circo.

Esto no tiene que significar nada, pero recuerdo que, cuando lo vi, saliendo del prostíbulo, lord Price comentó que tenía una casa cerca de este, donde se veía con su amante.

No tiene que significar eso.

Solo estoy dando vueltas a todo esto por lo mucho que me importa.

—¿Se puede? —Masie toca a la puerta y asoma la cabeza.

—Sí.

—No tienes buena cara. ¿Todo bien? Sabes que puedes contarme todo.

—Lo sé. —Nos sentamos en unos sillones que hay en la estancia—. Me he fijado en las pocas cosas personales que hay de Adler aquí. Sobre todo, que falta la ropa sencilla con la que se vestía cuando nos veíamos fuera de los bailes.

—¿Y eso es malo?

—Muchos lores tienen otras casas o una amante.

—Ah…, entiendo.

—Solo son tonterías…

—A mí también me preocuparía eso. Temer que, como esposa, no seas suficiente, y que deban buscar atenciones fuera.

La miro y sus miedos son los míos.

La intimidad con mi marido, la otra noche, me hizo sentir única y especial. Dolería saber que solo lo hace por la responsabilidad que siente hacia mí, y nada más.

—Era más feliz cuando no lo amaba.

—El amor aterra. —Masie me da un abrazo—. Vamos a arreglar el invernadero, eso siempre te relajó.

—Cierto, y de paso pensamos cómo dar un giro a esta casa, para que deje de parecer un cementerio.

Se ríe y vamos juntas al invernadero.

Dede se nos une.

Intento que ninguna note mi malestar, pero, cuando a la hora de la cena nos informan de que Adler no vendrá a cenar, el miedo se retuerce en el estómago. Más, cuando mi suegra sonríe feliz, por mi malestar.

## Adler

Paseo entre las sombras, hasta una taberna de mala muerte.

Entro en ella, y el dueño me pone una cerveza.

Dejo un cuchillo en la barra y lo miro fijamente.

—Me han dicho que ha habido algunos problemas. —Giro el cuchillo en la barra, sin dejarlo de mirarlo.

No dice nada, y lo lanzo cerca de su oreja.

—Una rata —le comento—, que me molestaba. —Asiente y mira el cuchillo—. Te lo regalo, para que recuerdes lo que pasará si seguimos teniendo problemas por aquí, con mis hombres.

—No los habrá, señor.

Asiento y me marcho de nuevo.

Al llegar al carruaje, Char me mira fijamente.

—Debes dejar que otros se ocupen de estas cosas ahora.

—Es pronto, si me temen, no hablarán, y pagarán lo que deben.

Dale dos días, si no paga, ya sabes lo que hay que hacer. —Asiente—. Pronto, podré delegar en otros, y dirigiré todo sin ensuciarme las manos.

—Si sale bien el plan, que hemos puesto en marcha, no queda mucho.

Espero que salga bien, porque no quiero dejar este negocio, pero cada vez me cuesta más hacerlo, sin pensar en Malory, y en lo que pensaría de mí, si supiera a qué me dedico por las noches.

Odio sentir que no soy suficientemente bueno para ella.

Me llevan de vuelta a la casa, donde tengo mis cosas, y me cambio, tras lavarme, para ir a mi hogar.

Al llegar, Malory no está en mi cama. De nuevo, está en su cama dormida, con un libro entre las manos.

Me pregunto si me esperaba.

Voy a tocarla, pero siento mis manos sucias, por lo que hago por las noches. Ella es tan pura, tan dulce… y yo un desgraciado, que vendió su alma, para poder tenerlo todo, y cumplir mis promesas.

No me arrepiento, pero temo que, cuando sepa a qué me dedico, nunca más me mire como si fuera el hombre más honrado y respetable de la tierra.

—Adler… —dice medio dormida—, has regresado.

—Por supuesto. —Abre los ojos y veo el temor de que no lo hiciera —. Descansa. —Empiezo a irme, pero me coge la mano.

Veo su pequeña mano entre las mías y siento un nudo en el pecho.

—No te vayas. Puedo ser suficiente para ti.

Sus palabras me rompen por dentro.

La cojo en brazos y la llevo a mi cama.

—Eres suficiente para mí, Malory.

—Pero te siento lejos…

—Hay cosas de mi vida que es mejor que me las quede para mí. — Le recorre un escalofrío, cuando asiente—. Confía en mí.

—Lo hago.

La dejo en mi cama.

—No quiero que duermas en tu cama. Te quiero siempre aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Me quito la ropa y entro a la cama.

Malory se acurruca sobre mi pecho. Su cuerpo me tienta sobremanera. La beso y el deseo crece en mí. Nunca podré cansarme de ella. Quiero entrar en ella y follarla con fuerza, pero recuerdo que estuvo mala hace poco más de un día, y no quiero empeorar las cosas, ahora que está mejor.

—Duerme. —La beso en la mejilla.

Se queda dormida enseguida, pero yo no puedo decir lo mismo. Al

menos, esta noche sigue en mis brazos.

Mañana ya se verá…

# Capítulo 33

## Malory

Cuando me despierto, Adler no está en la cama, pero sí hay un ramo de rosas rojas, y una nota:

> **Mi estimada Malory, recuerda no volver a tu cama esta noche.**
> **Disfruta del día.**
> **Tu esposo,**
>
> **Adler.**

La nota es un detalle, pero es impersonal, y no habla de amor o de cómo somos nosotros, lejos de las responsabilidades.

Bajo por la escalera, ya cambiada para el desayuno, y, tras este, nos informan de que lord Price ha venido a ver a Masie.

Cuando entra al saloncito, donde estoy con mi hermana, para hacer de carabina, lleva un precioso ramo y una caja de bombones.

Masie lo mira ilusionada, y feliz de que la siga pretendiendo, a pesar de todo.

Los veo conquistarse y mirarse enamorados.

Yo nunca he tenido eso con Adler. Me repudió, como el resto, mientras en secreto me buscaba. Solo bailó un par de veces conmigo, por su promesa, y la noche de máscaras.

No fue mi pretendiente.

El malestar de mi pecho se acentúa, mientras pienso que solo soy una promesa.

Las cosas no mejoran, cuando a la hora de la comida, no se presenta.

—¡Qué raro, querida! Mi hijo siempre solía comer con nosotras y, desde que se ha casado, parece que evita estar en casa —comenta mi suegra—. Al fin y al cabo, como todos los hombres. Es mejor, acostumbrase cuanto antes, y, cuando le des un heredero, aún será peor.

—Madre… —la llama la atención Dede.

—Cuanto antes lo sepa, mejor, y vosotras igual. Amor. El amor no existe en el matrimonio. Solo se ha casado con ella, movido por el deseo… —Mi suegra se levanta—. Nadie se casa con su amante. Al parecer, he criado a un estúpido.

Sus palabras me duelen, porque son ciertas.

Adler solo se casó conmigo, por la promesa a mi tío, y cada vez odio más que existiera esa promesa, porque, de no existir, Adler no se habría acercado a mí. Tal vez, de no hacerlo, no estaría casada con

alguien, para quien soy una responsabilidad, y no una elección.

Sigo con la comida, como si no estuviera mal, y, al acabar, me marcho a mi dormitorio, antes de que Masie me pida seguir con la lista de todo lo que tenemos que cambiar en esta casa. Hay mucho que cambiar, y, por eso, daremos un baile, pero la temporada siguiente, para presentar a Dede en sociedad.

Antes lo veo imposible, con lo dejado que está este sitio.

Antes de la cena, dejo la lista de todo lo que necesito más urgente, con la ayuda de mi tía, en el despacho de Adler, y subo a su cuarto.

Al entrar, lo siento demasiado presente, sin que él esté, y, por eso, me marcho al mío, para leer, y ver si hoy puedo esperarlo despierta.

Cuando el sueño me empieza a vencer, me levanto, y cierro la puerta de mi dormitorio con llave. También la que comunica con la de mi marido.

Si quiere estar lejos de casa todo el día, no pienso dejarle que entre a mi habitación, como si mereciera estar aquí.

# Capítulo 34

## Adler

Llego a mi casa cansado, tras una noche larga de trabajo.

Entro a mi dormitorio, y mi esposa no está.

Enfadado, por su desafío, voy hasta la puerta que separa nuestros cuartos.

No tengo humor para sus tonterías.

Giro el pomo de la puerta, pero esta no se abre.

La descarada ha puesto el cerrojo.

Colérico, le doy una patada a la puerta, para abrirla, y esto la saca de su sueño de golpe. Malory me mira desafiante, cuando se incorpora. El pelo le cae suelto por los hombros, y la camisa se ha movido. Deja a la vista parte de sus senos.

—¿Osas desafiarme, esposa?

—Por supuesto.

—Pues tendré que enseñarte quién manda aquí.

—Me gustará ver cómo lo intentas.

Me tomo sus palabras como un desafío y voy hacia Malory, listo para hacer que se trague todas y cada una de ellas.

La cargo a mi hombro y Malory me golpea, grita, como si no quisiera estar aquí.

La dejo sobre mi cama, y veo en sus ojos que, a pesar de sus gritos, está muy excitada con todo esto.

Sus torneadas piernas me tientan, así como su sexo, a la vista por los movimientos.

Me quito la camisa, ante su atenta mirada, y voy hasta ella, levantando su camisola, que uso para atar sus manos sobre la cabeza.

—¿Se puede saber qué haces?

—Demostrarte quién manda en ti, y de quién eres. Eres mía, Malory.

—No lo tengo claro, la verdad. —Sus ojos verdes se ven más intensos que nunca, por el deseo que corre en ellos.

Bajo la cabeza a su boca y la beso de forma hambrienta.

Gime en mi boca.

Me vuelve loco. Esta mujer me hace perder la cordura. Lo mucho que la deseo nubla mi mente y hace que desaparezca el mundo a mi alrededor.

Cuando me separo, tiene los labios rojos por mis besos. La respiración agitada y sus pechos están erguidos, y endurecidos.

—Eres mía.

—No —me desafía.

Paso mi mano por sus duros pezones y tiro de ellos. Se retuerce bajo los brazos, tan confiada y solícita, que siento deseos de enseñarle todo lo que he aprendido estos años en la cama.

Llevo mi boca a sus pezones y los lamo, con la punta de mi lengua.

Se retuerce y trata de soltarse. La sujeto con una mano.

—No quiero que te sueltes.

Asiente, como si hiciera falta. Su sumisión endurece mi polla en los pantalones.

Lamo de nuevo sus duros pezones, antes de meterlos en mi boca y succionarlos con fuerza, como si quisiera beber de ella.

Malory se agita, moviendo su desnudo cuerpo, hasta poder frotar su sexo contra mi endurecido miembro.

Me separo de ella, cuando siento que está a punto de correrse, y la miro desde los pies de la cama.

—No te he dado permiso para correrte, querida esposa.

Sonríe y abre más las piernas, para dejar expuesto su húmedo sexo, y que no pueda resistirme a ella.

Me quito los pantalones y acomodo mi cuerpo entre el suyo.

Beso su boca, mientras mi mano desciende hasta su sexo, y paso los dedos por sus mojados pliegues.

Malory grita de placer en mi boca, cuando muevo los dedos sobre su clítoris, en forma de círculo.

La sigo besando, notando cómo el orgasmo se anida entre sus piernas.

Me separo de ella y la miro.

Está enfadada, porque le haya privado una vez más del orgasmo.

—¿Eres mía?

—No —responde desafiante.

—Tendré que esforzarme más contigo, entonces.

Sonríe y la muevo, para que se ponga a cuatro patas sobre la cama. Su trasero es una tentación para la vista, y más desde esta posición, donde puedo ver su sexo abierto a mí.

Paso mis dedos por sus pliegues, y luego restriego mi polla por ellos, sin llegar a entrar.

Malory protesta, cuando me alejo de nuevo y repito la acción, para atormentarla, notando cómo sus jugos mojan mi pene.

—¿Eres mía?

—No.

Llevo mi mano a sus pezones y tiro de ellos, mientras restriego mi miembro, desde su clítoris hasta su trasero.

Le doy un azote en la nalga y esto le hace gemir de placer.

—¿Eres mía?

—No —repite, y aumento la fricción, antes de darle otra nalgada, y ver cómo su trasero se mueve, por el choque de mi mano.

La llevo al límite, una vez más, viendo cómo su cuerpo se perla de sudor.

—¿Eres mía?

—¡Sí!

Cuando lo dice, entro en ella y grita de placer, por la impresión.

Su cuerpo estrecho se abre a mí.

Cierro los ojos y deja caer mi cuerpo, hasta su cuello.

La beso en la espalda. Salgo de ella y entro con fuerza, notando cómo se abre a mí.

Tiro de sus pezones, mientras entro y salgo de ella con energía.

Tiembla bajo mis brazos, a punto del orgasmo.

La llevo al límite, hasta que aumento las embestidas, y se corre con fuerza, haciendo que el interior de su vagina se contraiga en torno a mi sexo.

La sigo, derramando mi esencia en su interior.

Cuando salgo de ella, veo cómo mi semen caliente gotea por su cuerpo y noto cómo eso me hace desearla de nuevo.

Esta mujer va a acabar conmigo, si la dejo.

Nunca he deseado a una mujer como a ella. Para mí, el sexo era solo placer momentáneo, pero, con ella, es mucho más.

Salgo de la cama y busco algo para limpiarnos.

Cuando entro en la cama, Malory está medio dormida.

—Hubiera sido bonito saber qué se sentía, al ser pretendida por ti —dice medio en sueños. Sonríe y la abrazo, notando como se queda dormida.

Me hubiera encantado pretenderla, pero necesitaba reunir mucho dinero, antes de hacerla mi esposa, para que nadie viera nada raro, por casarme con una mujer, que no tenía dote, o eso se creía.

Miro la oscuridad del cuarto, sabiendo que ella no estaría orgullosa de cómo he conseguido tenerla.

# Capítulo 35

## Malory

Bajo a desayunar, sin poder dejar de pensar en mi marido. En todo lo que me hace sentir, cuando me toca, y en el sexo tan intenso que tenemos.

No sé si esto será igual en otros matrimonios, pero, de ser así, no sé cómo les queda tiempo para buscar un amante.

Yo estoy agotada y satisfecha, de una forma que no sé explicar, y ni se me pasaría por la cabeza buscar atenciones en otros lugares.

Tal vez, no siempre sea así, o que no todos desean a sus parejas, cuando prometen quererse para toda la vida.

Me abren la puerta del salón, para que pase, y veo, presidiendo la mesa, a mi marido.

Su mirada es intensa cuando la alza del periódico, y clava sus ojos azul verdosos en mí.

Se levanta, para apartarme la silla, mientras se me seca la boca con solo verlo.

Hoy lleva una camisa blanca arremangada, que resalta sus musculosos brazos.

Me siento y noto una caricia en mi cuello.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? —me pregunta, descarado.

—Ha sido una noche movida. —Su mirada va a mi boca y baja por mi cuello, hasta mis pechos.

—No escuché que te quejaras.

—No tuve quejas. —Sonríe y se centra en el desayuno, cuando entra su madre, con su hermana.

Dede, al vernos, nos saluda.

Masie no tarda en llegar. Parece que va en una nube, cuando ve un ramo de flores para ella, de lord Price, que ha mandado a primera hora.

—Quiere que vaya con él a pasear por Hyde Park.

Su ilusión me recuerda, una vez más, todo lo que nunca tendré. Nunca sabré lo que se siente al ser pretendida por mi marido.

—Podemos ir los cuatro juntos, y, bueno, si os queréis apuntar…

Miro a mi marido, que observa a su madre y a su hermana.

Dede asiente, pero su madre pone cara de asco.

—¿Y dejar que me vean en público con tu amante?

—Mi esposa.

—Una esposa no chilla de esa manera en la cama. —Me sonrojo—. Esos gritos son más propios de una ramera.

—Retire eso, madre —le pide Adler, con un tono amenazante, que pone a todos la piel de gallina.

Cojo la mano, que tiene sobre la mesa.

—No me importa, Adler, que la gente escuche lo buen amante que eres, con tu esposa. A veces es la envidia la que habla con tanta maldad. —Mi suegra me fulmina con la mirada—. No soy una ramera. Soy una condesa, y pronto la madre de sus nietos. Por eso, nos estamos empleando tanto en su creación.

Estoy temblando, pero, si algo he aprendido, es que, cuanto más daño ven que te hacen, peor son sus ataques.

—Qué ordinaria, hablar de esas cosas en la mesa. Nunca serás una condesa decente.

—Empezó usted, madre —le recuerda Adler—. Si tanto le molesta, mando que preparen la casa de campo para usted, y así estará más tranquila.

—¿Y dejar que esta mujer destruya nuestro legado? Ni loca. —Se levanta—. He perdido el apetito.

La vemos irse, sabiendo que no es la única que ha perdido el apetito.

Adler se levanta.

—Voy a hablar con ella. Esto no puede quedar así.

—No hace falta —le digo, pero se marcha de igual modo.

—Me pregunto si la madre de Willy será igual como suegra. —Sobreentiendo, que lord Price se llama de Willy—. Da miedo.

—Yo tengo entendido que todas las suegras suelen ser un dolor de muelas —añade Dede.

—Creo que es mejor que sigamos con el desayuno, y subamos a cambiarnos.

Las dos asienten, pero Masie me mira curiosa.

—¿Esos gritos eran de dolor?

Me sonrojo hasta la raíz.

Dede se ríe.

—No eran de dolor —murmuro, y Masie sonríe.

—Entiendo…

—No, no entiendes, y hasta que no te cases, no lo harás. Como yo, y casi todas las mujeres.

—Yo, una vez, vi fornicar a unos caballos —comenta Dede, y Masie la mira con una sonrisa. Luego, a mí.

—No es lo mismo, y no os hablaré de más, hasta que no estéis a punto de casaros.

Las dos se miran y sonríen pillas.

Se marchan juntas para cambiarse.

Yo sigo tomando el té, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y es que, de los nervios, no puedo levantarme. Que expusiera ese tema

en la mesa mi suegra, me ha parecido desagradable, y me ha recordado la poca intimidad que tenemos en este lugar.

Tal vez, por eso, los hombres tienen dos casas, porque en la suya es imposible ser libre.

Cuando bajo ya lista para el paseo, están todos esperándome.

Adler no tiene buena cara, pero su gesto se suaviza, cuando me tiende el brazo, una vez he saludado a su amigo.

—Supongo, que esto es lo que se siente, si hubieras sido mi pretendiente.

—Lo era, pero en secreto. —Me guiña un ojo descarado.

—No es lo mismo —respondo.

Decidimos ir andando, porque el parque queda muy cerca de la casa.

Nada más llegar, la gente nos mira con descaro. Es la primera aparición de nosotros juntos, como casados, y todos quieren ver si es real ese amor del que han hablado en los periódicos.

Todos sueñan casarse por amor, en estos lares, pero pocos lo consiguen.

Además, de que más de uno odia verme del brazo de mi marido, como una mujer respetable.

—Sonríe, querida —me susurra Adler—. Más de una se está muriendo de envidia, en este momento.

Lo miro y es tan apuesto, y tan elegante, que sé que tiene razón: más de una desearía estar en mi lugar, de su brazo.

Sonrío y paseamos por este lugar, atestado de gente, que está más pendiente de lo que hacen los demás, que de disfrutar de un soleado día en Londres. Con lo escaso que es el sol, por estos lares.

—Mi madre… —indica Masie.

Sigo su mirada, y vemos mi madrastra con Opal, y su viejo prometido.

No sé cómo mi hermana puede anteponer todo a un título. Dudo que ese hombre la haga feliz nunca.

Se nos acercan y nos saludan.

Mi madrastra trata de fingir una sonrisa, pero no alcanza sus ojos.

—Les informamos que daremos un baile en dos semanas, para celebrar la futura boda de Opal. Están invitados todos los presentes —comenta mi madrastra, mirando a su hija Opal—. Pronto será vizcondesa, y es mejor que la gente lo empiece a saber.

—Allí estaremos —dice mi marido—. Será un buen lugar para nuestro primer baile como matrimonio.

Los ojos de mi madrastra relucen, porque eso hará que su baile sea más especial. Solo por el cotilleo de vernos juntos.

—El placer será nuestro.

Se marchan y Masie mira triste a su gemela.

—Nunca será feliz con él —señala.

—Ella ha elegido, querida —le dice Willy.

—Sí, hay que respetarla —indico, y propongo ir a tomar el té.

Masie asiente más animada, y vamos todos. O eso creía yo, porque Char se nos acerca, y le dice algo en el oído a mi marido.

—Ha surgido algo. —Besa mi mano—. Nos vemos luego.

Se marcha, tras despedirse del resto, y lo miro apenada, porque esta salida haya acabado tan pronto.

—No soy tan apuesto como su marido, pero prometo ser un buen acompañante —me dice Willy, tendiéndome su brazo, cuando nota mi pesar.

—Es muy apuesto. —Miramos a Masie, que habla con Dede—. Si alguna vez se decide, será un buen marido para ella.

—De momento, tengo poco que ofrecerle —veo tristeza en su mirada—, pero estoy trabajando en ello. Espero que su hermana tenga paciencia.

—La tendrá, si le explica las cosas, y no hace como su amigo. —Sonríe.

—Los hombres somos así de tontos. Creemos que debemos hacerlo todo solos, sin pedir ayuda a nadie.

—Pues sí, sois un poco tontos.

Se ríe, y andamos animados hasta la cafetería.

Al menos finjo que lo estoy, para no estropear la salida al resto, pero estoy inquieta, por lo que sea que esté haciendo mi marido.

Lo peor, es que, otra noche, el sueño llega antes que él.

Cuando despierto agitada a medianoche, la cama está fría, y no hay ni rastro de mi marido.

¿Acaso esta es la vida que me espera?

# Capítulo 36

## Malory

Bajo al saloncito para comer y está solo mi suegra. Su mirada es de superioridad.

—Al menos, mi marido me abandonó, una vez le di su heredero —indica mordaz—. Adler no puede estar cerca de ti ni dos días seguidos.

—Tiene mucho trabajo y, por eso, no puede estar en casa.

—Sí, eso decía mi marido, pero, en verdad, estaba con su amante, mientras yo aceptaba que estaba enamorada de un hombre, que nunca sería para mí. Es duro, pero una se acostumbra.

En realidad, me da pena saber que amó a su marido, y tuvo que ver cómo este se iba con otras.

—Lo siento.

—Yo no, ese hombre, todo lo que tenía de apuesto, lo tenía de idiota. Al final, aprendí a odiarlo, y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ya lo entenderás, cuando todo lo que sientes, se transforme en odio. —Sonríe maliciosa—. Serás condesa, pero nunca serás amada por Adler, y las dos lo sabemos.

Sus palabras me hacen daño y me pregunto cómo alguien que ha pasado por la misma situación, puede ser tan mala.

Adler lleva tres días sin aparecer por casa.

Char vino, para hacerme saber que había surgido algo, y que estaba de viaje, pero sus ropas siguen en el armario, por lo que hizo la maleta en otro lugar. No pasó por casa para despedirse, y eso me dejó un vacío en el pecho.

—Nadie sabe lo que pasará —comento, y me siento a la mesa.

—Yo sí, morirás odiando el día que te casaste con él. —Me mira fría —. Tómatelo como un consejo, para dejar de soñar con algo mejor. Ahora, empieza a comer, el resto ha dicho que no bajarán. Dede se encontraba un poco indispuesta, y tu hermana ha ido a comer con sus padres. Estamos solas.

Sonrío y empiezo a comer, sintiendo su atenta mirada. Espera que cometa un solo error, para dejar claro que es superior a mí; que ella nació para ser condesa, y yo no.

No cometo ni un solo error y, al acabar, salgo de la habitación con la cabeza alta, y el paso firme.

No me derrumbo hasta estar en mi cuarto.

Solo entonces, el dolor que siento por la forma de alejarme de su vida, de Adler, me hace temblar, y lo peor es que llega un punto que me siento desorientada…

Algo no va bien en mí…

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta Dede, al día siguiente.

—A ratos, sí. Otros, es como si estuviera en una nube.

—A mí me pasaba igual. Por suerte, ya ha pasado —señala—. Siento que mi hermano no esté aquí para cuidarte.

—Estás tú, y Masie.

—Sí, aunque esta última vive en las nubes, desde que lord Price le dijo que se casaría con ella, cuando pudiera hacerse con una casa para los dos. —Asiento—. Es horrible que su padre, por no aceptar la boda, no les ayude, sabiendo que es su heredero.

—Bueno, los padres no siempre son perfectos.

—No, no lo son. —Por sus ojos pasa oscuridad.

—¿Cómo era tu padre?

—Casi no pasaba tiempo en casa. Estaba siempre fuera y, cuando estaba en casa, mi madre discutía mucho con él. Lo odiaba, y se notaba.

—Tu madre me dijo que lo amó, pero que luego todo eso se transformó en odio.

—Mi padre era un ser horrible. Egoísta y orgulloso. Además de atractivo, por eso, tenía muchas amantes. Mujeres más jóvenes que él…

—¿Qué pasa? Te has callado algo.

—Las traía a casa —responde, y agrando los ojos.

—No sería capaz. —Asiente.

—Tenía fiestas con sus amigos, donde había mujeres.

—¿Y tu madre qué hacía? —me intereso, horrorizada.

—Me decía que un día pagaría por todo y, cuando murió, me dijo que al fin se había hecho justicia.

—No quiero llegar a eso con tu hermano —indico, mirando por la ventana.

—Espero que no, pero Adler oculta algo desde que vino, y sé que también lo ves. No teníamos dinero, pero me pagaba los servicios del mejor doctor de Londres. Me pareció sospechoso.

—A mí también.

—Además, trajo muebles nuevos para mi cuarto y me compró ropas. Todo eso salió de algún sitio. Mi madre dice que del juego, que igual que mi padre era horrible jugando, Adler tiene suerte a las cartas.

—Tal vez sea eso —indico, poco convencida.

—Sea lo que sea, seguro que lo descubres.

—Seguro que sí. Si estos mareos me dan tregua.

—¿Crees que puedes estar embarazada? —indaga mi cuñada—. Escuché en la cocina que tu tía le decía a Fern que tal vez tu malestar sea por eso.

—No, no lo es. Es muy pronto —respondo tocando mi estómago—.

Es otra cosa.

Asiente y me lee un poco, mientras intento encontrarme mejor con todo.

Desde que me he casado, no he tenido un solo día entero de felicidad.

—¡Ha llegado tu vestido para el baile de mis padres! —anuncia Masie, que entra a mi cuarto, seguida de la modista—. Estoy deseando ver cómo te queda.

La modista me dice que me acerque y hago un esfuerzo por hacerlo, sin que nadie note cómo tiemblo. Me niego a seguir mal.

Me prueban el vestido y, al mirarme al espejo, me veo como una reina.

—Estás radiante, querida —indica la modista.

—Mi madre va a rabiar de celos —dice Masie con una sonrisilla.

—¡Qué rabien! —comenta la modista—. Ya era hora de que se dieran cuenta de que todos somos iguales.

La modista me guiña un ojo y siento que el que yo consiga dejar impresionados a esta gente, no solo es un cambio para mí. También es un cambio para todos los que un día decidieron trazar líneas entre las personas, sin darse cuenta de que todos merecemos ser quien deseamos.

Tomo aire y me miro nerviosa al espejo, esperando que el día del baile Adler haya regresado o seré el hazmerreír de todo Londres.

# Capítulo 37

## Malory

Me miro nerviosa la espejo, vestida con mi precioso vestido plateado.

Estoy lista para ir al baile que organiza mi padre y mi madrastra, pero Adler no ha regresado.

Me mandó una nota, prometiéndome que estaría aquí hoy, pero no hay ni rastro de él.

No he querido que le informen de que estuve mal la semana pasada.

Por suerte, ya estoy mejor. Solo fueron unos días.

El médico dice que podría ser histeria. Algo que les pasa a las mujeres.

Yo creo que era más dolor de mi alma, por no saber dónde está mi marido, ni con quién.

La puerta que comunica mi cuarto con el de Adler se abre y aparece mi esposo, todo vestido de negro.

Su mirada es fiera, hasta que me ve, y sus ojos se suavizan.

—Estás preciosa. —Se acerca con un estuche de terciopelo, que abre al llegar a mí.

Es un collar de diamantes, con una tiara a juego.

—No necesito tus joyas —digo, cuando se pone tras de mí, para ponerme el collar—. Necesito a mi marido y, al parecer, pido demasiado.

Sus ojos se encuentran conmigo en el espejo.

—Eso va a cambiar.

—Lo dudo, pero te juro que, como tengas una amante, antes me mato que vivir siendo la esposa idiota, que espera en casa a su marido.

Su mirada se hace afilada.

—Ningún hombre merece tu muerte, Malory, y menos yo.

—No voy a dejar que me ridiculices. ¿Sabes lo que la gente diría de mí? Que me lo merezco, porque un día mi madre fue la amante de sus maridos, y, al fin, pago por ello. ¡Pero yo nunca he hecho nada! ¡Estoy cansada de pagar por sus errores!

—De verdad, ¿crees que tengo una amante?

—Sí, lo creo.

Tocan a la puerta, para informarnos que los carruajes están listos.

Mi marido les dice que ahora bajaremos.

—Tengo que cambiarme, pero esta charla no queda aquí.

No le respondo y me marcho hacia la puerta.

Poco antes de llegar, me quito el collar y lo tiro al suelo.

—No quiero tus joyas, si no eres del todo mío. Regálaselas a tu amante.

Salgo de la habitación dando un portazo, y bajo las escaleras, hasta donde Masie me espera. Me tienden la capa, en colores plata, y esperamos a que mi marido se digne a aparecer.

Cuando lo hace, lleva el collar en la mano y la tiara.

Su mirada es fiera, y me desafía a que lo contradiga delante del servicio.

—Se te ha caído, querida.

—Eso es que no vale lo que parece —añado, cuando me giro para que me lo ponga.

Se acerca a mi oído.

—Siempre supe que como esposa serías peor que un dolor de muelas.

—No lo sabes bien —murmuro.

Tiende la tiara a Masie, y esta la acomoda en mi pelo.

—Preciosa —indica mi hermana, ajena a la discusión que tengo con mi marido.

Vamos hasta el carruaje y Adler nos tiende la mano, para entrar, de forma caballerosa.

Aprieto sus dedos, enfadada, y mi marido sonríe.

—Parece que tengo que recordarte a quién perteneces.

—A ti no, desde luego —le susurro antes de entrar—. Tal vez deba buscarme un amante, como tú, que satisfaga todas mis necesidades recién descubiertas.

—No quieres verme enfadado.

—Quiero verte, pero eso parece que no es posible contigo. Buscaré a otro, no lo dudes.

Entro al carruaje y Alder me sigue muy enfadado.

Me quito el collar y se lo tiendo.

—El cierre esté roto. No quiero perderlo.

Adler mira mi mano y Masie también.

—Qué lástima, era precioso —señala mi hermana, y Adler lo coge, dejando claro que su enfado aumenta por momentos.

—Estoy deseando llegar al baile. Me muero por bailar con unos y con otros. Ahora que soy condesa y estoy casada, tengo más libertad.

—No me apetece ir partiendo las piernas a nadie esta noche —dice mordaz, Alder—. Te agradecería que nos ahorres el espectáculo.

—Y yo te agradecería que pasaras más tiempo en casa, pero no siempre se tiene lo que se quiere.

—Malory… —me avisa Adler.

—Creo que es mejor tener la fiesta en paz, chicos —tercia Masie.

Llegamos a casa de mi padre y Adler baja del carruaje primero.

Masie desciende, y luego yo.

Adler me mira desafiante y me pone el collar.

—Lo he arreglado. —Se acerca a mi oído—. No te atrevas a

desafiarme o te arrepentirás.

—Ya me arrepiento de casarme contigo. En el convento hubiera sido más feliz.

Sigo a mi hermana y mira mi collar.

—Lo ha arreglado Adler.

—Ya, claro, que no sé que te lo has quitado, aposta, porque estás enfadada con él, por el poco tiempo que pasa en casa.

—Ahora mismo no lo soporto.

—Pues que nadie lo note, porque esta noche tenéis que demostrar a todos cuánto os amáis.

Esta noche se me va a hacer muy larga, lo presiento.

## Adler

—¿Por qué parece que tu esposa quiera sacarte los ojos con un cuchillo? —me pregunta Willy divertido, en el baile.

—Porque es lo que desea.

Se ríe.

—Entiendo que no lleva bien que la dejes tanto tiempo sola en casa, por tus negocios.

—Cree que tengo una amante.

—Ah, vaya, pues eso es que no tiene suficiente contigo, que piensa que necesitas más atenciones.

—Vete al infierno. —Se ríe.

Miramos a Malory, al lado de su familia, saludando a los invitados.

Ahora sí, les interesa tenerla cerca.

No puedo odiarlos más, pero esto es un juego de ver quién finge mejor.

Sin duda, Malory es la mujer más hermosa de esta noche, y todos lo saben. Por eso, rabian por ello.

Voy hasta ella, cuando acaban las presentaciones, y le tiendo el brazo.

—Finge mejor o pensarán que me odias, querida —le digo a su oído, disfrutando en parte de su forma de desafiarme constantemente, aunque me vuelva loco.

—Es que te odio.

Nuestras miradas se entrelazan, y sé que está lejos de odiarme.

Entramos a la sala y tiro de ella para bailar el primer vals que tocan los músicos.

Pongo mis manos en su cintura y la acerco a mí, mucho más de lo permitido, pero quiero que todos vean cómo nos deseamos, y que ella sienta que es la única para mí.

La música empieza y giramos juntos. Su falda plateada se enreda entre mis piernas, y el collar brilla en su cuello, como esperé que lo hiciera, cuando mandé hacerlo.

Su respiración se agita, mientras danzamos y giramos juntos. Me desea, aunque quiere no hacerlo; aunque insiste en dejar claro que buscará a otro.

Es tan mía, como yo soy suyo.

Estos días lejos de ella han sido horribles, pero eran necesarios para mis negocios. Pronto podré pasar más tiempo en casa, con ella, demostrando a esta descarada que no necesito a nadie más que a ella.

Al acabar el vals, Malory sonríe y se va con su hermana.

Entonces, un atrevido lord se le acerca, y Malory le sonríe, cuando este se anota una pieza. Luego me busca con la mirada y deja claro que me está desafiando.

Cojo una copa y me la tomo de un trago, antes de ir a por ella, para dejarle claro, una vez más, a quién pertenece.

# Capítulo 38

## Malory

Adler se me acerca y me tiende el brazo.

Pienso no cogerlo, pero sería un desplante, que nos saldría caro a los dos.

Lo acepto y, cuando salimos del salón de baile, lo miro curiosa.

—¿Se puede saber dónde vamos?

—A enseñarte a quién deseo.

—Como me pongas delante a otra, te juro que le saco los ojos. —Sonríe.

—No deseo a nadie más que a ti, pero pareces haberlo olvidado.

Entramos en el laberinto y andamos hasta la fuente.

Al llegar, me besa con furia.

No quiero responderle, pero mi cuerpo es suyo por completo, y ardo entre sus brazos. Lo he echado tanto de menos, que hasta respirar sin él me dolía.

Odio concederle tanto poder a este hombre. Odio amarlo con cada parte de mi alma.

Adler hace que me siente en la fuente y luego se arrodilla a mis pies.

Levanta una de mis piernas y la pasa por su hombro.

La falda se baja hasta lo indecente.

—Alguien podría vernos…

—Que vean cómo deseo a mi esposa, y solo a mi esposa.

—Adler…

—Nadie va a venir. Confía en mí —me dice tirando de mis medias.

Baja más el vestido y noto el frío de la noche acariciar mi sexo.

Me abre más a él, y veo cómo se acerca a mi sexo.

Noto su aliento caliente, antes de sentir su lengua lamer todo mi sexo.

Muerdo mi boca, para no gritar de placer.

Vuelve a lamer, con gula, demostrándome sus artes amatorias con la lengua. La mueve en círculos, y chupa esa parte de mi cuerpo, sin dejar un solo rincón por explorar.

Saber que alguien podría vernos, me excita. El peligro de ser descubiertos me hace temblar, mientras mi marido mete un par de dedos en mi interior, y los mueve de dentro hacia fuera, al mismo tiempo que su lengua gira en torno a mi clítoris.

—¿Recuerdas ya a quién perteneces? —me dice cuando estoy al borde del orgasmo.

—Soy tuya y tú eres mío.

—Todo tuyo.

Sus palabras, sumadas a sus atenciones en mi sexo, hacen que me corra, mientras su boca lame mi placer, hasta beberse la última gota de mi orgasmo.

Cuando termina, me besa y nos perdemos el uno en el otro, sabiendo que el deseo nunca se extingue. Solo se apaga momentáneamente.

—Te deseo —le digo, presa de él.

—No aquí. Te quiero desnuda en mi cama. Solo con el collar puesto.

Asiento y me besa con ternura en la mejilla.

—Nunca podría haber otra, Malory. Solo te deseo a ti. Tienes que confiar en mí.

—De momento, te creo.

—Tendrá que ser suficiente. De momento, al menos.

Arreglo mi ropa y, antes de salir del laberinto, me sujeta del brazo, para que no siga andando.

—No he hecho las cosas bien —comenta—. Me hubiera encantado ser libre de pretenderte. Dios sabe que lo hubiera hecho, de poder elegir, pero volví sin opciones, y solo puede jugar las cartas que tenía en mi mano, para poder conseguirlo todo, sin perder.

—Por la promesa —digo triste, y acaricia mi mejilla.

—Desde que te vi en lo alto de la escalera, supe que pondrías mi vida patas arriba, y no sabía que una promesa, luego me ataría a ti.

Mi corazón aletea con fuerza, sabiendo que es cierto, que en ese momento, cuando nuestras miradas se encontraron, no sabíamos quién íbamos a ser para el otro. Tampoco en el circo.

Sonrío feliz.

—Necesito saber más de ti…

—Intentaré mejorar como marido, pero, por favor, no hagas que me manche las manos de sangre esta noche, porque te vea tontear con otros.

—Tal vez, no lo haga. —Paso mi mano por su brazo—. No quiero vivir una vida echándote de menos.

—Yo tampoco, y no sabes cómo te extraño, cuando no te tengo cerca. —Me besa en el cuello, y andamos hasta el baile.

Quiero creerle, necesito creerle… Por eso, cuando entramos en el salón, no finjo lo que siento cuando lo miro, y sé que los que entienden, verán cómo el amor brilla en mis ojos, cada vez que observo a mi marido.

La gente nos mira curiosos, pero yo solo tengo ojos para mi marido.

No puedo dejar de observarlo de reojo, y de disfrutar de su mano en mi cintura, atento a mí, en todo momento.

Intento que no se note lo mucho que me importa, pero es como

pedir al sol que no salga cada día. Cuando me mira, me siento flotar, y no puedo contener la felicidad que me hace tenerlo a mi lado.

El amor da miedo, porque no se controla. Quiero creer que Adler no me fallará, pero el miedo sigue ahí, a pesar de que, cuando me toca, me siento flotar entre cientos de nubes.

Suenan los acordes de un nuevo vals y Adler me lleva hasta la pista, para bailar juntos de nuevo.

Lo hacemos, sin cuidado de guardar las formas. Lo que parece escandalizar a más de una que nos mira, y que comenta que somos indecentes.

No me importa. Ya no me duele tanto lo que piensen de mí, porque soy feliz, y, por primera vez, es estando en estos salones. Es por Adler, y no por el título que me brinda nuestra unión.

Él lo ha cambiado todo.

—Veo que el collar sigue en tu cuello —comenta mi hermana Masie, ya en el carruaje de vuelta.

—Se arregló el cierre —apunto, y Adler, frente a mí, emite una pequeña sonrisa.

—Ya veo. Lo que sí tengo claro, es que nadie dudará de lo que sentís el uno por el otro.

Miro a Adler, que me observa con intensidad.

—Ese era el plan: fingir que nos casamos por amor —respondo, sin querer que él sepa la verdad.

—Pues lo habéis logrado. Por cierto —la miro—, lord Price ha hablado con papá, para pedirle mi mano, pero no le da su consentimiento. Le ha recordado, que si quiere casarse conmigo, será sin mi dote. Dice que para su hija desea algo más, que un heredero que no tiene dónde caerse muerto.

—¿Y qué va a hacer Willy?

—Seguir trabajando con Adler, pero ha pensado adecentar una casa que tiene, que su abuelo le dejó en herencia. —Miro a Adler—. ¿Sabéis de qué casa hablo?

—Es una guardilla pequeña…

—Que usaba para llevar a sus amantes —me corta—. Lo sabía. Pues más le vale venderla y comprar otra para los dos, que no esté mancillada.

—Tendrás tu dote, Masie —indica Adler—. Yo me encargo de todo.

—No tienes que hacer eso por mí —responde Masie—. Ya sé lo que te está costando poder recuperar la herencia de tu padre.

—No pienso retirar mis palabras. Hablaré con tu prometido para informarle. Al final, tus padres aceptarán vuestro matrimonio, como han hecho con el de Malory.

—Sí, cuando Willy herede y quieran codearse con una vizcondesa.

¡Qué hipocresía!

No comentamos nada, porque no hace falta.

Los tres sabemos que será justo así.

Llegamos a casa y Dede está despierta, para preguntar cómo nos ha ido el baile.

Masie le cuenta todo, y se van juntas, para seguir con la charla.

Yo sigo a mi marido a su dormitorio, porque esta noche no pienso discutirle más.

Adler cierra la puerta y me mira de una forma que me da escalofríos, y no de miedo.

—Al fin te tengo toda para mí. Ahora te quiero sin ropa, desnuda en mi cama, salvo por el collar de diamantes.

—¿Es una orden? —pregunto retadora.

—Por supuesto. —Se quita la chaqueta, y sé que estoy perdida; que, cuando me mira así, no puedo hacer más que dejarme llevar.

Y lo estoy deseando…

# Capítulo 39

## Malory

Adler me gira, para ayudarme a quitarme el corsé y las cintas de la camisa interior.

Veo cómo la tela cae a mis pies, como una cascada plateada.

Adler se me acerca y me besa en el cuello, mientras la ropa va cediendo, y desprendiéndose de mi cuerpo.

Cuando me vuelve hacia él, no llevo nada encima, salvo el collar.

Sus ojos relucen por el placer, al igual que las piedras en mi cuello, que brillan por la luz de las velas.

Siento el pesado collar en mi cuello, mientras deja vagar su mirada por mi cuerpo.

Cuando su mirada se encuentra con la mía, me siento como si mi belleza brillara mucho más, que estas piedras preciosas.

Él me hace sentir bella.

Pasa los nudillos por mis pezones y veo cómo se endurecen aún más, por su contacto. La piel se me pone de gallina cuando tira de ellos, y no es por el frío. Estoy ardiendo por él.

—Si no hubiera podido tenerte, me habría pasado toda la vida añorando el poder estar a tu lado un segundo más, al menos.

Sus palabras hacen que lo ame más, si cabe.

No hablan de amor, pero sí de alguien que, a pesar de todo, me hubiera elegido a mí.

No sé qué decir, o, más bien, temo decirle que lo amo, y que no me responda lo mismo. Por eso, cojo su cara entre mis manos y lo beso, diciéndole sin palabras lo importante que es para mí, desde que lo vi.

El beso pasa de tierno a hambriento.

Lo deseo con desesperación.

Tiro de su ropa, y atiende a mis deseos, mientras vamos a la cama, dejando un reguero de prendas por el cuarto.

Cuando caigo sobre el lecho, Adler me mira de una forma, que hace aletear el corazón en mi pecho.

—¿Cómo puedes pensar que, teniéndote a ti por esposa, pudiera necesitar un amante?

Acaricia mi mejilla y luego me besa, mientras entra en mi interior.

Esta vez, el sexo es diferente. Es como si no fuera solo algo de nuestros cuerpos; como si nuestras almas también hubieran decidido no perderse esta danza tan íntima.

Entra y sale de mí con fuerza.

Nos movemos juntos, piel con piel.

Sale de nuevo, y me pierdo en las sensaciones. En lo que siento,

cuando me llena hasta el fondo, haciendo que mi cuerpo se abra a él.

Besa mi boca, aumentando las embestidas. Mis uñas arañan la tersa piel de su espalda.

No deja de besarme, hasta que me corro entre sus brazos, y, luego, tampoco lo hace, mientras se corre dentro de mí.

Nos abrazamos con fuerza, y nos quedamos quietos, como si el mundo pudiera seguir girando, sin que nos importe detenerlo, mientras estemos en los brazos del otro.

—Quiero saber más cosas de ti.

Estamos cerca del fuego, comiendo un poco de pan con leche.

No comí nada en el baile y mi estómago empezó a rugir como un loco. Adler se rio y bajó a por algo de comida.

No había mucho, y subió un poco de pan con leche.

Me mira, mientras doy pellizcos al pan.

—¿Qué quieres saber, aparte de dónde paso las noches?

—En verdad, eso es lo que más me intriga —sonríe—, pero sé que no me lo vas a contar.

—No es que no te lo quiera contar. Es que no sé si, una vez lo sepas, me mirarás diferente. —Pasa un rizo tras mi oreja—. M gusta cuando me miras como si fuera un gran hombre. Me aterra perder eso.

—No voy a creer otra cosa. —Sonríe—. Te he visto pelear en el circo y sé que te llaman Diablo, y sigo aquí. A tu lado. Alguien que es tan fiel a sus promesas, es de fiar.

—Bueno, si no puedo hacerlas realidad, no prometo nunca nada.

—Y dejando eso a un lado, solo hasta que tengas el valor de contarme todo, dime algo de tu infancia. Tu hermana me contó algo, sobre las fiestas de tu padre.

—Sí, solía hacer fiestas, pero yo no pasaba mucho tiempo en casa. —Mira distraído el fuego—. Siempre tenía discusiones con mi padre, por su forma de ser. Por estar borracho, y por sus fiestas. Para evitar eso, me mandó a estudiar con una de sus hermanas. Cuando esta murió, y regresé a casa, me envió a la guerra, porque era incapaz de tenerme cerca, sin que no discutiéramos. Odiaba a mi padre —admite —. Era un ser despreciable y, cuando murió, sentí alivio, pero no volví por desertor ni por mis planes. Necesitaba contactos en el ejército para mis negocios.

—Y los has conseguido, porque te va bien, ¿no?

—Sí.

—¿Fue allí donde aprendiste a pelear? —Asiente—. ¿Y dónde te ganaste el mote de Diablo?

—Sí, era un jodido enclenque. Tu tío y Char se hicieron cargo de mí, y, para sobrevivir, me enseñaron a ser letal. Al final, nadie se atrevía a meterse conmigo.

—Tuviste que hacer lo necesario para sobrevivir.

—Bueno, era eso o estar con los otros hijos de los lores, sin arrimar el hombro. Yo tenía claro que no estaba hecho para estar allí sin participar.

—Te arriesgaste mucho.

—Encontré razones para vivir, y una familia. No sabía lo que era eso, hasta que encontré a Char y a tu tío. Por eso, le habría prometido la luna, y habría hecho lo imposible por bajársela.

—Ahora tienes una familia conmigo —Asiente—. ¿Quieres hijos, Adler?

—Si no quisiera, te aseguro que habría puesto medios. —Sonríe de medio lado, y me sonrojo—. Ahora, cuéntame cómo era Malory de pequeña.

—No sé por dónde empezar.

—Tengo toda la noche para ti. —Abre los brazos, y me acomodo en su pecho, feliz de tenerlo solo para mí.

Le cuento cómo ha sido mi vida, sabiendo que no recuerdo nunca haber sentido esta paz, que noto a su lado.

# Capítulo 40

## Adler

—¿Es necesario que haga este viaje ahora?

Char asiente.

—Si queremos que todo siga yendo tan bien, sí, pero tranquilo, yo me quedaré aquí. —No se me pasa desapercibido su sonrojo.

Por lo que sé, cada vez está más apegado a Fern, y pasa mucho tiempo por mi cocina, hablando con esta. Para él no será una molestia estar cerca de mi mujer.

—Si no queda otra… Al final, era lo que buscábamos, pero ha llegado demasiado pronto.

Le pido que prepare todo para el viaje y voy a buscar a Malory.

Esta semana hemos estado mejor que nunca.

He estado fuera, pero he intentado llegar a tiempo, antes de que estuviera dormida, para pasar tiempo juntos.

Si me voy, tengo miedo de que su miedo vuelva.

Vi el dolor en sus ojos verdes, cuando creía que tenía una amante, y no quiero que piense de nuevo algo así.

Entro al invernadero, donde está recogiendo unas flores.

Al sentirme llegar, se gira y me sonríe.

No puedo imaginar un mundo sin ella. Hacerlo, duele mucho. Creo que, si le pasara algo, me moriría. No sé si es amor o no, pero, de no ser así, se le parece bastante.

—Tengo que irme de viaje. —La tristeza pasa por su mirada—. Es por negocios.

Se levanta y la abrazo.

—¿Mucho tiempo?

—No lo sé. No sé si podré llegar para asistir a los siguientes bailes, que has aceptado.

—Mejor no voy y, cuando la casa esté mejor, o la finca del campo, damos una fiesta para compensar. —Asiento—. No quiero que te vayas, pero entiendo que es importante.

—Si no fuera importante, no me iría. Tienes que creer en mí.

—Lo hago. ¿Te ayudo con la maleta?

—La ropa que necesito no está aquí. —Asiente enfadada—. No tengo una casa de citas. Es un despacho, con un baúl y un catre. Te lo enseñaré a mi vuelta.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, pero espero que eso no cambie nada.

—No lo hará. —Me besa feliz, porque la deje entrar en mis secretos.

Me acompaña hasta la puerta y veo a mi madre cerca.

Cada vez hace menos por estar cerca de Malory. Un día hablé con ella y le pedí que se esforzara un poco, pero me dijo que ella no movería un solo dedo por mi amante.

Estoy preparando una casa para ella. No quiero echarla, pero está claro que no es feliz aquí, ni entiende nuestra vida juntos.

No quiero que nadie le haga de menos a mi esposa, y mucho menos mi madre. Una madre que nunca se ha preocupado por sus hijos.

Salgo de la casa y Malory me acompaña hasta el enrejado.

La miro, y cojo su cara entre mis manos, para besarla.

—Eres un descarado.

—No te vi apartarte. —Se ríe, y me dice adiós con la mano, mientras voy al carruaje oscuro, que me llevará a mi despacho, para recoger mis cosas.

Ojalá, cuando Malory sepa la verdad, siga ahí, en cada paso que doy, porque muchos serán entre las sombras.

—Está todo preparado —me informa Char.

—Bien, cuida de mi esposa.

—Lo haré.

—Y a ver si dejas de comer tanto, y te atreves a decirle a Fern lo que sientes. —Se sonroja.

—Ya, ¿y por qué iba a querer algo con un bruto como yo?

—Tal vez, porque no estás tan mal. —Asiente—. Nos vemos pronto. Cuida de todo, por mí.

—Lo haré.

Subo al caballo negro y me pongo en marcha, para conseguir una venta que nos dará mucho dinero, y marcará la diferencia.

El problema es que, para conseguirlo, tengo que tratar con lo peor, y ser uno de ellos, si quiero ganar.

## Malory

Mi suegra me mira de una forma que me pone los pelos de punta.

Lo peor es que llevo unos días que no me siento muy bien.

Al principio, esperé que fuera que esperaba un bebé, pero, cuando me vino el periodo, y el malestar continuaba, me empecé a preocupar.

Adler no ha regresado y a veces me despierto desorientada, y lo busco por la casa, sin saber cómo he llegado hasta esta situación ello. Vivo entre sueños y me cuesta diferenciar la realidad de la ficción.

Dede dice que estuvo igual, pero que ahora ya está mejor.

Quiero tener la esperanza de que se me pasará. Por eso, no he mandado aviso a Adler, y no sabe nada de lo que me ocurre.

Quiero que a su vuelta todo haya pasado.

Ahora estoy mirando mis manos. Es como si las viera borrosas…

No sé qué me pasa.

—Hija —miro hacia la puerta y veo a mi padre con mi madrastra—, hemos venido para traerte la invitación de boda de Opal, y nos ha dicho Masie que no te encontrabas bien.

—¿Por qué estás doble? —le pregunto a mi padre, y me río.

Veo cómo se miran, y mi madrastra se marcha con Opal y Masie. No me había dado cuenta de que ellas también estaban.

—¿Qué me pasa, padre? El médico no sabe qué tengo y, bueno… A ti no te importo…

—No es que no me importes. —Se pone a mi lado en la ventana y me mira con tristeza—. Es como si la viera a ella.

—Me parezco a ella.

—No solo eso… Cuando te tuvo, se volvió loca.

Lo miro aterrada y notando cómo se me aceleran los latidos de mi corazón.

—Mi madre murió al dar a luz.

Niega con la cabeza.

—Te conté eso, porque la verdad era más dolorosa, pero tal vez nunca tenga oportunidad de contártela, y necesito dejar de sentirme culpable por su muerte. Yo la maté.

# Capítulo 41

## Malory

Dentro del caos de mi mente, intento asimilar todas sus palabras.

—¿La mataste? ¿El tío tenía razón?

—No la maté yo…, pero provoqué su muerte.

—Quiero saber la verdad. —Siento lágrimas caer por mis mejillas y me las seco, como si me molestaran—. ¡La verdad! —grito y mi voz parece extraña.

—Tu madre no me quería, ni yo a ella, pero deseaba ser baronesa, y yo deseaba su dinero. Además, que ansiaba tener a la mujer más codiciada de Londres para mí, porque muchos lores se burlaban de mí —añade—. Nos casamos y nos fuimos a la villa. Se quedó embarazada, y fue un embrazo complicado. Casi no podía salir de la cama, y eso le hizo engordar mucho. Cuando te tuvo…, te repudió. Empezó a odiar esa vida, a tener ataques de locura… Se tiraba del pelo. Te escondía por la casa… —Lo miro y veo la verdad en sus ojos—. Me decía que yo tenía la culpa de todo; que ella quería vivir en Londres, pero que se quedó embarazada demasiado pronto, y ni quisiera eras un varón. Tuve que esconderte de ella, y empezó a destruir parte de la casa. Estaba fuera de sí, hasta que un día se metió en el lago… y se mató.

—Pero ¿por qué?

—Tu madre era muy ambiciosa y quería más de lo que la vida de casada le había dado. Por eso, me sentí culpable, por no poder darle más.

»Las cosas en los negocios no me fueron bien, y perdí su dinero. Busqué una esposa para que te criara, contando que tu madre murió en el parto, porque eso era menos doloroso para ti, y para mí. —Lo miro y coge mis manos—. Yo no quería su muerte, ni estaba allí cuando murió… La encontraron los pocos sirvientes que teníamos, al hallarla flotando en el lago, pero, cada vez que te veía, sentía que yo era el culpable.

Ahora todo encaja, pero mi mente atormentada no consigue procesar todo esto. Solo pienso en la locura de mi madre, y me entra el miedo de ser igual.

—No quiero seguir sus pasos.

—Habla con tu marido, Malory. Tal vez, sería bueno internarte. Yo no lo hice, y tu madre acabó con su vida.

—No estoy loca, papá.

Aparta la mirada y me da un beso en la mejilla.

—Nunca deseé su mal, ni el tuyo.

Se marcha y me quedo agitada, y nerviosa.

Ando por la sala y me choco con varias cosas.

Luego, veo sangre en mis manos y no sé de dónde ha salido.

—Se ha hecho un buen corte —me informa Char, cosiendo mi mano.

—Llévame con mi marido.

—No creo que en su estado sea lo mejor viajar.

—Por favor, lo necesito.

—Vamos a prepararlo todo.

—No, vamos ahora. Estoy mejor y no sé cuánto durará.

Duda pero asiente.

Vamos al carruaje, solo avisando a Fern y mi tía, que traen un petate, con cosas que podemos necesitar. El resto no saben que nos marchamos, hasta más tarde.

## Adler

Miro caer la noche por la ciudad. Llevo días agitado y nervioso. Es como si algo no fuera bien.

Las noticias que me llegan de Londres, es que todo va bien, pero siento que algo no es así.

Por eso, quiero acabar cuanto antes con esto y regresar a ella.

Echo de menos a Malory, y no soy capaz de concentrarme sin ella cerca. Algo peligroso, cuando negocio con delincuentes.

Escucho pasos y cojo el cuchillo, por si tuviera que usarlo.

Lo hago, hasta que Char hace la contraseña con los nudillos en la puerta.

Mejor, porque en este mundo primero se mata y luego se pregunta.

—Adelante.

La puerta se abre y aparece Char, con gesto cansado. Con seguridad, por haber conducido en el carruaje, hasta aquí, desde Londres.

Voy a preguntar qué sucede, si Malory está bien, cuando se hace un lado y esta aparece tras él, con gesto cansado y con los ojos hinchados, de haber llorado.

Corre hasta mí y me abraza con fuerza.

Miro a Char, asustado, buscando alguna respuesta, de qué está pasando.

—Os dejo solos. Cualquier cosa, estoy tras la puerta. —Se marcha.

Observo a Malory, que parece muy nerviosa, y, cuando me mira, tiene la vista perdida.

He visto esto antes en Dede.

Se me hiela la sangre. Sobre todo, cuando sonríe, a pesar de las lágrimas, y veo sus ojos un tanto cerrados.

—¿Qué está pasando?

—Me estoy volviendo loca —dice temblando—. No quiero ir a un sanatorio.

Tiembla, como nunca, asustada.

Ahora mismo siento que alguien ha abierto bajo mis pies un infierno.

—No voy a dejarte ir a ningún lado —le prometo, cogiéndola por los hombros.

—¿Y qué vas a hacer con mi locura? No podrás amar a esta demente…, y te perderé para siempre.

—Escúchame bien, Malory. —Me mira con la vista perdida—. Si tengo que aprender a amar tu locura, lo haré cada día de mi vida, pero nada, ni nadie, te va a separar de mí. ¿Me entiendes?

Asiente, algo más relajada.

—Yo te amo, Adler… Aunque sé que eso solo complica las cosas.

Cojo su cara entre mis manos y acaricio sus mejillas, sintiendo cómo su confesión se extiende por mi cuerpo.

—Te amo, Malory, y esto no complica lo que siento.

Sonríe todavía más relajada.

—Ojalá pudiera dejar de sentir que estoy dentro de un sueño… Quiero mi vida de antes.

—Vamos a descansar. —La llevo hasta la cama y la meto en ella, tras quitarle la ropa.

Malory se queda dormida enseguida, y yo salgo para hablar con Char.

—Antes que me preguntes por qué no te avisé, ella no quiso, porque esperaba que se le pasara, como ocurrió con tu hermana. Pero algo le ha dicho su padre, que se ha asustado, y me ha pedido que la trajera.

—¿Qué narices le habrá dicho ese malnacido?

—No lo sé, pero me preocupa su estado. Está como ida, Adler. Algo no va bien.—Lo sé. Ve a comer algo, y trae alguna cosa, cuando termines, por si ella despierta.

—Perfecto.

—Pide una habitación cerca…

—Me quedaré en la puerta. Este lugar no es seguro, y, ahora que está ella, debemos protegerla.

—Y a pesar de eso, la has traído.

—Sentí que era lo que debía hacer. Tengo la esperanza de que aquí se ponga bien.

Veo que está preocupado por Malory, y, por eso, no puedo enfadarme con él.

No sé qué habría hecho en su lugar.

Regreso adentro y observo a Malory dormir.

A medianoche se despierta desorientada y, luego, al amanecer, vomita varias veces.

Verla tan mal, me pone los pelos de punta.

Por eso, aviso a un hombre de la zona, que sabe de medicina.

—Todo está bien, pero es algo de su mente.

Que diga eso, no me gusta.

—Largo de aquí.

Se marcha corriendo, temeroso de mi reacción. El tiempo que llevo aquí, he dejado claro que no me importa meterme en peleas.

Regreso a la cama y Malory me mira triste.

—Saldremos de esta.

Me tumbo a su lado y le acaricio la espalda.

No puedo perderla. Ella es mi todo. Ella es la persona que me ha encontrado, mientras nadaba entre las sombras, y creía que la vida no tendría nada bueno para mí. Ella me ha enseñado lo que es el amor. No puedo perderla.

La vida sin ella está llena de tinieblas, por las que ya no quiero seguir vagando.

# Capítulo 42

## Adler

Pasan tres días donde Malory ha vomitado lo imposible, hasta que empieza a aceptar la comida, y se encuentra mejor.

Ahora se está dando un baño mientras limpian la cama.

Yo he salido, para ver unas cosas, y Char está apostado en la puerta, cuidando de ella.

Cuando regreso, tiene la camisa de dormir puesta, y mira por la ventana.

Se gira y me mira con una sonrisa. Sus ojos ya no parecen idos, y sus mejillas vuelven a tener color.

—Me siento mucho mejor. Es como si hubiera dejado de vagar entre los sueños. —Voy hasta ella y la beso en la frente antes de abrazarla —. Tu hermana se puso mala en esa casa… ¿Y si la casa tiene algo que nos hace enfermar?

—Dudo que sea la casa. Tu hermana y los sirvientes no han tenido esta afección.

Mientras lo digo, mi cabeza va a mil, pensando qué puede ser lo que marque la diferencia para ellas.

—Mi padre me explicó lo que pasó con mi madre, cómo murió. — Me lo cuenta y me mira aterrada—. ¿Y si es eso lo que me pasa? Fern me explicó que mi madre vivía enamorada de un conde, que la traicionó. Creo que se casó con mi padre, para que viera cómo otros sí podían tenerla, incluso ese mismo conde que amaba, pero, luego, en el campo, añoraba la vida que llevaba. Era una estrella, alguien admirada e idolatrada, y de golpe no tenía nada.

—He visto a personas estar mal por lo vivido en la guerra. No creo que estuviera loca. Pienso que tu madre no conseguía la fuerza para seguir viviendo, la vida que le había tocado.

—Puede ser, porque no me quería.

—No creo que no te quisiera. Es solo que no pensaba con claridad.

—¿Y si me pasa eso cuando sea madre?

—No voy a dejarte nunca, y mucho menos cuando necesitas que te recuerde las razones por las que vivir.

La beso con lentitud, disfrutando de ella.

—Tengo miedo de volver y estar mal. Nunca me había pasado esto antes, pero fue llegar a esa casa, y no encontrarme bien. ¿Podemos vender la casa y comprar otra? —Sonríe.

—Si es lo que quieres —le digo, pero mi cabeza no para de sumar todos los datos. Algo no cuadra en todo esto.

Tocan a la puerta, y Char me dice que me esperan.

Ha llegado el día, por el que llevo aquí todo este tiempo a la espera, ganándome una temida reputación.

—Tengo que irme. —Saco un cuchillo de mi bota y lo pongo en su mano—. Este lugar es peligroso. Si alguien entra en tu cuarto, lánzalo, y pregunta después.

—Me estás asustando.

Acaricio su mejilla.

—Todo va a estar bien, pero debo hacer algo primero, para que así sea.

—¿En qué estás metido, Adler?

—En algo muy turbio —le digo con pesar—. Hablaremos luego. No salgas de aquí.

La beso, temiendo que, cuando sepa la verdad, no sea capaz de amarme nunca más.

Bajo las escaleras y ando hasta donde me esperan.

Al llegar, el jefe me mira desafiante.

Ha aceptado luchar contra mí.

No puedo perder, porque puede suponer la muerte.

Por eso, Char está aquí. Si algo va mal, correrá a por Malory, y la sacará de aquí.

Miro a mi amigo, el hombre que me enseñó todo, y me hace una seña de apoyo, con la cabeza.

Ato mis manos con una gasa, mientras el jefe de esta zona me mira desafiante.

Nadie ha conseguido vencerlo nunca, pero yo le haré morder el polvo.

No pienso dejar que nada ni nadie me separe de ella, y de la vida que quiero construir a su lado.

Si es que Malory puede amar a alguien como yo.

Lo miro, mientras los suyos le dan ánimos.

Ha costado que aceptara, pero necesito este combate para mi negocio.

—¡Este enclenque se cree que puede derrotarme!

La gente grita y yo solo sonrío.

Mi contrincante es un armario de más de dos metros, pero eso es lo que usa para intimidar: su altura. Por lo que sabemos, nunca se mete en peleas, porque no le hace falta. Los suyos le hacen el trabajo sucio.

Hace años era letal, pero ahora no lo creo.

Por eso, este combate tiene que ser a muerte.

Viene hacia mí y, sin esperar señal alguna, empieza a pelear.

Lo esquivo, viendo sus puntos débiles, y usando mi agilidad y rapidez para ello.

Char y Pet potenciaron esto de mí, cuando era joven.

—Deja de descansar. Tenemos trabajo, chico —me decía Pet cada mañana, tras despertarme—. El enemigo no puede encontrarte dormido. Debes aprender a dormir con un ojo abierto. Deja de ser un señorito.

Char y él me enseñaron todo lo que las calles les habían enseñado a ellos, a base de golpes. Ellos no pudieron elegir otra vida, pero yo elegí tener esta vida, y quise ser el mejor.

Me golpea con fuerza y solo encuentra duros músculos.

Le doy en la cara y se pone nervioso, al ver que puedo hacer con él lo que quiera.

Por eso, saca un cuchillo.

Ya lo esperaba, y me quito las vendas, para cogerle la mano.

Saco yo otro cuchillo, que pongo en su cuello.

—Puedo matarte —le digo, apretando la afilada hoja—. O puedo soltarte y que seamos socios. Sabes lo que necesito de ti, y no me conformo con algo mediocre, como la otra vez. Quiero lo mejor. —Aprieto más y la sangre cae por su cuello—. ¿Hay trato o mueres?

—Creo que no me queda más opción que aceptar.

Asiento y lo dejo ir.

La gente me mira desafiante.

Los ignoro a todos, y busco con la mirada a Char. Veo a su lado a Malory, que está tapada por una capa negra.

—Invito a cervezas para todos.

La gente grita de emoción y la tensión se disipa.

Ando hasta Malory, sabiendo que ha visto mi peor cara, pero aún no sabe ni la mitad.

—Creo que tenemos que hablar —me dice y asiento—. Bien, pues empieza.

—No aquí. —La cojo del brazo y la saco de este lugar, tras pagar al mesero por la bebida, con una bolsa de oro.

No hay vuelta atrás.

Malory hoy sabrá la verdad, del hombre con el que se casó.

# Capítulo 43

## Adler

Vamos hasta una zona tranquila, lejos de toda esta gente, y miramos la luna brillar con fuerza, sobre un pequeño lago.

—¿Qué era eso? Porque no soy tonta para saber que esa pelea era importante.

—Lo era. Se trataba del jefe, que no aceptaba luchar contra mí. Tuve que tocarle un poco las narices, con los suyos, para que saliera de su escondite.

—¿Y por qué necesitabas eso?

—Porque hago negocios de contrabando. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Tu tío y Char tenían todo pensado, pero necesitaban a alguien de la alta sociedad, para dirigirlo todo, porque de esa persona no podrían desconfiar. Además, la gente hace la vista gorda cuando se toca a la Corona. Por eso, querían a alguien que camelarse y convencerlo, con el dinero que ganaría con el contrabando.

—Y fuiste el pringado de turno —adivina.

—Sí, era joven, estaba enfadado con mi padre, por estar allí, y escondía mucho odio dentro. Volcaron todo ese odio para conseguir sus objetivos, pero, lo que no esperaban, es que me gustara ser parte de eso, y que nos convirtiéramos en una familia.

—¿Y qué pasó?

—Que me metí en muchas peleas, y me gané una fama entre los soldados. Me llamaban Diablo, porque era letal entre ellos. Muchos de esos soldados, al volver a sus hogares, habían hecho circular historias sobre mí. Todo estaba calculado, menos la muerte de Pet. Por eso, tardé un poco más en regresar. No solo porque no quería convertirme en un desertor. Debíamos tenerlo todo bien atado, ahora que éramos uno menos.

»Cuando Char y yo regresamos, no esperábamos que la herencia de mi padre no existiera. Los planes de tantos años se nos vinieron abajo, porque yo tenía ideas de negocios legales, para tapar los ilegales, pero necesitaba capital.

—Por eso necesitabas una heredera. Para que ese dinero pagara tus empresas legales y justificara tu riqueza adquirida de manera ilegal.

—Siempre supe que eras una mujer muy inteligente.

—Lo soy y me has tomado por tonta todo este tiempo. Aun sabiendo que tus negocios me podían poner en peligro.

—En Londres, no. Cuando me casé contigo, tenía atemorizados a todos, y, además, a los que me siguen, los pago bien por sus servicios. Les doy muy buen producto, a cambio que comercien con la gente de

las altas esferas, que siempre quiere tener lo mejor, al precio que sea.

»Pero necesitaba tener este control, porque aquí consiguen el mejor ron, y yo quiero lo mejor. Ahora que lo tengo, puedo pasar más tiempo en casa, y dejar todo a cargo de Char, y de mis hombres.

—¿La dote de mi padre?

—Era mía, pero me informé, y tu madre tenía todo ese dinero. Él lo lapidó, y, lo poco que le quedaba, lo usó para pagar las dotes de tus hermanas, y sus nuevos vestidos. Todo eso era tuyo. Te pertenecía.

—Y, al saberse lo de la dote, nadie vería raro tus negocios, y que tuvieras tanto dinero.

—Exacto. La tapadera perfecta. —Miro la noche, incapaz de observarla a ella—. Hice lo que tenía que hacer, con las cartas que me había puesto la vida…

—Lo entiendo. Mi madre hizo lo mismo. Era una superviviente. Ella no podía cambiar su pasado, pero podía sobrevivir de la mejor manera posible, y conseguir lo que deseaba, con sus medios. Como has hecho tú.

—Sí, pero no me enorgullezco de todo lo que he hecho para llegar hasta aquí.

—Lo sé. Lo veo en tus ojos. —Coge mi cara entre sus manos—. Tú eres capaz de nadar entre la locura por mí, y yo soy capaz de atravesar las sombras a tu lado, Adler.

Apoyo mi frente en la de ella, sabiendo que siento una paz por sus palabras que hace tiempo que no sentía.

Entonces, noto que algo no va bien, y saco de mi cinturón un cuchillo, que lanzo a la oscuridad.

Un hombre emite un alarido, y luego sale otro de entre las sombras.

—Es una trampa —le digo a Malory, asustado por lo que pueda pasarnos.

# Capítulo 44

## Malory

Adler se pone alerta, mientras yo intento asimilar lo que me ha contado, aunque ya me imaginaba algo así. Alguien que no tiene dinero, si lo consigue, era por algo turbio.

Adler me pone a su lado, al mismo tiempo que lo veo lanzar cuchillos, a quienes tratan de atacarnos, hasta que no le queda más remedio que pelear, tras colocarme a su espalda.

Lo veo pelear de forma letal, observando por primera vez por qué lo llaman Diablo.

Saco el cuchillo que llevo oculto y lo sostengo en alto.

No pienso amilanarme, a pesar de no saber cómo usarlo, si llegara el caso.

Adler no me pierde de vista, mientras lucha, y, cuando un hombre trata de tocarme, le lanza un cuchillo a la mano, y la sangre me salpica.

No pierdo el tiempo y uso el cuchillo de mi mano, para herirlo en la pierna.

Se queja y se va cojeando.

—Muy bien hecho.

Veo que se ha hecho con el control de todo, y vamos de vuelta al bar.

Entra y camina hasta el jefe. Clava el cuchillo en la mesa.

—Se han acabado los tratos. Pienso matarte por la trampa que acabas de tenderme.

Me recorre un escalofrío y Char tira de mí.

—Nos vamos, señora. —Me saca, viendo cómo la gente se lanza contra Adler, y como este va decidido a matar a su jefe.

—¡Lo pueden matar!

—No lo creo. Alder es peligroso cuando está enfadado, y os han atacado. Ahora mismo, saber que ha podido resultar herida, hará que los venza con tranquilidad. Además, esto nos viene bien para los negocios, porque, si lo hace, Adler será el dueño de este lugar, porque supongo que ya lo sabe todo.

—No sé si era más feliz antes.

—Solo teníamos dos opciones: morimos de hambre y ver cómo los nuestros caían, o pelear. Elegimos no rendirnos, pero, para eso, hemos tenido que hacerlo bien, y tener paciencia.

—Entiendo, yo habría hecho lo mismo.

Me mira más relajado.

—Su tío haría lo que fuera por su familia. Por eso, buscó a Adler y

tuvo buen ojo.

—Estoy preocupada por él —le digo, cuando entramos en el carruaje.

—No lo esté. Estará bien. —Cierra la puerta y pienso en salir, cuando lo pone en marcha, dejando a Adler atrás.

Miro por la ventanilla aterrada, por lo que pueda pasarle a mi marido.

El corazón se me va a salir del pecho, por el miedo a que a Alder le pase algo malo. No quiero una vida sin él. No quiero un amanecer sin saber que vivimos juntos en este mundo de locura.

# Capítulo 45

## Malory

El coche da una sacudida y se detiene.

Saco el cuchillo para defenderme, cuando la puerta se abre y aparece Adler.

Lo miro, con la ropa rasgada y sangre.

Salto a sus brazos, y me abraza con fuerza.

—¡Has vuelto!

—Siempre. Te lo prometo. —Lo miro y se pierde en mis ojos un instante, antes de besarme—. Temí perderte, si sabías quién era.

—Nunca.

Apoya su frente en la mía y me dice que entre en el carruaje. Él irá cerca, a caballo.

Vamos hasta Londres y, al llegar a la casa, me quedo dentro del vehículo, temerosa de volver a esta casa, donde me encontré tan mal.

La puerta se abre y Adler me tiende una mano.

—Tengo miedo. No quiero pasar por eso otra vez —le confieso, y se mete dentro del carruaje.

—Malory, no va a volver a pasar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Todo a su debido tiempo. Confía en mí, por favor. —Me besa con lentitud.

Asiento y salgo del carruaje.

Pide agua para bañarnos y lo hacemos juntos, entre caricias y besos.

Hacemos el amor, como si no existiera un mañana, dando gracias por tenernos el uno al otro.

Aunque Adler me ha pedido que confíe en él, siento miedo. Un miedo atroz, que no me deja dormir.

Me levanto a primera hora y, al bajar al saloncito, veo a mi suegra con una taza de té.

—Correr tras un esposo…, qué ordinario —comenta con mala cara.

—Correr tras el amor de mi vida, qué valiente —le digo desafiante —. Que le molesta más: ¿tenerme como suegra o que ame a su hijo?

—Amor. No sabes lo que es el amor.

—¿Acaso lo sabe usted?

—Yo amaba a mi marido. Era una jovencita ilusionada, pero llegó ella… y me lo arrebató.

—¿Quién?

—No tengo por qué decir nada. Ahora no me hagas un feo, y tómate el té.

Voy a coger la taza, pero, de detrás de la cortina, sale un cuchillo, y rompe la taza en añicos, antes de caer al suelo lejos de mí.

—¡Qué barbaridad es esta! —grita mi suegra, cuando Adler aparece de entre las sombras.

Va hasta su madre. Su mirada es letal, y veo cómo esta se pone pálida, mientras la coge, y saca algo de entre su ropa.

—Envenenó a Dede, cuando conocí a Malory, para forzarme a buscar una esposa, que no fuera ella, y, cuando me casé con Malory —me señala—, mi hermana ya no le era útil, y empezó a envenenar a mi esposa, para matarla. Es lo mismo que hizo con mi padre, porque sufrió de las mismas dolencias que Dede y Malory. ¿Cómo ha podido, madre? Espere, deje que responda yo mismo: la madre de Malory era la amante de padre, y usted no pudo soportar vivir bajo el mismo techo que la hija, de quien le quitó a su esposo.

Asimilo poco a poco esa verdad, porque al fin todo encaja. Hasta por qué mi padre odiaba a lord Edwards.

Lo odiaba, porque mi madre lo amaba, y él quería tener lo que este deseaba, para sentirse más poderoso que un conde.

Pero le salió todo mal. A los dos. Por codiciosos.

—¡Por supuesto que no! ¡Es una ofensa para tu madre! —grita, mientras asimilo todo—. Trajiste a mi casa a la copia de la mujer que me quitó a mi marido.

—¡Su madre no se lo quitó! ¡Padre nunca fue suyo! Ni de ella. Era un mujeriego.

—Pero a ella volvía, una y otra vez,

—Pero si la hubiera amado, se habría fugado con ella, como le prometió —le recuerda Adler.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Se irá a las Américas, pero si la veo cerca de esta familia, juro que la mataré yo mismo.

Mi suegra se queda lívida.

Adler me mira y asiento. No quiero que acabe en la cárcel, ni que la mate, porque eso solo haría daño a esta familia. Ya hemos vivido suficiente tiempo el desprecio de la gente.

Mi suegra se marcha a preparar todo, y miro a Adler, a la espera de sus respuestas.

—Sospeché que algo no iba bien con tus palabras, y hablé con Char y Fern. Me contaron de quién fue amante tu madre.

—Por eso, mi padre te odiaba, porque él deseaba a mi madre, y ella al tuyo. seguro que, por eso, se casó con ella, para dejarle claro a tu padre que no podía tenerla.

—Con seguridad. —Asiento—. Lamento no haberte contado nada, pero esperaba que ella te envenenara, y, para eso, no debías sospechar nada, porque no sabía si, al saberlo, te enfrentarías a ella tú sola.

—Lo hubiera hecho. —Tiro de su corbata—. No más secretos.

—Ni uno más, esposa.

La puerta se abre y aparece Dede.

Adler le cuenta la verdad y prometemos guardar el secreto, por el bien de esta familia.

—¡Milord! —grita mi tía y entra al despacho, donde estamos ahora revisando cambios en la casa—. Su madre… Está muerta en el suelo. —Le tiende el tarro de veneno—. Se ha suicidado.

—Que nadie lo sepa.

Mi tía asiente y se marcha.

—¿Por qué a mí no me mató?

—Este veneno, en pequeñas dosis, mata lentamente, si no se deja de administrar, pero, si lo tomas entero… te mata.

—¿Me matará?

—No, tu cuerpo y el de Dede ya han expulsado el veneno, pero habría sido letal, si no lo hubierais dejado de tomar.

Asiento.

—Debemos preparar el funeral. Nadie debe saber la verdad.

—Nadie. Ante todos, ha sido una muerte natural. Estamos unidos en esto.

—Y en todo.

Preparamos todo para el entierro, y la gente nos ofrece sus condolencias.

Ante la gente, todo ha sido natural, pero la verdad es mucho más cruel.

Los celos y la envidia casi me matan, sin tener la culpa de nada.

Vamos a la boda de Opal, solo a la ceremonia, porque debemos guardar luto.

—Te deseo lo mejor —le digo a mi hermana—, y, si necesita cualquier cosa, cuenta conmigo.

Asiente y me parece ver algo de acercamiento en ella.

Tal vez, no esté todo perdido. Siento que la verdad nos ha liberado. Hasta mi padre ha dejado de esquivar mi mirada.

Regresamos a casa y Dede sale a recibirnos.

Su presentación en sociedad se ha retrasado, pero no parece importarle. Está más tranquila. Vivir bajo el yugo de una mujer, capaz de hacerte enfermar, por sus propósitos egoístas, tiene que ser horrible.

—¿Qué hacemos esta noche? —pregunta Dede.

Masie se ha quedado con su madre. Mis primos corren hasta donde estoy.

—¿Libro y galletas? —propongo, y los niños saltan emocionados.

—Yo tengo que salir. —Adler me besa en el cuello.

—Ten cuidado.

—Siempre. Tengo que volver a ti. —Se marcha, y lo veo irse, mientras Dede y yo vamos a la cocina para preparar todo.

Mi tía y Fern se apuntan, y algunos de los sirvientes también. Char entre ellos, que ya no esconde el amor que siente por Fern, ni que la quiere como esposa.

Tal vez esto no sea lo común entre la gente de sociedad, pero yo aprendí que no hay líneas. Solo hay personas que se empeñan en trazar muros, sin darse cuenta de que, cuando los derribas, el sol brilla más cada día.

Bajo a desayunar.

Hace una semana que Opal se casó.

El verano ha llegado y el calor se nota.

Adler propuso que me fuera a la villa familiar, pero yo quiero estar cerca de él, y tiene negocios aquí.

Entro al salón y lo veo lleno de ramos de flores.

Los latidos de mi corazón se disparan. Es como si regresara a cuando fui una debutante, y recibiera todas las atenciones que no tuve.

Alzo la vista y veo a Adler, con una rosa en la mano.

—Si puedo, pondré Londres a tus pies, por ti.

—No quiero tener Londres a mis pies, solo a ti —le digo y sonríe, haciendo amago de arrodillarse, como si fuera su reina, pero lo detengo—. O mejor, frente a frente.

Apoya su frente en la mía y nos miramos con intensidad.

—Te amo, Malory, y sé que te habría amado, a pesar de todo y de todos. Estaba destinado a ser parte de ti.

—Y yo de ti. Te amo.

Nos besamos, sabiendo que el futuro que nos espera es muy incierto, porque estamos entre las sombras y la luz, pero, si estamos juntos, podremos con todo.

Cojo su mano y la llevo a mi estómago.

Cuando lo entiende, me coge en brazos y giro con él.

—Lo haremos bien —dice preocupado.

—Muy bien. No somos ellos.

—No, no lo somos. Nuestra vida es un guion en blanco.

—Lo es.

Me río feliz y lo dejo que me bese, absorbiendo lo feliz que me siento a su lado. Si tuviera que hacer una promesa, sería la de amarlo en esta vida, y en todas a las que mi alma regrese a este mundo, para volver a ser una entre sus brazos.

# Epílogo

## Adler

Mi hijo nos mira, a Willy y a mí, tras exponernos todo lo que ha estudiado. La mitad se lo ha inventado, pero tiene el morro de hacer como que lo sabe.

—Me voy a jugar.

Lo cojo del cuello de la camisa y lo siento a la mesa.

—Te vas a estudiar, si no quieres que te engañen de mayor.

—Yo soy más listo que la media —me dice sobrado. Tiene diez años y posee mucha picardía.

—No vayas de listo, que a eso son a los primeros que se meriendan —le indica su tío Willy, y mi hijo tiembla.

—Hazle caso. Él era un listillo, y me necesitó para no acabar muerto.

Mi hijo asiente y lo dejamos estudiando.

—¿Crees que estudiará algo?

Niego con la cabeza.

—Es demasiado inquieto para su bien, y para mi tranquilidad.

Willy se ríe.

Ambos adoramos a mi hijo. Es el primer niño de la familia y se los cameló a todos. Hasta a mi suegro, que pasa más tiempo en mi casa, que en la suya. También, porque lo ayudé con los negocios, y su fortuna ha dejado de menguar. Lo que es un plus para mi cuñado.

Salimos al jardín y vemos a Malory interpretar una obra con sus primos, y nuestra hija de seis años.

Al verme, me sonríe como si se acabara de enamorarse de mí, un poco más.

Hago lo mismo. Cada día la quiero más.

Nos sentamos en el césped, para ver la obra, al lado de Masie y Opal. Esta última, desde que su marido murió, dejándola sola con su único hijo, pasa más tiempo con sus hermanas.

Dede va pasando las estrofas a su sobrina, mientras su marido toca el piano.

No es un lord, pero es un hombre honrado.

Cuando Dede se enamoró del hijo del cochero, no puede oponerme a que estuvieran juntos. Le di a este un buen puesto en mis fábricas y pudo comprarse una casa para ella. Les di la dote, como si él fuera un lord, y Londres habló mucho de nuestra osadía, pero hace tiempo que no nos importa.

Cojo una galleta, mientras miro a mi hijo mayor acercarse, y mirarme pillo.

Me va a volver loco.

Lo dejo hacer, porque sé que Malory es feliz, cuando nos tiene a todos cerca, mientras actúan. Le recuerda a su madre, y la hace sentir que, en cada obra, está cerca de esa mujer que sobrevivió en la vida, lo mejor que pudo.

Entro a la salida, donde está Malory, y la atraigo para besarla. Luego saco tras mi espalda un estuche de diamantes.

—¿Estás muy cansada, esposa? Porque quiero que esta noche solo lleves esto puesto.

—Estoy tremendamente cansada… —se ríe, al ver mi cara—, pero tengo todo el tiempo del mundo para ti.

Pasa sus manos por mi cuello y nos miramos a los ojos.

No nos decimos te amo. No, porque no me encante oírlo de su boca, sino porque hace tiempo aprendí a leer todo lo que me ama en cada una de sus miradas, y ella, en las mías, es capaz de ver que la amo hoy, mañana, y por siempre.

Lo prometo.

# Agradecimientos

A mi familia, por estar siempre ahí y apoyarme en todo lo que hago. Os quiero.

A mi marido y mi hijo, por emocionaros con cada libro y vivirlo conmigo mientras le doy vida. Os quiero hasta el infinito y más y más.

A Merche y Natalia, por estar siempre ahí, y por vuestro cariño para con cada libro.

A Ediciones Kiwi, por apostar por mis libros y creer en ellos siempre.

A mis «Moruadictas», por estar siempre ahí y apoyarme en cada novela, sea del tipo que sea, y por hablar conmigo por Telegram, y ser parte de mi mundo.

A todos los fans de mis MORUENADAS, todos somos conscientes de que sin ellas mis libros no serían únicos.

Y a todos los que amáis mis novelas de época y me pedís que no deje nunca de crearlas.